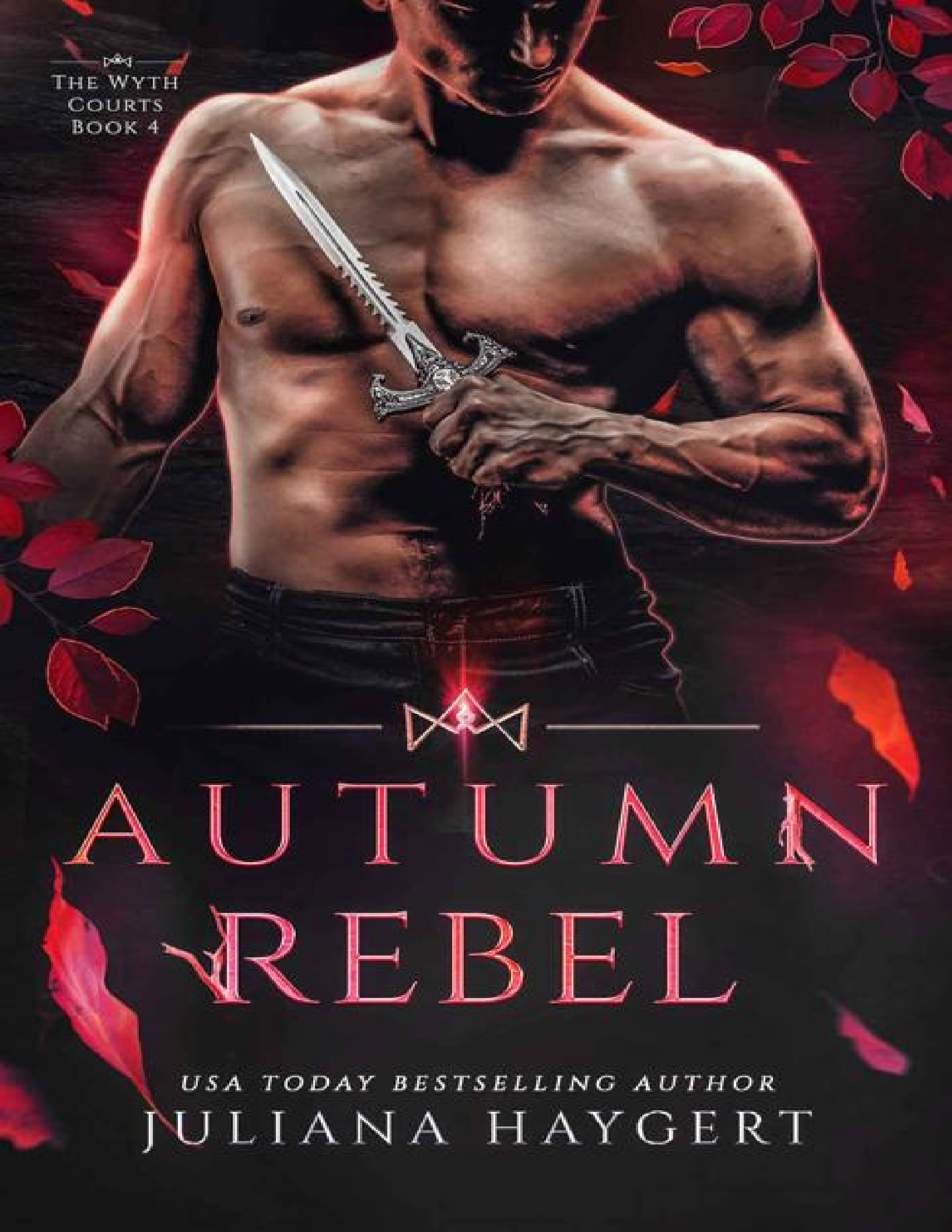


A muscular man with dark skin and a serious expression is the central figure. He is shirtless, showing his well-defined muscles. He holds a long, silver sword with a serrated blade and an ornate hilt. Red leaves are falling around him, some in the foreground and some in the background. The overall color palette is dark with red accents.

THE WYTH
COURTS
BOOK 4



AUTUMN REBEL

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
JULIANA HAYGERT

REBELDE DE OTOÑO

LAS CORTES DE WYTH

LIBRO 4

JULIANA HAYGERT

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Copyright © 2024 por Dark Witch Press, LLC

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

www.JulianaHaygert.com

Cualquier marca comercial, marca de servicio, nombre de producto o nombre presentado es propiedad de sus respectivos dueños y se utiliza únicamente como referencia. No hay ningún respaldo implícito si se utiliza uno de estos términos.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

Nota de la Autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Seis Meses Después

Gracias

Sobre la autora

NOTA DE LA AUTORA

ESPERO QUE DISFRUTES LEYENDO *REBELDE DE OTOÑO*!

¡NO OLVIDES SUSCRIBIRTE a mi boletín para enterarte de nuevos lanzamientos, revelaciones de portadas, obsequios y más!: <https://www.subscribepage.com/juhnspanish>

Si quieres ver teasers exclusivos, ayudarme a decidir portadas, leer extractos, hablar de libros, etc, únete a mi grupo de lectores en Facebook: <https://www.facebook.com/groups/JulianasClub/>



AUNQUE LA NOCHE ERA FRÍA, EL VINO ESPECIADO ESTABA CALIENTE, Y ESO MANTENÍA EN MARCHA al fae masculino. Llevé la copa a mis labios, pero me detuve a mitad de camino cuando el fae de Invierno golpeó la barbilla del fae de Otoño con su puño.

Los faes de Invierno vitorearon.

Gemí, bebí el resto del vino de mi copa y la tiré en la nieve. —¡Vamos, Lennox! —grité por encima de los vítores.

Lennox me lanzó una mirada ardiente antes de agacharse bajo el brazo del fae de Invierno y asestarle un fuerte codazo en la espalda. Su oponente perdió el equilibrio y cayó de cara en la nieve.

—¿Esto está mejor? —preguntó Lennox, con voz aguda.

No tuve tiempo de responderle, ya que el otro fae se levantó de golpe y lo embistió, reanudando la pelea.

Miré alrededor, buscando al joven paje que servía las bebidas. Lo divisé al otro lado del improvisado ring, llenando las copas de los otros faes. Eventualmente, volvería por aquí. Mientras tanto, me aferré a la capa forrada de piel que había traído e intenté mantenerme caliente.

¿De quién fue la idea de viajar a otras cortes y ofrecerles mis servicios? Ah, sí, mía. Si estaba aquí, sufriendo en el aire frío de la Corte de Invierno, era mi maldita culpa.

Pero no podía negar que después de un puñado de días aquí, era fácil acostumbrarse al frío y la nieve. Y a los faes. Los soldados nos dieron la bienvenida a Lennox y a mí, e incluso nos invitaron a dos de estos juegos. Cada pocos días, construían un ring improvisado detrás de los barracones, donde el ruido no se oiría desde el castillo, y luchaban entre ellos. La única regla era no usar magia ni armas, solo los puños y la propia fuerza. Las apuestas corrían libremente en cada combate, pero el dinero no parecía importar. Lo principal era la camaradería y la diversión.

Cosas que no había encontrado en mucho tiempo.

La primera noche que nos invitaron a Lennox y a mí a las peleas, estaba escéptico. Estábamos aquí como invitados del Rey de Invierno. No quería andar a escondidas y hacer algo que no deberíamos. Pero me aseguraron que el Rey Cadewyn —o Cade para sus amigos— sabía de las peleas, e incluso aparecía de vez en cuando para luchar también.

No podía decir si eso era cierto o no, pero elegí creer que lo era.

Lennox dejó de jugar y lanzó una rápida secuencia de patadas frontales en el pecho del guardia del castillo que lo hizo tambalearse y perder el equilibrio. Lennox avanzó y levantó su puño en un hermoso uppercut. El guardia cayó.

Lennox levantó ambos puños al aire. —¡Sí!

Los soldados alrededor del ring gimieron e intercambiaron monedas. Solo unos pocos habían apostado por Lennox.

Sudoroso pero con una gran sonrisa, Lennox se dirigió a mi lado. El joven paje apareció y Lennox agarró dos copas de vino especiado. Me ofreció una y se llevó la otra a los labios, bebiéndola toda en dos grandes tragos.

Cuando terminó, le devolví mi copa. —Parece que la necesitas más que yo, capitán.

Lennox no dudó. Tomó mi copa y vació su contenido. Luego alcanzó a un lado y pescó su capa de un banco que bordeaba el camino de piedra, ahora mayormente enterrado bajo la nieve. Pasó una mano sobre ella, barriendo el hielo y la nieve que se habían adherido a la tela. Se envolvió con la capa y se estremeció.

—Fue una buena pelea —dijo—. Esto puede ser por diversión, pero es diferente del entrenamiento formal.

—Diferente es bueno —observé.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Cuanto más entrenemos con diferentes estilos y patrones, mejor será nuestra lucha.

Asentí, pero en el fondo, me preguntaba por qué nos molestábamos. La última gran pelea en Wyth había sido hace casi un año, cuando la bruja Sanna había invadido la Ciudad del Sol en la Corte de Verano. Si hubiera dependido del Príncipe Heredero Lugh, nos habríamos mantenido alejados de esa pelea también, al igual que nos mantuvimos alejados cuando Cade tuvo que lidiar con los Tabred invadiendo y maldiciendo sus tierras, y luego cuando la Corte de Primavera tuvo que luchar contra su tirano falso rey, Vasant, junto con la bruja, Sanna.

Había estado luchando en el ejército de la Corte de Otoño desde que podía sostener una espada, y haría cualquier cosa por mi reino, pero me había cansado de ver las disparidades de Wyth desde lejos. La mayoría de las otras cortes se habían unido para luchar juntas. ¿Por qué no podíamos nosotros? ¿Solo porque el antiguo rey pensaba que nuestro reino no necesitaba depender de otros? ¿Que deberíamos ser fuertes y eficientes independientemente? ¿Porque no quería tener deudas que pagar?

Eso había sido hace muchos años. Había instado al príncipe heredero a cambiar su postura sobre el asunto, pero él quería seguir el ejemplo de su padre. Así que permanecí callado.

Pero en algún momento, no pude quedarme sentado y mirar más. Desobedeciendo órdenes directas de mantenerme al margen, salí de la Corte de Otoño y me enfrenté a Sanna y los trolls con las otras cortes. Y desde entonces, apenas había puesto un pie en mi reino.

Después de ayudar en la Corte de Verano, había ido a la Corte de la Noche y ayudado al Príncipe Nix y la Princesa Amaya a entrenar a una nueva cosecha de soldados, y ahora aquí estaba, en la Corte de Invierno, ayudando al General Kei con sus soldados. Él quería entrenarlos en diferentes estilos y tácticas a los que estaban acostumbrados, y yo estaba feliz de complacerlo.

En el puñado de días que Lennox y yo habíamos estado aquí, habíamos recibido muchos cumplidos de los generales y el rey. Intentaba que eso no se me subiera a la cabeza, pero se sentía genial ser útil de nuevo.

No es que no hubiera mucho que hacer en la Corte de Otoño, pero siempre había querido —necesitado— un cambio de escenario. Ahora, finalmente lo estaba consiguiendo.

La pelea continuó por dos rondas más mientras las monedas fluían, junto con el vino y la cerveza.

Entonces Xitan, uno de los Caballeros Blancos, caminó hacia el centro del improvisado ring y me señaló con el dedo. —Desafío al príncipe Redlen a una pelea.

Una ovación estalló entre los fae, y Lennox me dio una palmada en el hombro. —No creo

que puedas escaparte de esta, Red.

¿Quién dijo que quería hacerlo?

Desabroché mi capa y la empujé a los brazos de Lennox. Mi espada se había quedado en mi habitación, pero nunca dejaba atrás mi daga; la desaté de mi cinturón y se la entregué a Lennox también. Mientras caminaba hacia el ring, rotaba mis hombros y flexionaba mis brazos desnudos; había estado listo para pelear. Los soldados silbaron y vitorearon, ansiosos por ver cómo le pateaban el trasero a un príncipe extranjero.

Como si fuera a permitir que eso sucediera.

Entré en el ring y me enfrenté a Xitan mientras él decía: —Recuerde, mi señor, nada de magia.

Asentí. Cuando peleaba, mi instinto era recurrir primero a mi magia —mi poder sobre los elementos del Otoño o transformarme en mi forma de zorro— pero desde que llegué a la Corte de Invierno, habíamos entrenado sin nada de eso. Era un agradable cambio de ritmo.

Nos posicionamos en posturas de combate: pies separados, puños levantados, ojos fijos en una mirada desafiante.

Durante un minuto, nos quedamos así, frente a frente, mientras la multitud a nuestro alrededor intercambiaba apuestas. Por el rabillo del ojo, vi a Lennox intercambiando monedas. Más le valía estar apostando por mí, o lo descendería a guardia del castillo cuando volviéramos a la Corte de Otoño.

Si volviéramos a la Corte de Otoño.

Cuando las charlas y el movimiento a nuestro alrededor disminuyeron, alguien gritó: — ¡Peleen!

Xitan no perdió el tiempo y vino hacia mí, sus brazos lanzando puñetazos a izquierda y derecha, obligándome a retroceder y esquivar en rápida sucesión. Lo peor de pelear en esta corte no era lo hábiles que eran los soldados; era la maldita nieve y el hielo. Aunque el ring había sido despejado de nieve, quedaba una fina capa de aguanieve y hielo, lo que dificultaba encontrar apoyo. Durante las peleas, había visto a muchos fae capaces caer porque resbalaban en el hielo, y eso había dado a sus oponentes una oportunidad.

Y todos ellos estaban acostumbrados a luchar en estas condiciones. Yo no.

Clavé mis talones en el hielo lo mejor que pude y mantuve mi posición cuando Xitan lanzó un gancho a mi cabeza. Me agaché y le asesté un buen uppercut en el estómago. El soldado jadeó y trastabilló hacia atrás, perdiendo el equilibrio y casi cayendo. Se presionó una mano sobre el pecho, inhalando profundamente, pero no le di la oportunidad de recuperarse y venir por mí de nuevo. Cargué de frente y envolví mis brazos alrededor de su cintura, derribándolo. De nuevo, jadeó por aire. Le permití dos segundos para recuperarse antes de montarme a horcajadas y levantar mi puño hacia su cara.

—¿Te rindes? —pregunté.

Una esquina de sus labios se curvó hacia arriba. —Nunca. —En un instante, recogió algo de la nieve acumulada en el borde del ring y me la arrojó a los ojos. Parpadeé, pero en ese segundo, él actuó. Aprovechando mi desorientación, Xitan nos volteó y presionó mi espalda contra el frío hielo. —Usa tu entorno, príncipe. —Gemí por el frío que se extendía por mi cuerpo y por no estar acostumbrado a este escenario. Por supuesto, la nieve. —¿Te rindes? —preguntó, con su puño alineado con mi cabeza.

—¡Príncipe Redlen! —una voz resonó en la noche.

Los soldados se volvieron hacia la voz y se pusieron en posición de firmes. Xitan me agarró del brazo y se levantó de un salto, ayudándome a ponerme de pie a su lado.

El general Kei avanzó entre los fae, acercándose a mí.

—Buenas noches, general. —Me pasé una mano por los pantalones, sacudiéndome el hielo y la nieve—. ¿Me estaba buscando?

El general Kei se detuvo en el borde del improvisado ring. —Yo no. El rey Cadewyn te está llamando.

Fruncí el ceño. ¿A esta hora de la noche? —¿De qué se trata?

El general Kei miró a su alrededor y, como si hubiera dado una orden, los soldados se dispersaron y se alejaron. Cuando nadie más que Lennox y Xitan estaban al alcance del oído, el general continuó: —Hay problemas en la frontera.

CUANDO KEI DIJO que había problemas en la frontera, imaginé que era la frontera con la Corte del Día o tal vez la Corte del Crepúsculo. No había pensado que se refería al sur, donde la Corte de Invierno se encontraba con el río Triad, y más allá, el Bosque Tywyll.

Lo último que había oído era que Cade se había unido a su pareja, Amber, y al rey de la Corte del Día. Juntos, habían conjurado una barrera mágica para mantener el Bosque Tywyll aislado para siempre. ¿Cómo podía haber problemas ahora?

Me reuní con el rey frente al Castillo Blanco, donde me esperaba con un puñado de sus Caballeros Blancos. El rey y sus caballeros se transformaron en sus formas de lobo. El general Kei y Xitan hicieron lo mismo. Miré a Lennox y nos transformamos en nuestras formas de zorro.

Mi zorro era de un rojo oscuro, como mi cabello, y casi el doble de tamaño que el zorro naranja quemado de Lennox. Al lado del lobo blanco de Cade, mi zorro parecía pequeño, pero lo que me faltaba en tamaño, lo compensaba en agilidad y velocidad.

Nos apresuramos a través del bosque, nuestras patas golpeando la nieve y el hielo que cubrían el suelo. No podía negar que la Corte de Invierno era un lugar hermoso, con toda esa blancura inquietante cubriendo la tierra y el hielo envolviendo los árboles, dándoles un brillo cristalino. Lástima que hiciera demasiado frío para mi gusto.

Redujimos la velocidad cuando llegamos a uno de los puestos fronterizos. Dos guardias salieron de él, y volvimos a nuestra forma fae para hablar con ellos.

Los dos guardias se inclinaron ante su rey.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cade. Llevaba su largo cabello blanco cayendo por la espalda y una elegante capa de piel blanca sobre sus anchos hombros—. El informe decía que había movimiento fuera de la barrera.

—Sí, mi rey —dijo uno de los soldados. Su nombre era Aimon. El otro era Birch. Los había visto a ambos antes durante el entrenamiento—. Justo donde el río se estrecha y se vuelve poco profundo. Vimos sombras detrás de la barrera mágica.

Cade me miró de reojo. —¿Qué te parece si vamos a investigar?

Antes de encontrarme con Cade frente al castillo, había hecho una parada rápida en mi habitación en los barracones —me habían ofrecido una lujosa habitación de invitados en el castillo, pero la había rechazado— para coger mi armadura y mi espada.

Ahora, puse una mano en la empuñadura de mi espada, colgando de su vaina en mi cadera, y asentí al rey. —Estoy listo.

El ceño de Lennox se frunció y supe lo que estaba pasando por su cabeza. Había sido mi mejor amigo desde que éramos niños pequeños. Nos habíamos unido al ejército juntos, entrenado toda nuestra vida juntos, y cuando ascendí de rango, me aseguré de que sirviera conmigo. La

mayoría de nuestras misiones, la mayoría de nuestras peleas habían sido juntos, y siempre se ponía ansioso cuando lo dejaba atrás. Había hecho un juramento de protegerme, y no podía cumplir ese juramento cuando no estaba conmigo.

Lo miré y le di un breve asentimiento, asegurándole que todo estaría bien. Lennox apretó los labios en una línea tensa pero no dijo nada.

Cade tomó la delantera, y yo lo seguí. Los dos marchamos a través de la nieve hasta que se detuvo en el lecho del río.

—Allí —dijo, señalando una suave curva en el río, donde se convertía en una franja delgada y poco profunda.

Nos acercamos a la curva. No podía ver la barrera, aparte de un resplandor turbio en la distancia, pero podía sentir su poderosa magia rozándome como un viento suave.

Observé en busca de movimiento o sombras detrás de la barrera, pero no vi nada.

—Incluso si vemos algo, no es como si pudieran cruzarla, ¿verdad? —pregunté—. Es decir, no hay forma de romper la magia de la barrera.

Cade tenía el ceño fruncido mientras evaluaba la barrera en busca de alguna debilidad. —No lo sé. ¿Cuántas veces hemos visto magia que parecía indestructible, y luego algo vino y la deshizo?

Cierto. Esperaba que este no fuera el caso.

—Pero...

Una sombra se alzó detrás de la barrera y saltó a través de ella. Cade levantó las manos y envió una ola de hielo, y yo traje el viento, pero era demasiado tarde.

La sombra nos atrapó.

BLAIR



LA ESPADA SE DIRIGIÓ HACIA MI CABEZA Y ME AGACHÉ, ESQUIVANDO EL DURO GOLPE QUE seguramente me habría sacado de la pelea.

—Ay, Diosa —susurró alguien desde la esquina de la arena.

Puse los ojos en blanco, pero no dediqué ni medio segundo a pensar en Jora y sus preocupaciones. Porque si lo hacía, Sage definitivamente me derribaría.

Sage se acercó, lanzando su espada roma hacia adelante, con la punta apuntando directamente a mi pecho. Desvié su espada con la mía y avancé un gran paso al mismo tiempo, luego asesté una patada circular a su costado desprotegido.

—Bien —dijo, con una sonrisa fácil apoderándose de sus labios. Las arrugas alrededor de sus ojos se profundizaron—. Muy bien, mi señora. —La sonrisa se desvaneció y se movió. Tan rápido como un rayo, entró en mi espacio personal, me agarró del cuello con una mano y me atrajo hacia él mientras empujaba la punta de su espada contra mi estómago.

—Óxido —murmuré.

—Ay, Diosa —exclamó Jora de nuevo.

Riendo, Sage me soltó y bajó su espada.

—Uno de estos días le va a dar un infarto.

Me pasé una mano por la cabeza, echando hacia atrás los mechones que se habían soltado de mi trenza.

—Ya le dije que no viniera a mis sesiones de entrenamiento, pero insiste en hacerlo.

—Soy su doncella, Lady Blair. —Se acercó a nosotros, su rostro contorsionado en una mirada fulminante. Sus mejillas regordetas estaban rojas de frustración, y sus cálidos ojos marrones estaban fríos como el hielo y clavados en mí—. Es mi deber, mi honor, seguirla dondequiera que vaya. —Arrugó la nariz—. Incluso a este lugar maloliente.

Le sonreí. Los campos de entrenamiento no olían tan mal. O tal vez me había acostumbrado, ya que había pasado mucho tiempo aquí desde que era muy joven. No entendía cómo Jora no se había acostumbrado también, ya que había estado cuidándome durante el mismo tiempo.

—¿Otra ronda, mi señora? —preguntó Sage.

—No, no más rondas —dijo Jora antes de que pudiera abrir la boca—. Tenemos que irnos, mi señora; de lo contrario llegaremos tarde a su visita.

Oh, óxido. Había olvidado que tenía mi visita quincenal esta tarde. Miré mis pantalones y chaleco de cuero, mis botas marrón rojizo y mi fina túnica beige.

—No creo que a Lugh le importe verme así.

El rojo se extendió por las mejillas de Jora, indicando que ahora no solo estaba frustrada, sino también un poco enojada. Era fácil provocarla.

—Puede que a él no le importe verla así, mi señora, pero a la reina sí. —Me agarró del brazo y me arrastró hacia la salida—. Ahora venga, por favor.

Le lancé mi espada de práctica a Sage.

—No puedo escapar de esto.

—Lo sé, mi señora. —Bajó la cabeza—. Yo también me limpiaré y luego la encontraré en las puertas principales.

—¡Partimos en una hora! —le gritó Jora, pero sus ojos miraban al frente, sus pasos seguros, como una hada en una misión.

Moví los dedos hacia Sage, pero no protesté. Dejé que mi vieja amiga me llevara a mis aposentos, me bañara y me mimara.

PERRY, un guardia real, siempre venía a escoltarme al palacio junto con Jora y Sage. Una vez cuestioné por qué, pensando que Jora y Sage eran capaces de cabalgar conmigo la corta distancia desde el distrito de los nobles hasta el palacio, pero Lugh afirmó que no era solo por seguridad. Era para mostrar a las hadas de Otoño que yo importaba.

Había sido tonto de mi parte cuestionarlo, ya que me habían criado para este papel, pero yo no era de las que se quedaban calladas en un rincón, y Lugh lo sabía.

Ahora, mientras los cinco —mi madre, Bruna, había decidido unirse a nosotros— atravesábamos la capital a paso lento, las hadas observaban. Algunas detenían lo que estaban haciendo cuando pasaba y saludaban frenéticamente, otras me miraban con asombro en sus ojos, y otras me observaban con sospecha. Sin embargo, no dejé que eso me molestara.

Y claramente tampoco molestaba a mi madre.

—Te adoran, Blair —dijo con una sonrisa. Saludaba a las hadas como si fuera la reina. Tuve que controlar el impulso de poner los ojos en blanco. Amaba a mi madre y sabía que ella me amaba. Tenía mi mejor interés en el corazón, junto con su ambición y deseos de más.

Mi padre era el polo opuesto. Era un hada noble, un consejero de confianza del antiguo rey, que había sido uno de sus mejores amigos. Pero mi padre era un hada tranquila y retraída, y cuando el rey murió hace muchos años, se encerró aún más. Ahora, prefería quedarse en las sombras y ver a sus seres queridos triunfar desde lejos.

Me gustaba pensar que yo era una mezcla de las mejores partes de mis dos padres. La verdad, sin embargo, probablemente estaba lejos de eso.

Podía dejar que esos pensamientos me consumieran, o simplemente podía poner un pie delante del otro y seguir adelante. Así que miré a las hadas con una suave sonrisa y dejé que mis ojos vagaran por la capital. Masarn era una hermosa ciudad con edificios beige, blancos y amarillos, coronados por tejados marrones o rojos, y árboles amarillos, naranjas y rojos. Las hojas caían sobre las calles empedradas, creando una alfombra colorida.

Doblamos la última esquina que conducía al palacio y, como de costumbre, contuve la respiración al contemplar su magnificencia. El Palacio Oren se alzaba imponente contra un valle anaranjado, sus piedras marrones sólidas y rugosas. Largas y delgadas ventanas salpicaban su superficie, y enredaderas rojas trepaban por sus costados. Prácticamente me había criado dentro de este lugar y, sin embargo, cada vez que venía de visita, sentía un fuerte impacto. Mis padres eran de cuna noble y me habían criado como su pequeña princesa, pero nuestra mansión seguía estando muy lejos del grandioso palacio y, a pesar de toda mi educación, entrenamiento y preparación, no estaba segura de que alguna vez estuviera realmente lista para lo que se esperaba

de mí.

Pero había aceptado el desafío con gusto. Al igual que Lugh, lo que más me importaba era el bienestar de la Corte de Otoño y sus hadas.

Al vernos acercarnos al palacio, los guardias abrieron las puertas y se inclinaron cuando pasamos. Willow nos esperaba en la entrada del palacio. Sonreí mientras desmontaba y caminaba hacia ella. Con una amplia sonrisa, la joven hada me rodeó con sus brazos.

Me reí y la abracé con fuerza.

Hace unos seis meses, el Rey Varian de la Corte de Verano había enviado un mensajero diciendo que había encontrado a una hada femenina perdida en otro reino. La había traído de vuelta, pero sus recuerdos se habían esfumado. Aparte de su nombre, Willow, no recordaba cómo había llegado allí ni quiénes eran sus padres. Fui a buscarla, segura de que podría traerla de vuelta a la Corte de Otoño y encontrar a su familia en un abrir y cerrar de ojos. Aunque contaba con el apoyo total de la familia real, aún no había encontrado a su familia ni a nadie que pudiera reclamarla como suya.

Mientras tanto, la familia real le permitió quedarse en el palacio y la trataba como a una princesa, lo cual creo que disfrutaba bastante. La Princesa Maize y la Reina Aurelia le habían tomado cariño a Willow, y había empezado a preguntarme si deseaban que nunca se encontrara a la familia de la joven hada.

—¿Cómo has estado? —la miré. Seguía siendo pequeña e infantil, aunque ya era una adolescente. Los muchos años que había vivido como esclava en el otro reino habían pasado factura.

—Bien —me soltó, pero no se alejó demasiado—. Te eché de menos.

Fruncí el ceño. —Estuve aquí hace dos semanas.

—Lo sé, pero siempre eres la más amable conmigo.

Juntas, entramos al palacio. Mi madre, Jora y Sage nos seguían. —Pensé que disfrutabas de la compañía de la reina y la princesa.

Willow se acercó más. —Lo hago, de verdad, pero me tratan como si fuera una niña pequeña. Tú no.

Tomé nota mental de hablar con la reina y la princesa al respecto. Willow parecía joven y era mucho menor que nosotras, sí, pero ya no era una niña.

Las primeras veces que había venido al palacio después de que cambiara mi futuro título, había sido escoltada por doncellas, pajes y varios guardias, como si no conociera el camino o estuviera en peligro. No me había quejado. Pero conforme pasaron los años, hablé con Lugh al respecto y, afortunadamente, me escuchó. Ahora, me movía libremente por el palacio con solo Jora, Sage y, a veces, Perry siguiéndome. Sin embargo, noté que las patrullas y los guardias apostados en pasillos y puertas prestaban atención a cada uno de mis pasos, como si hubieran recibido instrucciones de asegurarse de que estuviera bien.

Esta había sido mi vida durante años y aún no me acostumbraba.

Willow y yo entramos en el solárium, una gran sala beige y amarillo quemado con suelos marrones brillantes, lujosos muebles artesanales de roble y cedro, y cojines rojos. Las ventanas cubrían la mayor parte de las paredes de la habitación, dejando entrar la luz del sol y calentando el lugar.

De pie en el centro de la habitación, la Reina Aurelia y la Princesa Maize me sonrieron.

—Mi querida Blair —dijo la reina, con voz frágil. Abrió sus delgados brazos para abrazarme—. Te ves encantadora.

—Gracias —acepté su abrazo, con cuidado de no arrugar su hermoso vestido. Aunque

parecía más pálida y débil cada vez que venía de visita, seguía vistiéndose como para un baile todos los días. Su largo cabello negro azabache estaba cuidadosamente recogido en un moño en la nuca, sus delicadas manos estaban cubiertas de anillos y sus muñecas adornadas con pulseras —. ¿Cómo ha estado?

Se apartó y me hizo un gesto despreocupado. —Soy vieja y poco interesante. No te preocupes por mí.

Pero sí me preocupaba. Todos lo hacían. Después de que el rey muriera por la plaga marina, la Reina Aurelia había caído en un profundo pozo oscuro. Nadie había podido rescatarla de él. Se retiró de los asuntos de la corte durante muchos años. Dejó su reino desprotegido y descuidado. Solo recientemente había comenzado a salir para tomar el té y dar paseos, pero aún parecía que podía quebrarse y caer en ese pozo en cualquier momento.

La Princesa Maize era una copia más joven y radiante de su madre. Ella también me abrazó como a una hermana y me preguntó cómo estaba. Como de costumbre, mi madre adulaba a la reina y a la princesa, lanzando más cumplidos de los necesarios e inclinando la cabeza unas diez veces por minuto.

—¿Por qué no nos sentamos? —dijo Maize, señalando los sofás detrás de nosotras.

—Por supuesto —la reina fue la primera en sentarse en un sillón modelado según el trono de la sala principal.

La Princesa Maize y Willow se sentaron en un sofá para dos, y mi madre tomó otro sillón, menos opulento, frente a la reina. Estaba a punto de sentarme en otro sofá para dos cuando alguien más se unió a nosotras.

Me puse firme. La princesa Maize, mi madre y Willow se levantaron de sus asientos. La única que no se movió fue la reina Aurelia.

—Buenas tardes —dijo el príncipe Lugh. Sus ojos marrones oscuros encontraron los míos al instante y me dedicó una pequeña sonrisa—. Lady Blair.

—Hola, Su Alteza —hice una reverencia, como me habían enseñado, aunque sabía que a Lugh le irritaba sobremanera.

Mi madre se habría arrodillado en el suelo y le habría besado los pies si él se lo hubiera pedido. Por ahora, se conformaba con hacer una profunda reverencia, mostrando su respeto.

—Por favor, siéntense y estén cómodos —Lugh caminó hasta mi lado, tomó mi mano y se sentó conmigo—. ¿Confío en que has estado bien?

—Sí —respondí. Mis ojos se posaron en nuestras manos entrelazadas. Ya debería estar acostumbrada a esto. Aunque se sentía natural, no me provocaba mariposas en el estómago ni hacía que mi corazón se acelerara. Lo cual era una lástima. Era apuesto, con cabello castaño rojizo y una sonrisa gentil. Era alto, y sabía con certeza que entrenaba a menudo con los soldados, lo que le daba un cuerpo en forma y una complexión musculosa. Había visto a las damas de la corte y otras nobles suspirando por él. Y, sin embargo, todo lo que sentía por él era un profundo compañerismo—. ¿Y tú?

Lugh suspiró. —Bien, sí, aunque muy ocupado.

Siempre era la misma respuesta. A veces me llevaba a su estudio y a la sala del consejo y me contaba todo lo que estaba sucediendo en el reino. Sabía que la Corte de Otoño y sus hadas eran importantes para mí, y que me importaba lo que estaba pasando. Sabía que quería ayudar.

Pero por ahora, me limitaba a observar.

Pronto, eso cambiaría.

—Sabéis —comenzó la reina. Colocó sus manos entrelazadas sobre sus rodillas y nos miró fijamente a Lugh y a mí—. No me estoy haciendo más joven. Aunque las hadas puedan vivir

durante cientos de años, preferiría no tentar a la suerte. Antes de morir, quiero nietos.

Tragué saliva.

—Estoy de acuerdo, Su Majestad —añadió mi madre—. ¿Habéis decidido ya una fecha para la boda?

Lugh y yo intercambiamos una mirada.

Cuando era pequeña, venía mucho al palacio debido a la posición de mi padre. Él formaba parte del consejo de hadas que ayudaba al rey a gobernar la Corte de Otoño, pero todo cambió cuando me convertí en adolescente y nuestros padres acordaron que Lugh y yo nos comprometeríamos. Seguí viniendo al palacio después de eso, pero mientras antes venía a jugar con los príncipes y la princesa, ahora venía a visitar a mi futuro esposo.

Desde entonces, mis días se habían dedicado a aprender a ser la mejor esposa que un marido pudiera tener, y la mejor reina que un reino pudiera pedir.

No, Lugh y yo no habíamos decidido una fecha. Para ser honesta, apenas hablábamos de la boda.

—No tenemos prisa, madre —dijo Lugh, tan educado como siempre. Había visto a Lugh perder la compostura dos veces: la primera cuando murió su padre, y la segunda cuando su hermano se fue.

—Tú quizás no, pero yo sí —dijo la reina, con un tono suave. Decepcionado—. Este reino podría usar una fiesta.

—Hay muchos festivales y fechas especiales que se celebran, madre —dijo Lugh—. Elige una y organiza una gran fiesta.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

Mi madre abrió la boca para añadir su voz al cántico de cásense-ya que Lugh y yo escuchábamos a menudo, pero la cerró cuando el general Barric entró en el solárium.

El hada mayor hizo una profunda reverencia. —Mis disculpas, Su Majestad, pero necesito hablar con el príncipe Lugh.

La reina agitó la mano, claramente molesta por la interrupción. Lugh me dio unas palmaditas en la mano y fue a reunirse con el general. Los dos salieron de la habitación y hablaron en voz baja. La reina, la princesa, mi madre y Willow reanudaron la conversación sobre la boda. Lo grandiosa que sería, cuántos reinos invitarían y cómo presumirían, incluso discutieron ideas para la decoración y la comida, pero mi atención estaba dividida.

Aunque no podía oír lo que Lugh y el general estaban discutiendo, podía ver la mitad del cuerpo de Lugh desde aquí, y estaba rígido como una tabla. Su comportamiento habitualmente gentil cambió por completo y su mandíbula se tensó.

Algo andaba mal.

Unos minutos después, Lugh volvió a entrar en la habitación, pero se detuvo a un par de pasos de la puerta. —Tengo graves noticias —dijo. Me miró a mí y luego a su madre.

La reina frunció el ceño. —¿Qué ocurre?

Lugh exhaló un largo suspiro. —Parece que estamos a punto de ser atacados.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con voz baja. No estaba segura, pero de alguna manera, podía adivinar su respuesta.

Asintió hacia mí, confirmando mis pensamientos. —Los elfos marinos han vuelto.



CADE Y YO APENAS TUVIMOS TIEMPO DE DAR UN PASO ATRÁS Y ESQUIVAR EL ATAQUE CUANDO DOS monstruos —con piel gris oscura, venas negras visibles y ojos rojos como serpientes— se abalanzaron sobre nosotros, con sus garras apuntando a nuestras cabezas y sus dientes dentados intentando alcanzar nuestros cuellos.

Forcé el viento a nuestro alrededor para que se arremolinara contra los atacantes. No los detuvo, pero los hizo tambalearse hacia un lado, dándonos a Cade y a mí un momento para respirar.

—¿Qué demonios? —preguntó Cade. Levantó las manos y el hielo se formó alrededor de las piernas de los monstruos, atrapándolos en su lugar. Los monstruos lucharon contra el hielo, pero no pudieron liberarse. Cade desenvainó su espada y presionó la punta de la hoja contra el pecho del monstruo más cercano—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis cruzado la barrera?

—E-estamos huyendo —dijo el monstruo, con voz entrecortada. Este era más alto que el otro monstruo, pero más delgado, con extremidades más largas. Su piel también era más pálida, pero sus ojos rojos eran más brillantes. Y tenía algunos mechones de pelo oscuro en la cabeza.

—¿Huyendo de qué? —preguntó Cade.

Los dos monstruos intercambiaron una mirada inquieta. —Ha habido peleas entre las tribus del Bosque Tywyll —dijo el otro. Tenía una fea cicatriz que le cruzaba el hombro y el cuello—. Ha sido... sangriento, por decir lo menos.

—Es una guerra interminable —añadió el primero—. Los ataques surgen de la nada, y todos los que conocemos han caído.

Fruncí el ceño, casi compadeciendo a los monstruos. Aunque sabía que eran codiciosos, desagradables y simplemente viciosos, probablemente también tenían familias y amigos, a su manera. Si todos los que este monstruo conocía habían caído, entonces estaba solo, y una parte de mí podía simpatizar con eso.

—¿Cómo cruzasteis la barrera? —pregunté, volviendo el interrogatorio a lo que queríamos saber.

De nuevo, los dos monstruos intercambiaron miradas. —Mi cuñada era mitad bruja —dijo el de la cicatriz—. Ella encantó esto antes de morir. —Levantó la mano. Una simple piedra gris descansaba en su palma.

Sin bajar la espada, Cade alcanzó la piedra. Siseó. —Puedo sentir la magia en ella. —Cade me miró, y pude leer la pregunta en sus ojos.

¿Cómo podía una maldita bruja lanzar un hechizo que deshiciera la magia combinada de tres poderosos fae y una diosa? Esta bruja debía ser extremadamente poderosa. Si no hubiera muerto, estaría preocupado ahora mismo.

Cade se guardó la piedra en el bolsillo. —Dad la vuelta y regresad a vuestra tierra. No me importa lo que esté pasando allí. Quedaos allí y resolvedlo. O no. Pero no traigáis vuestros problemas a mi tierra. —Empujó la espada contra el pecho del monstruo, dibujando una fina línea de sangre negra—. ¿Entendido?

Pensé que los monstruos discutirían, pero afortunadamente, no lo hicieron. Cade liberó su magia y el hielo se derritió de sus piernas, liberándolos. Se acercó a la barrera y puso su mano sobre ella; se abrió una pequeña rendija. Los dos dieron media vuelta y, con los hombros caídos, cruzaron la barrera una vez más. Cade retrocedió y el corte se cerró.

Se palmeó el bolsillo del pantalón. —No puedo creer que una piedra como esta pudiera hacer esto. Abrir y cerrar la barrera.

—Esperemos que no haya otra bruja así en el Bosque Tywyll —dije—. Asegúrate de mantener esta piedra en secreto y bien escondida, y debería estar bien.

Cade asintió, luego dejó escapar un suspiro de alivio. —Había estado tan nervioso pensando que descubriríamos algo mucho más grande y peor que dos monstruos fugitivos... —Se encogió de hombros—. ¿Sabes lo que necesitamos ahora? Una buena bebida. Vamos a cenar bien en el Castillo Blanco.

Sonreí. —Nunca diré que no a eso.

POR ALGUNA RAZÓN, esta cena era más elegante y concurrida que las pocas otras que había compartido con Cade y Amber desde mi llegada a la Corte de Invierno. Además del rey y la reina, había algunas familias nobles en el grandioso comedor, con sus paredes blancas, techo alto, pesadas arañas de hielo, suelos blancos y lisos, y ventanas largas y altas. Los invitados tomaron asiento a lo largo de la mesa. El general y algunos de los Caballeros Blancos también estaban aquí.

Lennox y yo nos sentamos al otro lado de la larga mesa, yo en la cabecera y Lennox a mi derecha. A mi izquierda estaba Serena, una fae noble con un hermoso cabello plateado corto, que no dejaba de lanzarme miradas sugestivas. Debajo de la mesa, Lennox me pateaba las espinillas cada vez que ella masticaba algo y hacía pequeños sonidos que deberían reservarse solo para la cama.

Con la conversación en voz alta, las risas estridentes, la comida y el alcohol fluyendo, nadie más la escuchaba, o eso esperaba. No sabía mucho sobre ella, pero por lo poco que había visto, solo podía imaginar que su reputación no era muy prístina.

La mía tampoco lo era.

Me dejé caer en su trampa y me incliné hacia ella sobre la mesa. Empezó a hablar de su padre, que había sido un conocido Caballero Blanco bajo el gobierno de Cade, luego cambió el tema hacia mí.

—Oigo que la gente te llama el príncipe rebelde —dijo casi ronroneando—. Me gustan los rebeldes. —Continuó, pero realmente no escuché mucho más de lo que tenía que decir. Cada vez que intentaba concentrarme en su boca, en lo que le haría hacer en una hora más o menos, mi mente se desviaba en otra dirección, hacia alguien en quien me prometí que no volvería a pensar.

¿A quién quería engañar?

Siempre pensaba en ella. Incluso cuando estaba ocupado con el entrenamiento, luchando, entreteniendo a mis hombres, ella siempre estaba en el fondo de mi mente, esperando su turno, burlándose de mí, haciéndome miserable.

Con un profundo suspiro, me recosté en mi silla, mi interés por la fae de cabello plateado se había desvanecido. Mi mano descansaba sobre la daga sujeta a mi cinturón, un hábito que no podía sacudir.

De repente, la conversación y los sonidos alrededor de la mesa se detuvieron. Un movimiento a mi izquierda captó mi atención, y me volví para averiguar qué había hecho que todos se quedaran tan callados.

Mahaeru entró en el comedor.

Todos se levantaron, incluidos Cade, Amber y yo, e hicimos una reverencia a la diosa.

Su largo cabello negro caía como una cortina tras su espalda, y su vestido negro daba la impresión de que siempre estaba lista para un funeral.

—Mahaeru —dijo Amber, dando un paso adelante—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tengo noticias importantes que comunicar —dijo la diosa, con voz neutra.

Cade se preparó. —¿De qué se trata?

Entonces, los ojos de Mahaeru se fijaron en los míos. —Príncipe Redlen, me temo que debe regresar a casa.

Fruncí el ceño. —¿Para qué?

—Barcos de elfos marinos se acercan a la costa.

Se me cayó el alma a los pies. No, esto no podía estar pasando. Miré a Cade.

Él asintió una vez hacia mí. —Debes irte.

Lennox puso una mano en mi hombro. —Vámonos.

Tragué saliva, sintiendo la repentina ansiedad que crecía dentro de mí. Después de tantos años fuera, parecía que volvía a casa.

BLAIR



EL PALACIO BULLÍA DE ACTIVIDAD.

La reina no recibió bien las noticias y casi se desmayó. Libra, su doncella, se apresuró a entrar en la sala del sol y la ayudó a llegar a sus aposentos, donde el sanador del palacio la estaría esperando. La princesa y Willow siguieron a la reina. Mi madre quería ir con ellas, pero la mandaron a casa, lo cual no le hizo ninguna gracia. Lugh me había dicho que me fuera con mi madre, pero yo insistí en quedarme para poder ayudarlo.

Mientras Lugh iba a los barracones para hablar con sus soldados y dar órdenes, yo me quedé en el palacio, donde instruí al personal sobre cómo proceder; todos se pusieron tensos y agitados con las noticias. También convoqué a los funcionarios de la capital y le pedí a Lugh que me prestara algunos soldados para que pudiéramos hacer algo con respecto a Masarn. Aunque la capital estaba lejos de la costa, las noticias sobre los enemigos que se acercaban se extenderían como la pólvora, y la agitación les seguiría. Teníamos que contener las noticias, mantener a las hadas tranquilas y asegurarles que teníamos un plan.

Había estudiado la historia de la Corte de Otoño, de todo Wyth, durante toda mi vida, y no recordaba ni una sola vez en que los elfos marinos hubieran invadido nuestro reino y avanzado tierra adentro. Que yo supiera, nunca habían estado cerca de la capital, pero por supuesto, si llegara a ese punto, evacuaríamos la capital. Y para eso, necesitábamos prepararnos con mucha antelación.

No había ninguna razón ni motivo detrás de los ataques de los elfos marinos. Al menos, nadie había encontrado uno todavía. Todo lo que sabíamos era que su tierra era un lugar miserable, inadecuado para una vida tranquila y pacífica, y de vez en cuando venían a Wyth, específicamente a la Corte de Otoño, codiciando nuestras tierras.

El rey Linden había muerto después de una batalla contra los elfos marinos hacía muchos años. Había logrado enviar a los enemigos de vuelta al mar —los que habían sobrevivido a la sangrienta batalla—, pero luego sucumbió. Ni siquiera fue porque hubiera sido herido por la espada de un elfo marino. Fue a causa de la plaga marina.

Algunos elfos marinos portaban un virus que era inofensivo para ellos, pero bastante mortal para nosotros. Durante el contacto en la batalla, el virus se propagaba. La mayoría de las hadas infectadas morían.

Cuando el rey Linden falleció, la reina Aurelia se derrumbó, y Lugh, siendo el príncipe heredero, asumió el reinado del reino. Al principio, no dejaba de decirme que era temporal. Solo hasta que su madre se recuperara del shock y la tristeza, pero la reina Aurelia nunca se recuperó, y Lugh nunca cedió.

Era un rey sin corona.

Aunque no la necesitaba. Las hadas de la Corte de Otoño lo adoraban, y sus soldados lo admiraban. Darían sus vidas en un instante por su príncipe.

Al igual que yo.

Por eso había enviado a Jora a casa a buscar mi armadura y mi espada. Cuando regresó, fui a uno de los muchos cuartos de aseo del palacio y cambié mi vestido por pantalones de cuero, una túnica y un chaleco, y me puse las piezas menos voluminosas de mi armadura: brazales, guardabrazos y faldón. También até mi cinturón de espada al faldón. El resto lo guardé dentro del bolso de cuero para poder ponérmelo más tarde. Afortunadamente, mi armadura era mucho menos complicada y pesada que la de la mayoría de los soldados.

Después de prepararme, me dirigí a los barracones con Jora y Sage siguiendo mis pasos. Perry me había dejado hacía tiempo para ayudar a preparar el palacio para un ataque.

Justo donde terminaba el camino que llevaba a los barracones antes de abrirse al campo de entrenamiento principal, Lugh estaba de pie con el general Barric y los otros capitanes, hablando en voz baja. Detrás de ellos, una oleada de soldados se apresuraba a prepararse para la batalla.

El general Barric fue el primero en verme acercarme. Sus ojos se abrieron de par en par y me hizo una reverencia con la cabeza.

—Lady Blair.

Lugh se giró. Sus ojos encontraron los míos y un profundo nudo adornó sus cejas.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy contigo —dije, sin inmutarme.

El nudo se hizo más profundo.

—No, no lo harás.

—Eso no es tu decisión.

Con un resoplido, Lugh miró a las hadas detrás de él.

—Disculpadnos un momento.

Las hadas inclinaron sus cabezas y se alejaron, fuera del alcance del oído, y Lugh se acercó a mí.

—Sé que vas a la costa para ver exactamente qué está pasando, y quiero ir contigo. —Mi voz permaneció tranquila, pero firme. No le daría la oportunidad de decirme que no.

—Blair, no sé qué encontraremos allí. No puedo arriesgarme a llevarte conmigo.

—Como dije, esto no es tu decisión —repetí—. ¿Por qué el futuro rey de la Corte de Otoño puede arriesgar el cuello y la futura reina no? Quiero proteger este reino tanto como tú, y sabes que puedo luchar. Puedo defenderme, e incluso ayudar, si llega el caso.

—Por favor, Blair, no me pongas en esta posición.

—¿Qué posición? Lugh, no estoy tratando de menospreciarte. Estoy tratando de ayudar. Por favor, déjame ayudar. Deja que las hadas vean lo unidos que estamos, cómo incluso luchamos nuestras batallas juntos. —Reprimí el impulso de poner las manos en las caderas, eso parecería infantil—. Además, realmente no puedes detenerme. Si quiero, tomaré mi caballo y te seguiré. Voy a ir de todos modos. Solo pensé que sería más fácil si estuvieras de acuerdo y me dejaras ir a tu lado.

Lugh gruñó. Cerró los ojos por un segundo, luego me miró de nuevo.

—Está bien —dijo, con voz tensa. No parecía complacido, pero yo estaba aliviada. Pensé que tendría que discutir con él por más tiempo—. Pero quédate cerca de mí. Y al primer signo de problemas, quiero que huyas. ¿Entendido?

No huiría. Iba a ayudar, pero en este momento, aceptaría cualquier cosa.

—Sí —dije, sintiéndome un poco exaltada.

—De acuerdo. —Eché un vistazo de arriba abajo a mi armadura—. Veo que estás lista. Partimos en treinta minutos.

LUGH y yo cabalgábamos al frente de la larga procesión de soldados. Habían llamado a más reservistas de todo el reino, aunque las órdenes eran mantener discreción sobre lo que estaba sucediendo. Lo último que necesitábamos ahora era que el pánico se extendiera y creara caos.

Afortunadamente, había convencido a Jora de quedarse atrás; tenerla mimándome mientras me preocupaba por una batalla habría sido demasiado. Pero ni siquiera intenté hablar con Sage al respecto. Después de todo, protegerme era el trabajo de su vida.

Cabalgamos durante dos días, tan rápido y con tan pocas paradas como los caballos pudieron soportar. Algunos soldados de élite se adelantaron en su forma de zorro para explorar y establecer un campamento, si llegábamos a necesitar uno.

Finalmente, en la mañana del tercer día, entramos en el ancho camino que conducía a uno de los puestos de avanzada costeros; estos puestos eran pequeñas fortalezas con altas torres y fuertes murallas. Desde allí, los soldados vigilaban el mar.

Pasamos por el campamento mientras tomaba forma y cabalgamos más cerca de Mor Caer, la fortaleza desde donde se habían avistado los elfos marinos esta vez. La tensión en Lugh y los soldados crecía con cada paso que daban nuestros caballos.

—Mi príncipe —dijo el general Barric, acercando su caballo al lado de Lugh.

—Lo sé —dijo Lugh, con la voz tensa. Sus ojos estaban fijos en la alta torre a lo lejos. El sol se elevaba desde el mar, iluminando la fortaleza de piedra marrón y haciendo que las enredaderas rojas que crecían a su lado brillaran como sangre—. Los soldados ya deberían haber regresado.

Fruncí el ceño. —Los soldados que se adelantaron.

—Sí —dijo Lugh—. Espero que hayan sido detenidos por algún asunto rápido, que no sean los elfos marinos. —Lugh levantó su puño cerrado. Todo el batallón se detuvo dos segundos después—. ¿Y los exploradores enviados al mar?

—Esos regresaron, su alteza —le informó el general Barric—. Y dijeron que los barcos están aún lejos de la costa. Si quisiéramos, podríamos hacer una resistencia en la playa para detenerlos.

Lugh frunció el ceño. —Han pasado días desde que nos informaron de su aproximación, ¿y aún no están aquí?

—¿Crees que es una trampa? —pregunté, pensando lo mismo.

—Espero que no —dijo—. Espero estar equivocado y que por alguna razón los elfos marinos aún estén esperando a otros y por eso no han llegado a la orilla.

—Su alteza, los exploradores dijeron que recorrieron la playa al norte y al sur por varias millas y no encontraron ningún barco o embarcación extranjera —le aseguró el general—. No creo que sea una trampa.

—Nunca se es demasiado precavido. —Lugh seguía mirando fijamente la torre, como si viera algo que nosotros no—. Iremos a las puertas de Mor Caer y lo comprobaremos, pero no podemos arriesgarnos a llevar a todos mis soldados a la fortaleza. —En caso de que fuera una trampa, pude escuchar sus palabras no dichas en mi mente.

—Puedo ir con un pequeño grupo, su alteza —dijo el general Barric.

—Yo también iré —dijo Lugh.

—¿Qué? —pregunté, incrédula—. Si es una trampa, entonces debes quedarte atrás.

—Estoy de acuerdo con Lady Blair, mi príncipe —dijo el general Barric.

—No puedo parecer débil frente a nuestro enemigo. —Lugh miró del general a mí—. Iré con mis soldados.

Apreté las riendas en mis manos. —Entonces iré contigo.

POR SUPUESTO, Lugh discutió conmigo sobre ir con él, pero no me importó. Una vez más, le recordé que él no tenía voz ni voto en lo que yo hacía.

Sage fue otro que se quejó de tener que seguirme a Mor Caer. Mientras nos acercábamos a la fortaleza, refunfuñó que habría preferido quedarse atrás con los otros soldados, preparando nuestro campamento, a un par de millas de distancia.

Lugh decidió llevar solo a cien soldados con nosotros. El general Barric se adelantó y pidió que abrieran las puertas de Mor Caer. Lentamente, las pesadas puertas de madera se levantaron y apareció una fila de soldados de Otoño detrás de ellas, todos vestidos con uniformes de color marrón oscuro y burdeos. Los soldados retrocedieron y nos permitieron entrar a caballo en la fortaleza.

Lugh miró alrededor, al pequeño espacio abierto entre la torre y las primeras casas dentro de la fortaleza. —¿Dónde está vuestro magistrado?

—Aquí.

Nos giramos para ver a una figura saliendo de la torre, con el uniforme mal ajustado y el rostro pálido.

Demasiado pálido para ser un hada de Otoño.

Lugh y yo nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo al instante, pero ya era demasiado tarde. Desenvainamos nuestras espadas mientras las puertas se cerraban detrás de nosotros, separándonos de la mitad de los soldados que se suponía que debían estar aquí con nosotros, y los soldados que nos habían abierto las puertas se volvieron, con sus armas listas.

Estos no eran hadas. Eran elfos marinos. Se habían vestido con nuestra ropa, teñido el cabello para que fuera más oscuro y se pareciera al nuestro, e incluso habían robado nuestras armas.

Mi estómago se hundió.

Si estaban aquí, si habían tomado la fortaleza, ¿qué habían hecho con las hadas que se suponía que debían estar aquí?

Los soldados que habían entrado con nosotros formaron un círculo alrededor de Lugh y de mí. Sage permaneció a mi lado, la tensión emanando de su cuerpo en oleadas.

El elfo marino que había pretendido ser el magistrado se acercó, tan cerca como pudo sin ser atravesado por una hoja si un soldado intentaba apuñalarlo, y nos sonrió: una sonrisa desafiante que me hizo estremecer.

—Mi querido príncipe —dijo, su marcado acento cargado de desdén y sarcasmo—. Empezaba a preguntarme si aparecerías.

Eché un vistazo alrededor mientras los elfos marinos se revelaban. Eran altos y delgados, con extremidades largas y una inusual piel clara, casi blanca bajo la luz del sol. Sus orejas eran puntiagudas como las nuestras, pero más largas, y su cabello era blanco o rubio claro, cortado en diferentes estilos. Sus ojos, finas rendijas en sus rostros angulosos, eran amarillos o naranja claro. Algunos de ellos afilaban sus dientes, y a menudo me preguntaba si también comían carne de hadas o si era solo para impresionar.

—Parece que sabes quién soy —dijo Lugh—. Tal vez yo debería saber quién eres tú.

—Por supuesto. —El elfo marino inclinó la cabeza—. Soy Ta'hun, uno de los jefes bajo

nuestro líder, Su'jin.

No recordaba a ningún Ta'hun de los libros de historia que había leído sobre las invasiones de los elfos marinos, pero sí recordaba a un Su'jin. Había sido uno de sus jefes en la última invasión, la que mató al rey.

Lugh frunció el ceño. Él también se había dado cuenta de eso. —Supongo que no hay nada que pueda ofrecerles para que se retiren.

Ta'hun negó con la cabeza. —Nos detendremos una vez que hayamos reclamado Wyth.

Apreté mis manos en puños y cerré la boca antes de hablar y crear más problemas. Quería preguntarles por qué parecían tan interesados en tomar nuestras tierras. Por qué seguían volviendo, aunque los derrotábamos cada vez. Tenía que haber una razón. Los libros de historia mencionaban que su propia tierra era inhabitable, pero la verdad era que nadie lo sabía con certeza. Nunca habíamos capturado a un elfo marino vivo que estuviera dispuesto a contarnos los detalles de su tierra.

Todo lo que teníamos eran conjeturas.

—Pensé que dirías eso —murmuró Lugh. Por un breve momento, sus hombros se hundieron, como si ya estuviera cansado de esta batalla, y apenas había comenzado. Luego, se enderezó y se enfrentó a Ta'hun—. Sabes que no caeremos tan fácilmente. —Lugh levantó la mano y los soldados a nuestro alrededor se prepararon.

—Oh, eso espero, mi príncipe. —Ta'hun nos ofreció otra sonrisa maliciosa—. Pero no te preocupes. Esta vez, nuestro plan no fallará, y pronto, tu Corte de Otoño será nuestra.

—No si...

En un abrir y cerrar de ojos, Ta'hun agarró una lanza de uno de los otros elfos marinos y la arrojó contra Lugh. Fue tan rápido, tan inesperado, que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Antes de darme cuenta de lo que había sucedido, Lugh tenía una lanza profundamente clavada en el pecho y se deslizaba de su caballo.

—¡Ataquen! —gritó el General Barric.

Los gritos y el entrecocar del metal resonaron por toda la fortaleza, pero mi mente, mi atención estaba fija en el príncipe heredero. Reprimiendo el pánico, salté de mi caballo y corrí hacia Lugh. Sage estaba a mi lado, y con su ayuda, agarré los hombros de Lugh y lo bajamos suavemente al suelo.

De rodillas, me incliné sobre él, con los ojos fijos en la enorme lanza que sobresalía de su pecho y la copiosa cantidad de sangre que manaba de la herida.

—Por el viento helado —murmuré. Mi visión se nubló con lágrimas. Acuné el rostro del príncipe heredero—. ¿Lugh? ¿Puedes oírme?

—Blair —susurró, su mano temblorosa alcanzándome. Sus ojos parpadeaban rápidamente, como si quisiera aclararlos para poder ver—. Estoy... —Tosió y la sangre goteó por su barbilla.

Oh, no, no.

El silbido del viento sonó sobre mi cabeza. En un instante, Sage se levantó y desvió la hoja que venía hacia mi cabeza. Me atreví a mirar alrededor y el pozo de desesperación que se había abierto en mi pecho en el momento en que Lugh cayó solo se hizo más profundo.

Ta'hun y sus elfos marinos nos estaban atravesando como si fuéramos maleza. Los soldados de las hadas al otro lado de las puertas estaban haciendo todo lo posible para abrirlas. Cuando lograron levantarla un pie, colocaron algo debajo, y unos pocos se deslizaron dentro para ayudarnos.

Pero los cuerpos se estaban apilando a nuestro alrededor. No deberían entrar; teníamos que salir.

Cuando Sage se arrodilló de nuevo a mi lado, dije: —Ayúdame. —Pasé mi brazo alrededor de Lugh e intenté levantarlo.

—Lady Blair —dijo Sage, con tono grave.

—No me vengas con Lady Blair —espeté—. Solo ayúdame.

—Blair —susurró Lugh. Más sangre salió de su boca—. Detente. —Tomó mi mano entre las suyas—. No hay... nada que puedas hacer. —Empujó su espada hacia mí—. Sage. Sácala de aquí.

—¿Qué? ¡No! —Sujeté los brazos de Lugh, pero su cabeza cayó hacia atrás y sus ojos se cerraron. Sus brazos cayeron a sus costados. Lo miré con absoluto horror—. No, no.

Ta'hun estaba justo allí, de pie junto a la cabeza de Lugh. Me sonrió y blandió su espada. No me moví. Observé cómo la hoja venía hacia mí. De repente, dos pares de brazos me agarraron y me tiraron hacia atrás. No vi mucho de lo que sucedió después, solo que de alguna manera estaba sosteniendo la espada de Lugh y retrocediendo de la fortaleza.

Dejando a Lugh atrás.

Cuando finalmente recuperé el sentido, estaba sobre mi caballo, viendo cómo los elfos marinos rodeaban el cuerpo de Lugh. De pie con un pie sobre el pecho de Lugh, Ta'hun nos sonrió, burlándose. Provocándonos.

—Tenemos que volver por él —dije, tomando las riendas de mi caballo y dándole la vuelta—. Necesitamos recuperar su cuerpo.

El General Barric y Sage movieron sus caballos para interponerse en mi camino.

—Por favor, Lady Blair —dijo Sage, sus ojos los más tristes que había visto en el largo tiempo que había sido mi protector—. Escuche la razón. Ya no hay nada que pueda hacer por él.

El General Barric me miró con ojos llorosos. —Lady Blair, déjeme salvarla al menos a usted. Por favor.

Miré fijamente la fortaleza, a los elfos marinos.

Si regresaba, estaba prácticamente muerta.

Sabía que tenían razón, pero era demasiado difícil, maldita sea. No podía moverme. Así que no lo hice. Al final, Sage tomó mis riendas y guio mi caballo lejos, porque si dependiera de mí, o me habría quedado plantada en ese lugar, o habría hecho alguna locura.

A medida que nos alejábamos de Mor Caer, el peso de lo sucedido me aplastó. No luché contra las lágrimas. Las recibí con los brazos abiertos mientras me encorbaba sobre mi caballo y sollozaba por nuestro príncipe heredero.

RED



ME DIRIGÍA A LA COSTA CUANDO RECIBÍ UN MENSAJE DEL GENERAL BARRIC PIDIÉNDOME QUE fuera al Palacio Oren en su lugar. No entendía por qué; no había más explicaciones en la nota, pero como el general Barric era el soldado más condecorado de nuestro ejército y Lugh confiaba ciegamente en él, no le di muchas vueltas. Supuse que Lugh le había pedido que me enviara el mensaje, así que cambié mi ruta y me dirigí a la capital.

Al llegar, noté de inmediato que algo andaba mal. Cuando Lennox y yo cruzamos las puertas exteriores con nuestros caballos, vimos soldados con una banda negra atada en sus brazos izquierdos, y tiras de tela negra colgando de las entradas de las tiendas y ventanas de las casas.

Alguien había muerto.

Mi primer pensamiento fue mi madre. La reina Aurelia había estado enferma de depresión y tristeza desde que mi padre murió. Varias veces, había creído que ella se quitaría la vida para reunirse con él, o se dejaría marchitar hasta que solo quedara su cuerpo.

Finalmente había sucedido.

Pero no esperé para ver. Me acerqué a uno de los guardias en la puerta y le pregunté qué estaba pasando, quién había muerto.

—Lo siento, príncipe Redlen —dijo el guardia, con los ojos fijos en sus pies—. Se nos ha instruido no proporcionar ninguna información, ni siquiera a usted. Debería ir al Palacio Oren y verlo por sí mismo.

Eso no me sentó bien.

Sabiendo que podía ser más rápido que un caballo, me bajé de la yegua que había tomado prestada de la Corte de Invierno, me transformé en mi zorro y corrí hacia el palacio.

No había venido todo el camino desde la Corte de Invierno hasta aquí en mi forma de zorro porque me cansaría demasiado rápido y necesitaría más descanso que un caballo. Pero ahora... ahora la distancia era corta, y la curiosidad dolía.

Lennox también se transformó en su zorro y me siguió. Llegamos al palacio y de nuevo nadie nos dijo qué estaba pasando, pero todos parecían solemnes y tristes, todos luciendo las bandas negras alrededor de su brazo izquierdo superior, o vestidos completamente de negro.

Una vez en el palacio, volví a mi forma fae. —¿Lugh? ¿Mamá? —llamé en la gran entrada, mi voz haciendo eco a través de los altos y anchos pasillos.

El general Barric apareció desde un corredor lateral. —Por aquí, príncipe Redlen. —Me hizo un gesto para que lo siguiera. Contuve la lengua mientras cientos de preguntas asaltaban mi pecho y lo seguí hasta el Patio de Arce, un jardín de color naranja quemado y rojo suave con árboles delgados y arbustos frondosos, bancos de piedra marrón y un gran pozo de fuego en el centro.

Mi madre, mi hermana sosteniendo la mano de una joven fae que no conocía, y Blair estaban alrededor del pozo de fuego. Todas vestían túnicas negras y sollozaban casi al unísono.

La realización me golpeó mientras me acercaba a ellas. Mis ojos encontraron la espada sobre el pozo de fuego, confirmando mi temor. Mis rodillas se doblaron y casi caí al suelo. —Lugh —susurré.

Blair se acercó a mí y agarró mi brazo con sus manos, estabilizándose. Aunque era muy consciente de su toque, no podía apartar la mirada del fuego, de la espada que se volvía roja en él.

—Lo siento mucho —susurró Blair.

Finalmente, reaccioné y me aparté bruscamente de su toque. —¿Qué demonios ha pasado?

Una lágrima rodó por el rostro claro de Blair. Mi madre dejó escapar un fuerte sollozo y se presionó una mano contra el pecho.

—¡Madre! —gritó Maize, volviéndose hacia nuestra madre y sosteniéndola.

Blair se volvió hacia la reina y ayudó a Maize cuando mi madre se desmayó. Debería haber intervenido y ayudado, pero mi mente era un revoltijo de pensamientos y preguntas, y mi pecho implosionaba con demasiados sentimientos. No podía hacer nada. No podía *moverme*.

Las doncellas de mi madre y mi hermana se acercaron y las ayudaron. Escoltaron a mi madre fuera, y mi hermana y la joven fae las siguieron.

Aunque sabía que Lennox, el general Barric, Sage y Jora estaban en la entrada del patio, sentí como si me hubieran dejado solo con Blair y la espada en el pozo de fuego.

Tragué con fuerza y me acerqué al pozo de fuego. Quería extender la mano y tocar la espada, como si pudiera tocar a mi hermano, como si pudiera salvarlo de cualquier destino que le hubiera tocado.

—¿Qué pasó? —pregunté de nuevo, esta vez en voz baja.

Blair inhaló profundamente. —Los elfos marinos nos tendieron una trampa en Mor Caer. Entramos, pensando que aún estaban en el mar.

La miré fijamente. —¿Tú fuiste con él?

—Mataron a Lugh —dijo, sin responder a mi pregunta, probablemente a propósito—. Intenté llevarme su cuerpo, pero eran demasiados. —Su voz se quebró, y se limpió otra lágrima de la cara—. Solo pude tomar su espada antes de que Sage y el general Barric me sacaran de allí.

Más información, más sentimientos que apenas podía controlar. Había perdido a mi hermano, y no podía creer que Blair hubiera estado allí. Ella también podría haberse perdido.

Caí de rodillas, con los hombros pesados. —Debería haber estado allí.

Una suave mano se posó en mi hombro, y no supe qué hacer. Quería tanto tomar su mano y acercarla más, como saltar lejos, estar lo más lejos posible de ella.

Era la prometida de mi hermano. El hermano que ahora estaba muerto.

Este conocimiento me ahogaba. Me oprimía el pecho hasta que era demasiado difícil respirar.

Además del dolor de perder a mi hermano mayor, había otros problemas que necesitábamos resolver pronto.

Inhalé profundamente y me puse de pie. —Aún tenemos una batalla que librar, y a pesar de haber perdido a nuestro príncipe heredero, necesitamos mostrarles que somos fuertes y estamos unidos.

La mano de Blair cayó y su mirada junto con ella. Un nudo apareció entre sus delicadas cejas cuando vio la daga asegurada a mi cintura.

—Yo... —Abrí la boca para soltar alguna excusa, pero una nueva voz me salvó.

—El príncipe rebelde ha regresado. —Blair y yo nos giramos para ver a Mahaeru entrando al

patio desde una de las muchas entradas. No me importaba ese apodo, ya que me quedaba bien; después de todo, había abandonado la vida real hace mucho tiempo, e incluso durante muchos años, había estado lejos de la Corte de Otoño, pero viniendo de la boca de Mahaeru, parecía más un insulto.

Gruñí. —Oh, tú otra vez.

—No hay tiempo para lamentarse —dijo casualmente, como si simplemente estuviera anunciando el menú de la cena.

—Sabías que esto pasaría, ¿verdad? —Las diosas eran criaturas sagradas y divinas para ser amadas, temidas y adoradas. Pero ahora mismo, las despreciaba—. ¿No podrías haber abierto un portal y enviarme aquí? ¿Para que pudiera haber estado a su lado durante la trampa? ¿Para que pudiera salvarlo?

—Shh —susurró Blair, golpeándome el brazo—. No le hables así a una diosa.

—Esto es obra suya —gruñí, fulminando con la mirada a Mahaeru.

—No habría hecho ninguna diferencia —dijo la diosa. Se detuvo al otro lado del foso de fuego y nos miró con sus ojos negros encapuchados—. Aunque hubieras estado a su lado, él aún habría sucumbido, y tú aún te culparías por no poder salvarlo. La única diferencia es que si hubieras estado allí, habrías perdido la cabeza durante la batalla, y alguien más habría intentado razonar contigo, alguien que te importa. Y ella habría muerto intentando salvarte.

Su mirada se posó en Blair.

Oh, maldición.

Apreté los dientes. —¿Qué estás haciendo ahora, entonces?

El mentón de la diosa se elevó una pulgada. —Vine a recordarte que ahora eres el príncipe heredero.

Mi estómago se hundió. Había considerado tantas cosas que se volvían un problema mayor con la muerte de mi hermano... la guerra contra los elfos marinos, el hecho de que ahora Blair no tenía prometido, y que ya no teníamos un príncipe heredero. Pero había olvidado quién era el siguiente en la línea de sucesión.

Yo.

—No puedo —dije, mi voz apenas un susurro. Negué con la cabeza. La Corte de Otoño era un gran reino, y merecía a alguien mejor que yo—. No puedo ser el príncipe heredero. Dale el título a Maize, o incluso a Blair. —Hice un gesto hacia ella. Aunque no la había visto en años, había escuchado todo sobre lo grandiosa que era, cómo había crecido en su futuro papel de reina, cómo los fae la adoraban, y cuán justa y hermosa se había vuelto. Sabía que nada de eso eran mentiras. Blair sería una excelente reina, con o sin rey.

Ella jadeó. —No soy de sangre real. Este es tu deber.

Volví a negar con la cabeza. —No lo quiero.

—Príncipe Redlen...

Señalé con un dedo a Mahaeru, haciéndola callar. —¡No! No me importa eso, no ahora. —Me pasé la mano por el pelo y cambié el peso de mi cuerpo—. Solo... déjame enviar a estos malditos elfos marinos de vuelta a donde vinieron, *entonces* podemos hablar de este tema. Hasta entonces, no quiero oír ni una palabra más.

—Dejarlo de lado no hará que desaparezca —dijo Mahaeru—. La responsabilidad sigue siendo tuya.

Apreté los puños. ¿Estaría mal golpear a una diosa? ¿Podría hacerlo? Apuesto a que me vería venir y me derribaría antes de que pudiera parpadear. Pero ¿me derribaría ahora que era el heredero de la Corte de Otoño?

—Lo que sea —refunfuñé—. Ahora mismo, mi enfoque estará en nuestros enemigos. —Le di la espalda a la diosa y caminé hacia donde Lennox, el General Barric y Sage estaban como estatuas, cerca de una de las entradas. Asentí hacia el general—. Partimos hacia la costa en una hora.

MI PRIMERA PARADA fue en las habitaciones de Lugh. Hacía tanto tiempo que no veía a mi hermano, que necesitaba saber si seguía siendo el hada seria y dedicada que solía ser cuando éramos más jóvenes. Caminé alrededor, observando los detalles. Aunque su cama estaba hecha y todo estaba limpio, su desorden no había sido tocado. Había una jarra de agua junto a su cama. Su bata yacía sobre el sillón al lado de la mesita de noche. Y libros y pergaminos abiertos ocupaban cada centímetro del lugar. Algunos eran de placer, pero la mayoría eran estrategias de guerra y libros de historia que detallaban qué salió mal y dónde, y cómo arreglarlo. Un cuaderno, una pluma y un tintero descansaban sobre el escritorio al otro lado de la habitación, como si Lugh hubiera dejado de escribir a mitad de una frase. Conociendo a mi hermano, había estado estudiando para ser el mejor rey que la Corte de Otoño hubiera visto jamás.

Si se le hubiera dado la oportunidad, sabía que habría sido el mejor.

Y ahora este deber caía sobre mis hombros como una capa pesada, arrastrándome hacia abajo y asfixiándome. No, no pensaría en esto. Ni siquiera me atrevería a ir allí. Primero, tenía que lidiar con los elfos marinos. Solo después de eso pensaría y hablaría sobre lo que me pasaba ahora que Lugh estaba mu-

Inhalé profundamente. Todavía no podía creerlo.

Mi hermano mayor estaba muerto.

Me presioné una mano contra el pecho como si eso pudiera aliviar el dolor.

Luego, me detuve en mis habitaciones. Eran similares a las de Lugh y Maize, con una sala de estar y el dormitorio al fondo. Mientras que las de Lugh parecían aún habitadas, las mías parecían un museo. No había polvo ni manchas. La cama también estaba hecha y lista, pero no había nada más. Ni detalles, ni pinturas, ni libros, ni decoraciones que fueran mías. Hacía tanto tiempo que no dormía aquí.

Luego, visité a mi madre en sus aposentos.

—El sanador acaba de irse —me informó Maize mientras me acercaba a la cama.

La reina Aurelia estaba acostada en la cama, una plétora de almohadas sosteniendo su espalda, pero no estaba dormida. Miraba por la ventana, sin ver nada.

Hubo un tiempo en que mi madre había sido una reina feliz y enérgica, la compañera más perfecta que mi padre podría haber tenido. Juntos, gobernaban el reino con manos firmes pero amorosas.

Hasta que él murió y la dejó sola. Entonces se convirtió en una cáscara vacía.

Me detuve al otro lado de la cama, frente a mi hermana. —¿Es solo shock?

Maize asintió. —Perder a padre fue demasiado para ella. Ahora perder a Lugh la está destrozando de nuevo. No ha estado coherente desde que Blair regresó con su espada.

Blair...

No quería pensar en ella todavía. No, no tenía espacio mental para eso.

Maldición, tantas cosas que estaba posponiendo para después.

—¿Cómo lo estás llevando? —pregunté, mirando a mi hermana. Cuando éramos más jóvenes, había sido consentida, una malcriada, pero parecía que el tiempo le había sentado bien.

Se había convertido en un hada hermosa con una postura firme, y estaba al lado de nuestra madre cuando más la necesitaba.

Los ojos marrones de Maize se llenaron de lágrimas. —Me estoy rompiendo por dentro, pero no dejaré que eso me arrastre. Sé que tenemos que ser más fuertes por ella. —Asintió con la barbilla hacia nuestra madre—. Por nuestro reino. —Se limpió los ojos antes de que las lágrimas cayeran—. ¿Te has dado cuenta de que ahora eres el here-

Levanté la mano. —No, no vayas por ahí. No quiero pensar en eso. Un problema a la vez.

Ella asintió. —Siempre el príncipe rebelde. Pero lo entiendo. —Se apartó un mechón de su cabello naranja claro e inhaló profundamente—. ¿Y cómo estás tú?

Me burlé. —¿No me conoces? Estoy encerrando mis sentimientos y simplemente actuando, haciendo lo que tengo que hacer.

—¿Incluso cuando se trata de Blair?

Fruncí el ceño. Maize era la más joven de todos nosotros cuando Blair se comprometió con Lugh, pero incluso ella no era ciega. A veces pienso que incluso nuestros padres habían visto lo que estaba pasando, y por alguna razón, se habían opuesto.

—Incluso eso —dije entre dientes apretados. Rebusqué en mi mente algún otro tema más seguro y encontré uno—. ¿Quién es la joven hada? ¿La que estaba en el patio contigo?

—Oh, Willow —dijo Maize—. ¿Recuerdas que el rey Varian de la Corte de Verano y Layla quedaron atrapados en ese reino sin nombre? Ella también estaba allí. Después de que Varian y Layla regresaron, volvieron allí para rescatar a Willow. Varian se puso en contacto con nosotros para que pudiéramos ayudar a encontrar a la familia de Willow. La hemos traído aquí, pero hasta ahora, no hemos tenido suerte encontrando a su familia.

Recordé lo cerca que estaba de mi madre y cómo sostenía la mano de Maize. —Pero parece que ya encontró una.

Una pequeña sonrisa se extendió por los labios de Maize. —Bueno, seré honesta. Sí, quiero que encuentre a su familia, pero no quiero que nos deje. Le estoy tomando cariño. Y madre también. —Asentí. Aunque no conocía a Willow, podía ver que había traído algo de luz y felicidad a este hogar.

—¿Dónde está Willow ahora?

—No me gusta que vea a madre así —dijo Maize, con voz sombría—. Willow ya ha sufrido mucho, y puedo sentir cómo ver a madre desmoronarse la angustia. La envié a su habitación con su doncella. Con suerte, madre estará bien para la hora de la cena. —Hizo una pausa.

—Lo estás haciendo bien, Maize —las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas. Pero era cierto. Mi hermana pequeña me estaba sorprendiendo.

Tal vez Mahaeru estaba equivocada. El título no tenía por qué ser mío. Quizás Maize sería una buena reina.

Mi hermana se enderezó, fijando sus ojos en la espada que colgaba de mi cintura. —¿Te vas pronto?

—Tan pronto como me despida de ustedes dos y prepare mis cosas —me senté en el colchón junto a mi madre y toqué su mano—. ¿Madre?

Lentamente, volvió su cabeza hacia mí. Sus ojos se agrandaron cuando me vio. —¡Redlen, estás aquí!

Forcé una sonrisa. —Sí, madre, aquí estoy.

—Te extrañé tanto —dijo, girando su mano para que encajara en la mía—. ¿Ya has visto a Lugh? Estoy segura de que le encantará saber que estás aquí.

—Yo... —tragué saliva con dificultad—. Hablaré con él más tarde.

Maize sorbió y se dio la vuelta, ocultando nuevas lágrimas.

—Bien, bien —mi madre palmeó mi mano con la suya, frágil—. Le pediré a Libra que informe al cocinero que tendremos un banquete especial esta noche. Para celebrar que estamos todos juntos de nuevo.

—Eso sería genial —dije, siguiéndole la corriente. Discutir sobre la realidad solo le traería más estrés y conmoción.

Maize se volvió y tomó la mano de madre de la mía. —Madre, Redlen está ocupado con asuntos del ejército. Necesita irse ahora, pero volverá pronto.

—Oh, por supuesto —dijo mi madre—. Te dejaré ir. Incluso me recostaré aquí un poco —sacó una de las almohadas de su espalda, y Maize la ayudó a acostarse—. Estoy cansada. Dormiré una siesta hasta la hora del banquete.

Ciertamente había perdido la cabeza. —Claro, madre —dije, con la voz cargada de agonía. Maize me miró y yo articulé sin voz: "Gracias". Ella inclinó la barbilla una vez, luego volvió su atención a nuestra madre.

La reina no estaba tan mal cuando dejé por primera vez la Corte de Otoño. Me rompía el corazón ver cuánto había empeorado, y la realidad de que quizás nunca se recuperaría.

Deseando poder hacer más, deseando poder arreglarlo todo, me di la vuelta y salí marchando de las habitaciones de mi madre.

Había una cosa que podía hacer ahora: matar a algunos malditos elfos marinos.

BLAIR



OBSERVÉ CÓMO RED SALÍA MARCHANDO DEL PATIO. LENNOX Y EL GENERAL BARRIC LO siguieron de inmediato, mientras que Sage y Jora se quedaron atrás, observándome. Los ojos de Jora se encontraron con los míos, con lástima estampada en su rostro, antes de bajar la mirada.

Aunque no compartí ni la mitad de mis pensamientos con ella, conocía mis verdaderos sentimientos. A pesar de intentar mantener la compostura, estaba desconcertada. Mi pobre corazón latía rápidamente, de una manera que me asustaba. No había visto a Red en años, y su efecto en mí no había disminuido. De hecho, había aumentado.

Había crecido; era un par de centímetros más alto, sus hombros eran más anchos, sus brazos más gruesos. Su armadura de cuero acentuaba cada curva y hendidura de su cuerpo duro. Sus ojos color avellana brillaban dorados, y su cabello, aparentemente negro en la sombra, resplandecía de un rojo oscuro bajo la tenue luz del sol. Una barba corta cubría su orgullosa barbilla y su afilada mandíbula.

Había sido apuesto cuando era más joven. Ahora, era la perfección.

—Sé lo que estás pensando —dijo la diosa.

El calor cubrió mis mejillas y me giré para enfrentarla. ¿Cómo pude haber olvidado que estaba aquí? Y, por las hojas caídas, ¿esperaba que no supiera lo que estaba pensando!

—¿A qué te refieres?

—Quieres ir a la costa con él.

Eso era absolutamente cierto. —Podría convencer a Lugh, pero no estoy segura de poder convencer a Red. —Siempre había tenido una personalidad más volátil. Podía ser justo, leal y divertido, pero cuando algo no salía como él quería, se enojaba y reaccionaba exageradamente. Solo los dioses sabían si había cambiado—. Podría encerrarme en el calabozo por mencionarlo.

—Hará un berrinche, pero lo convencerás. —Hizo una pausa, sus ojos oscuros fijos en los míos. Sus cejas se fruncieron—. Ve. Tienes que hacerlo. Te necesitará.

MAHAERU NO TUVO que decírmelo dos veces. Una vez más, envié a Jora a buscar mi armadura y mi espada, mientras Sage aseguraba una posición con los soldados que marchaban hacia la costa, y yo revisaba a la reina, a Maize y a Willow.

Tan pronto como escuchó la noticia, la Reina Aurelia se derrumbó. Después de eso, fue un vaivén entre el shock, la negación y el olvido. Maize y Willow no se apartaron de su lado mientras yo preparaba una ceremonia tranquila en el patio con Jora y otros dos trabajadores del

palacio.

Aunque mi corazón se estaba rompiendo, entré en modo de batalla. Cuando huimos de la fortaleza, el General Barric había dejado a un capitán y al noventa por ciento de nuestros soldados allí para contener a los elfos marinos, en caso de que decidieran perseguirnos o avanzar. Ya habían tomado Mor Caer; no podíamos dejar que tomaran nada más.

Habían capturado a nuestro príncipe heredero.

Mi prometido.

Siempre había amado a Lugh, pero no como amante. Había sido un amigo de la infancia, luego se había convertido en un compañero. Nos respetábamos y nos amábamos como amigos y compañeros. En el fondo, esperaba que una vez que nos casáramos, eventualmente nos enamoráramos, aunque no estaba segura de que eso fuera suficiente para activar el vínculo de pareja.

Ahora, nunca lo sabría.

Aparté estos pensamientos y sentimientos atormentadores y me centré en lo que había que hacer en este momento. Red tenía razón. Podríamos discutir sobre quién tomaría la corona más tarde.

Ahora, teníamos elfos marinos que matar.

Después de asegurarme de que mi armadura estuviera bien ajustada y que tuviera todo lo que necesitaba para otra excursión a la costa, me dirigí a la puerta principal del palacio, donde sabía que Red estaba esperando a los soldados. El General Barric, el Capitán Runt, Lennox y Sage estaban hablando con él, mientras más y más soldados llegaban de los cuarteles y de la ciudad. Lugh había hecho un llamado a cualquier fae entrenado que pudiera luchar contra los elfos marinos. Solo unos pocos habían llegado al principio, pero una vez que se difundió la noticia de su muerte, los fae no habían dejado de llegar. Venían de todos los rincones del reino para defender nuestra tierra y honrar a nuestro gobernante caído.

Estaba orgullosa de ellos.

Era hora de enorgullecer a Lugh.

Me preparé mientras bajaba las escaleras frontales del palacio. Red se giró, sus ojos encontrando los míos. Inspiré bruscamente y luché contra el impulso de poner una mano sobre mi débil corazón.

La luz del sol lo iluminaba perfectamente, dando a su cabello ese brillo rojo oscuro, y sus ojos color avellana parecían casi dorados desde aquí. Su armadura era marrón y borgoña, como la de los otros soldados, pero la suya tenía más detalles y bordados, incluso más que la del general; Red debía ser el comandante de Lugh, aunque no hubiera estado en casa durante años. Coincidió con la armadura de Lugh; lo sabía. Red apretó los labios y su mandíbula se tensó. Sabía lo que venía. Estaba lista para ello.

Me encontré a mitad de camino. —¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Me detuve frente a él y levanté la barbilla. —Sabes lo que estoy haciendo.

—Sage dijo que querías venir, pero pensé que estaba bromeando. —Red negó con la cabeza —. No me importa si sabes luchar, si puedes defenderte. No vas a venir.

Di un paso más cerca, invadiendo su espacio personal, y lo miré profundamente a los ojos. Red se tensó. —Le dije esto a Lugh hace una semana, y te lo voy a decir a ti. No eres mi dueño. No me das órdenes. Puedes decirme que no venga; no importa. Voy a ir de todos modos, aunque tenga que ir sola.

Red entrecerró los ojos y una vena palpitó en su sien. —¿Tengo que encerrarte en una habitación?

Me incliné aún más cerca. Sus ojos se abrieron de par en par. —Me gustaría verte intentarlo —susurré.

Aprovechando su sorpresa, caminé a su alrededor y fui a reunirme con el resto de los fae. Todos me saludaron mientras montábamos. Red no me habló mientras guiábamos nuestros caballos fuera de las puertas y de la capital. De hecho, me evitó durante la mayor parte del viaje a la costa.

Eso dolió más de lo que me gustaría admitir.



—¿VAS A SEGUIR EVITÁNDOLA?

Gemí. Si no estuviéramos a caballo, habría saltado sobre Lennox y le habría golpeado la nariz por atizar el fuego que ardía dentro de mí.

—Solo... cállate —dije, tratando de concentrarme en el camino. Miré hacia adelante, al resplandor anaranjado que el sol poniente proyectaba sobre la carretera. Era nuestro segundo día cabalgando hacia la costa. Habíamos empujado a los caballos tan rápido como pudimos durante todo el tiempo posible, dándoles descansos frecuentes.

Lennox y yo íbamos al frente, manteniendo el ritmo de todos. Y mientras tanto, Blair cabalgaba en la retaguardia del grupo, con Sage a su lado. Por la noche, cuando nos deteníamos, ella acampaba a varios metros de distancia de nosotros. Eso me había molestado. En lugar de dormir, me revolcaba en mi estera, pensando que los elfos marinos o los animales salvajes la atacarían, y yo llegaría demasiado tarde para salvarla.

Tal como había llegado demasiado tarde para salvar a Lugh.

Mi corazón se encogió, y las palabras de Mahaeru me atormentaron.

Ella habría muerto intentando salvarte.

Perder a Lugh ya era demasiado para mí. Si también hubiera perdido a Blair... No podía pensar en eso.

—Sabes que tendrás que enfrentarla en algún momento, ¿verdad? —preguntó Lennox. Otra puñalada en mi estómago. Solo él podía hablarme así. Lennox era mi amigo más antiguo, mi único confidente, mi mano derecha. Lo sabía todo sobre mí, incluso los sentimientos que intentaba ocultarme a mí mismo.

Especialmente mis sentimientos por Blair.

—Ya la enfrenté —dije, con la voz tensa—. Un par de veces desde que llegamos.

—No, no. —Lennox sacudió su melena roja y salvaje—. En algún momento, tendrás que sentarte y hablar con ella.

—¿Por qué? No hay nada de qué hablar. —Fruñí el ceño. Había muchas cosas de las que hablar, y la principal en este momento era qué pasaría con ella después de que enviáramos a los elfos marinos de vuelta. Había estado prometida a mi hermano durante tanto tiempo, se había estado preparando para ser reina durante años, y ahora mi hermano estaba muerto—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Pero es tan divertido molestarte con tu primer amor. —Lennox me dedicó una amplia sonrisa. Quería golpearlo cada vez más a cada segundo—. Bueno, tu único amor, ¿verdad?

—Déjalo —gruñí entre dientes.

—Solo cuando vea que ya no te molesta.

—Que te oxides. —Tiré de las riendas de mi caballo y lo hice girar.

Cada par de horas, cabalgaba alrededor del grupo, asegurándome de que todos los soldados estuvieran bien y que todos los caballos mantuvieran el ritmo adecuadamente. No era un grupo grande, ya que la mayoría de los soldados ya estaban en el campamento que Lugh había establecido antes de la batalla en Mor Caer. Pero seguía siendo un grupo considerable que podía marcar la diferencia en la batalla que se avecinaba.

También vigilaba a Blair, aunque no me acercaba demasiado.

Esta vez, sin embargo, quería demostrarle a Lennox que estaba equivocado. Quería mostrarle —mostrarme— que ella no tenía el mismo efecto en mí que cuando éramos más jóvenes.

Cuando pensábamos que estábamos enamorados.

Así que, después de asegurarme de que todos estuvieran bien, llevé mi caballo al final del grupo, y en lugar de rodear la retaguardia como había hecho cada vez que había venido por este camino, me mantuve al paso con ella.

Blair me vio venir y se tensó al instante, y Sage retrocedió varios metros, dándonos privacidad.

Guié a mi caballo para que se mantuviera en línea con el suyo, y durante un par de minutos, cabalgamos uno al lado del otro en un tenso silencio.

—Lo siento —susurró ella.

Eso me tomó por sorpresa. La miré de reojo, y me dejó sin aliento. Su largo cabello rojo estaba atado en una trenza suelta detrás de su espalda, el perfil de su rostro mientras miraba hacia adelante me mostraba su nariz fina y el fruncimiento de sus labios rojos. Su piel dorada era suave, y sus orejas puntiagudas eran más pequeñas y delicadas que la mayoría.

Se veía feroz en su armadura marrón oscuro, y sin embargo, su expresión, su belleza le daban un aire de gracia que me desgarraba el corazón.

Aparté la mirada antes de rendirle mi alma.

—Por Lugh —dijo ella, con un tono aún bajo—. Era tu hermano mayor, tu amigo. Recuerdo cuando éramos pequeños y lo admirabas en todo. —Inhaló profundamente—. Y ahora se ha ido, y no pude salvarlo.

Ante eso, la miré de nuevo. —No fue tu culpa. —Esa era mi carga que llevar.

Ella sorbió y volvió sus ojos ámbar hacia mí. Brillaban con lágrimas contenidas. —Lo sé, pero estaba allí mismo. Siento que podría haber hecho más.

—Escuchaste a Mahaeru. No había nada que pudiéramos haber hecho.

Sabía que ella había entendido lo que la diosa había dicho sobre perder a alguien más en esa batalla si yo hubiera estado allí. Blair siempre había sido brillante e inteligente. No necesitaba que se lo explicáramos.

—Aun así, esto es algo que llevaré conmigo para siempre.

Asentí; aunque Mahaeru me dijo que no podría haber salvado a Lugh, siempre pensaría que podría haber hecho algo diferente para cambiar su destino. —Yo también —susurré.

Blair se secó las lágrimas. —Entonces, ¿cuáles son tus planes?

Dudé. Hubo un tiempo en que Blair había sido más cercana a mí que Lennox. Había sido mi mejor amiga, mi apoyo y mi amante. Había sido breve, pero intenso, y había significado todo para mí.

—Aún no tengo ningún plan —confesé—. Estoy esperando llegar allí, evaluar la situación, reunirme con los generales y capitanes, y entonces haré un plan.

Ella asintió. —Tiene sentido.

—Espero que todo termine rápido —murmuré, más como una plegaria que otra cosa.

Cabalgamos en silencio durante unos minutos, hasta que ella señaló con la barbilla hacia mí. —Veo que aún tienes la daga.

Puse una mano sobre la daga sujeta a mi cinturón. La hermosa hoja estaba oculta en una vaina, pero la empuñadura la delataba. —Así es —dije, sintiéndome como un adolescente de nuevo.

—Pensé que te habrías deshecho de ella. —Un tono cortante se coló en sus palabras.

—Es un arma excelente —solté—. Sería una pena tirarla.

A decir verdad, había intentado deshacerme de la daga después de irme, pero no pude. Blair me la había regalado por mi cumpleaños unas semanas antes de que nuestro mundo cambiara para siempre. Era mi posesión más preciada. La llevaba conmigo a todas partes. Eso y... Me di una palmadita en el pecho, justo donde un bolsillo oculto forraba el interior de mi chaleco. Su carta estaba cuidadosamente doblada allí, la única carta que me envió después de que me fui. En los primeros meses, la leía todos los días. Ahora ya no lo hacía, pues me sabía las palabras de memoria. Me gustaba tenerla cerca. Pero ella no necesitaba saber sobre eso.

A lo lejos, un caballo galopaba a lo largo del grupo, viniendo directo hacia nosotros. Me tensé, pero reconocí a Afal, el soldado que había enviado por delante para avisar a los soldados del campamento que estábamos llegando y pedir un informe de la situación.

Mi primer instinto fue alejarme de Blair, pero por alguna razón, quería quedarme a su lado.

Afal ralentizó su caballo al acercarse a nosotros. —Príncipe Redlen —dijo, girando su caballo para cabalgar a nuestro lado—. Lady Blair. —Inclinó la cabeza hacia ella.

—Dime —le insté, poniéndome tenso.

—Los elfos marinos han llegado por completo, mi príncipe —dijo Afal—. Sus barcos están mar adentro, y sus tiendas se extienden por la playa durante kilómetros en ambas direcciones. Pero no han atacado a nuestros soldados desde la batalla en la fortaleza.

—Bien —murmuré. Bueno, no era bueno que nuestros enemigos estuvieran tomando nuestra costa, pero era bueno que no hubiera habido más muertes—. Gracias.

Afal bajó la barbilla y luego se unió a los otros soldados.

—¿Estás bien? —preguntó Blair una vez que estuvimos solos de nuevo.

No. No estaba bien. No había estado bien desde que escuché que los elfos marinos habían regresado. Luego, Lugh había muerto. Blair también podría haber muerto, y ahora la diosa insistía en que yo debía ser el príncipe heredero.

No, no estaba bien. No lo estaría por mucho tiempo.

Pero no le dije eso. —Estaré bien —mentí.

Espoloneé los flancos de mi caballo y volví al frente del grupo, donde aceleré nuestro paso para poder llegar a la costa lo antes posible.

BLAIR



TAN PRONTO COMO RED SE APARTÓ DE MI LADO, ACELERÓ EL PASO DEL GRUPO, Y NUESTRA parada para la noche fue corta, más corta de lo que debería haber sido. Quería llegar a la costa pronto, y no podía culparlo. Aunque los elfos marinos parecían estar bajo control por ahora, según el informe que había escuchado de su soldado, entendía su necesidad de estar allí y hacer algo.

Llegamos al campamento y una horda de soldados nos recibió. Los susurros de que el príncipe rebelde estaba aquí para vengar a su hermano y salvarnos a todos se extendieron por el campamento. Si Red escuchó los susurros, fingió que no lo hizo.

Red fue directamente a la tienda más grande en el centro del campamento. Su tienda para dormir estaba justo detrás de esta, y la mía estaba justo al lado de la suya. Me agaché bajo la solapa de mi tienda y entré. Sage se quedó en la entrada, y dejé caer mi bolsa sobre el colchón anidado encima de alfombras rojas y naranjas que cubrían el suelo. Había una pequeña mesa con un cuenco y una jarra a un lado. Me lavé, deseando tener tiempo para visitar el pequeño estanque detrás del campamento, pero sabía que Red estaba a toda marcha, y si no me metía en sus planes ahora, me quedaría completamente fuera.

Eso no era lo mío.

Red reunió a los generales, capitanes y espías en la tienda principal. No me había invitado, pero no me importaba. No me gritaría delante de tantos fae.

De todos modos, entré en la tienda principal como si perteneciera allí.

Como esperaba, Red estaba sentado detrás de la larga mesa de caoba, mirando los mapas extendidos sobre la mesa. Lennox estaba justo a su lado. El general Barric, el capitán Runt, el capitán Omri y otros cuatro soldados estaban al otro lado de la mesa, escuchando a su príncipe y examinando los mapas.

Los ojos de Red se encontraron con los míos. Sus labios se tensaron y su mandíbula se cerró. Conocía esa cara. Estaba enojado conmigo, pero como esperaba, no dijo nada. Me acerqué a la mesa y eché un vistazo al mapa. Había piedras azul oscuro esparcidas por la playa: los elfos marinos. Habían tomado una parte mucho más grande de la playa de lo que pensé al principio.

A buena distancia de ellos había una línea de piedras rojas: nuestros soldados, los que se aseguraban de que los elfos marinos se mantuvieran atrás. Y aún más lejos de la línea había un montón de piedras naranjas: este campamento.

Afal entró en la tienda unos minutos después de mí.

Red se enderezó. —¿Algo diferente?

Afal asintió. —Los elfos marinos movieron algunas de sus tiendas más cerca de nuestra barrera, mi príncipe. Y parece que se están preparando.

—Están listos para atacar —dijo Lennox.

—Eso creo —concordó Afal.

Red cruzó los brazos. —Entonces nosotros también deberíamos estar listos. General Barric, dile...

—Espera. —No pude contenerme. La palabra salió volando de mi boca. Red me miró con furia mientras me acercaba a la mesa y echaba un buen vistazo al mapa. Señalé algunas marcas en los mapas—. ¿No son estos pueblos?

El general Barric asintió. —Sí, mi señora.

—Están demasiado cerca —dije. Miré a Red—. Si los elfos marinos avanzan, existe la posibilidad de que los pueblos sean destruidos. Los elfos marinos los atacarán para herirnos. Deberíamos evacuarlos primero.

—Tiene razón —murmuró Lennox.

—No puedo dividir a los soldados entre evacuar los pueblos y enfrentar a nuestro enemigo —dijo Red, sus ojos color avellana fijos en los míos—. Para matarlos, necesitare a todos los soldados que tenemos.

Cuadré los hombros. —Lo haré yo. —Red entrecerró los ojos hacia mí—. Sage irá conmigo.

—Eso no es suficiente —se erizó Red, su voz tensa.

—Entonces dame un puñado de soldados para ayudar —sugerí—. Sé que los necesitas a todos, pero nuestros fae también nos necesitan. Si puedo evacuarlos mientras te preparas para la batalla que se avecina, entonces eso es una cosa menos de la que preocuparte.

—Tiene razón —dijo Lennox.

—Estoy de acuerdo, mi príncipe —habló el general Barric—. Si Lady Blair ayuda a los fae, entonces podemos concentrarnos en la lucha, y si la lucha se extiende a los pueblos, tendremos la conciencia tranquila de que nuestros fae sobrevivirán.

Red me miró fijamente, sus ojos aún entrecerrados, su mandíbula aún tensa. Estaba claramente descontento, y por un momento, no supe si era por mi presencia aquí, porque no podía soportar verme, o porque había hablado fuera de turno. Pero tenía que entender. No estaba interfiriendo para ofenderlo o socavarlo. Estaba haciendo esto por los fae de la Corte de Otoño. Me sentía un poco perdida en mi papel ahora que ya no era la futura reina, pero no importaba. Realmente me preocupaba por los fae de Otoño, siempre lo había hecho, y solo porque ya no sería reina, no significaba que dejara de preocuparme. Incluso si resultaba ser una fae más en el reino, haría todo lo que pudiera para ayudarlos. Ese era mi llamado.

Red asintió. —Llévate cinco soldados y ve.

RED



DIJE QUE LE DARÍA A BLAIR UNOS CINCO SOLDADOS, PERO MI CONCIENCIA NO ME LO PERMITIÓ. En su lugar, elegí a quince hadas que conocía por su reputación como los luchadores más intrépidos y competentes que teníamos.

Si el general Barric lo notó, no dijo nada.

Mientras Blair iba a revisar algo en su tienda, reuní a los soldados y me aseguré de que su caballo estuviera descansado, bien alimentado y con agua. La esperé con los soldados en el borde del campamento, donde un sendero conducía al pueblo más cercano.

La observé mientras caminaba hacia nosotros, serpenteando entre las tiendas, con los soldados a su paso inclinándose ligeramente ante ella, y Sage justo detrás, como un muro de piedra, desafiando a cualquiera que se atreviera a acercarse. Bien.

Pero a pesar de lucir imponente en su armadura de cuero, con su cabello brillando bajo la luz fría del sol y sus ojos aún más luminosos y decididos, Blair reconocía a cada uno de los soldados. A algunos incluso los llamaba por su nombre.

Fruncí el ceño. Probablemente conocía a estos soldados mejor que yo. Después de todo, ella había aceptado su papel y su educación, y había trabajado duro en ello durante muchos años mientras yo me escabullía con el rabo entre las piernas y huía de la capital tan rápido como pude.

Blair me vio junto a su caballo y sus cejas se curvaron por un momento. Si no hubiera estado observando tan atentamente, lo habría pasado por alto. Su expresión se suavizó de nuevo cuando se detuvo frente a mí.

—Gracias por seleccionar a los soldados —tomó las riendas de mi mano y miró alrededor—. Y por darme más soldados de los que dijiste que me darías.

—Solo... —presioné los labios con fuerza, conteniendo las palabras. ¿Cómo podía decirle que estaba orgulloso de ella, de sus ideales, de su acción? ¿Cómo podía decirle que pensaba que habría sido una gran reina? ¿Cómo podía decirle que necesitaba que tuviera cuidado sin mostrarle mis sentimientos? Era imposible—. Buena suerte —fue todo lo que dije.

Blair me miró por un segundo, sus ojos no traicionaban ningún sentimiento, si es que le quedaba alguno por mí. Quizás me había engañado pensando que tal vez, solo tal vez, ella había sufrido como yo cuando me fui. Quizás ni siquiera había llorado, ni me había echado de menos. En el momento en que salí de su vida, de la vida de todos ellos, simplemente se dio la vuelta y cayó directamente en los brazos de Lugh.

Mi estómago se contrajo y sacudí la cabeza una vez, deseando alejar esos pensamientos.

—Lo seré —dijo finalmente. Con una gracia impecable, se subió a su caballo. Miró a los soldados—. ¿Todos listos?

—Sí, mi señora —respondieron todos.

Blair tiró de las riendas y guio a su caballo hacia el sendero; ni una sola vez miró atrás, ni a mí ni al campamento. Sage y los soldados la siguieron.

La preocupación y el anhelo luchaban dentro de mí mientras observaba su procesión alejarse, hasta que desapareció en la distancia.

—Estará bien —dijo Lennox detrás de mí.

Me armé de valor y me di la vuelta.

—¿Quién dice que estoy preocupado?

Lennox me lanzó una mirada de "¿estás bromeando?".

—¿Desde cuándo me mientes?

Dejé escapar un largo suspiro.

—Lo siento. Es la costumbre —volví a mirar hacia el sendero, como si Blair hubiera regresado y pudiera echarle un último vistazo—. No esperaba tenerla tan cerca de mí todo el tiempo —no esperaba seguir teniendo sentimientos tan fuertes por ella. Habían pasado muchos años desde la última vez que sostuve su mano, desde la última vez que la besé. ¿Cómo podía seguir sintiéndome así?—. Me está desestabilizando.

—Lo sé —dijo Lennox—. Lo mejor es encontrar algo que hacer.

Asentí.

—De acuerdo. Por eso voy a ir a la costa —para demostrarle que hablaba en serio, empecé a caminar de vuelta a la tienda principal en el centro del campamento, donde le diría al general Barric sobre mi pequeña excursión.

Lennox se puso a mi lado.

—Para revisar a los elfos marinos. Para ver si han avanzado.

—Sí —sabía que entendería mi plan—. Afal dijo que se están reuniendo y armando. Necesito verlo con mis propios ojos. Tal vez ver las caras del enemigo me inspire alguna idea, y tendré un plan brillante sobre cómo volarlos de la faz de Wyth, para que nunca vuelvan a atormentar a la Corte de Otoño.

Lennox levantó la solapa de la tienda para que yo pudiera pasar.

—Eso sería un milagro.

LA LÍNEA de soldados de Otoño que formaba una barrera física entre los elfos marinos y nosotros no era tan larga como me habría gustado, pero no podíamos extendernos demasiado en este momento. Me paré entre ellos, mirando hacia la playa a varios cientos de metros de distancia, donde se habían erigido docenas, si no cientos, de tiendas azules y grises.

Los elfos marinos se habían reunido cerca de su tienda más grande, y todos tenían armas sujetas a su armadura y escudos cerca. Si no iban a atacar ahora, lo harían pronto.

Aun así, algo no se sentía bien. Podrían superar fácilmente nuestra barrera de soldados y arrasar nuestro campamento —algo que planeaba corregir tan pronto como regresara allí—, pero no parecían tener prisa.

—Están tramando algo —dijo Lennox a mi lado.

—Estoy de acuerdo —murmuré. Desde la distancia, los elfos marinos no eran ajenos. Podían vernos. Sabían que estábamos observando, esperando. Pero por ahora, nos entretenían con sus sonrisas desafiantes—. Necesito averiguar qué es.

BLAIR



NO TARDAMOS MUCHO EN LLEGAR A LA PRIMERA ALDEA, DEILEN. TAN PRONTO COMO ENTRAMOS, algunos fae me reconocieron y nos rodearon. Al principio, Sage y los soldados les gritaron que se mantuvieran alejados.

—No —dije con firmeza. Desmonté y fui a saludar a los fae.

—Lady Blair —dijo una fae anciana, alcanzando mis manos—. Lamento mucho su pérdida. —Una gruesa lágrima rodó por su rostro arrugado—. Todos amábamos al Príncipe Heredero Lugh.

—No podemos creer que se haya ido —dijo un joven fae masculino, con los ojos igualmente empañados.

Muchas manos tocaron mis hombros, mi cabello, como si estuviera hecha de oro y pudieran robar un pedacito al rozarme con sus dedos. Muchas palabras tristes y reconfortantes me rodearon, hasta que escuché algo que me revolvió el estómago.

—Ahora nos quedamos con el príncipe rebelde —escupió un fae masculino mayor.

—La última vez que supe de él, estaba en la Corte de Invierno, probablemente emborrachándose y entreteniendo a algunas hadas —dijo otro, con palabras igualmente molestas.

Mis cejas se fruncieron. Sí, Red nos había abandonado durante mucho tiempo, aunque durante la mayor parte de ese tiempo, había estado cerca, en las fronteras de la Corte de Otoño, justo fuera de alcance, enterrado en lo profundo de un puesto de avanzada de soldados, fingiendo ser uno de ellos. Pero ahora estaba aquí y se convertiría en el príncipe heredero, y más tarde en rey de la Corte de Otoño. No podía permitir que nuestra gente, su gente, pensara tan mal de él.

En el centro de la aldea había una fuente redonda, con una estatua de un pequeño niño fae sosteniendo una luna creciente. Un hilo de agua salía del borde de la luna, cayendo en el nivel más bajo de la fuente. Me abrí paso entre los fae y subí al borde de la fuente.

—Mis queridos fae —llamé. Todos se callaron y me miraron. Más fae aparecieron desde el interior de sus casas. Algunos se acercaron, otros se quedaron junto a sus puertas. Mientras todos me escucharan y difundieran las noticias, no me importaba dónde estuvieran—. Todo nuestro reino llora la pérdida de nuestro amado Príncipe Heredero Lugh. Lo recordaremos y honraremos para siempre, y comenzaremos haciendo lo que él querría que hiciéramos: aceptar al nuevo príncipe heredero con los corazones abiertos. —Los murmullos comenzaron y continué—: El Príncipe Redlen está aquí, en este momento, listo para protegernos de sus ataques. Vino tan pronto como se enteró de los elfos marinos, incluso antes de que el Príncipe Lugh hubiera caído. Vino porque ama a la Corte de Otoño, porque cree en nosotros, porque quería estar al lado de su hermano mientras repelían al enemigo. —Mis palabras se quebraron, e inhalé profundamente, obligándome a mantener la compostura—. El Príncipe Lugh ya no está entre nosotros, pero el

Príncipe Redlen sí, y hará cualquier cosa para protegernos, para protegeros.

De nuevo, las voces salpicaron la multitud. Algunas personas dijeron "silencio" y el silencio cayó de nuevo a nuestro alrededor.

—Y, debido a que esta aldea está demasiado cerca de la costa, lo primero que el Príncipe Redlen quiso que hiciéramos es evacuar. —Me preparé para la reacción. Esta vez no hubo murmullos, sino gritos claros y desacuerdo.

—¿Irnos? No podemos irnos.

—¿A dónde iremos?

—¿Qué pasará con mi tienda?

—Tengo trabajo que hacer.

—Si me voy, ¿quién cuidará de mi ganado?

—No puedo abandonar mi casa.

—¡Escuchad! —llamé de nuevo—. Por favor, escuchad —intenté de nuevo. Los soldados dieron un paso adelante, avanzando hacia el círculo de fae, y todos se callaron de nuevo—. Sé que esto es aterrador y repentino, pero es por vuestra seguridad. Los elfos marinos ya nos han engañado una vez, no queremos que lo hagan de nuevo atacándonos donde más duele: nuestros propios fae. Las casas y los negocios son importantes y valiosos, pero se pueden reemplazar. Vosotros no podéis ser reemplazados. Así que, por favor, escuchadme. Empacad vuestras cosas y vámonos dentro de una hora. Marcharemos hacia Masarn, donde seréis alojados en un refugio y se os proporcionará lo necesario mientras dure esta situación. —Hice una pausa—. Prometo que haremos todo lo que esté en nuestro poder para ayudaros con vuestras casas y negocios después de que los elfos marinos se hayan ido. —Los murmullos comenzaron de nuevo—. Con suerte, esta es una medida preventiva, y no vendrán por este camino.

Me tomó otro breve discurso ver a los fae finalmente moverse. Volvieron a sus casas para empacar, aunque algunos no se movieron. Proclamaron que no se irían, sin importar qué.

Mi paciencia era escasa mientras hablaba con ellos, tratando de convencerlos de lo contrario.

Los soldados y yo ayudamos a los fae a empacar, preparar los caballos, llenar los carros con su ropa, comida y niños, y dirigirse hacia el camino que conducía a la capital en el centro del reino. Pero no iban lo suficientemente rápido. Pasó una hora, y no habíamos evacuado ni un cuarto de la aldea. Y todavía tenía un puñado de otras aldeas que visitar antes del anochecer. Si las cosas continuaban así, me tomaría al menos tres días visitar todas las aldeas y convencer a los fae de que se fueran.

Después de otra hora de reflexión, me volví hacia un puñado de soldados que estaban cerca. —Las cosas están en marcha aquí. Necesitamos llegar a las otras aldeas. Cinco de vosotros quedaos aquí y aseguraos de que todos evacuen y se dirijan a la capital. El resto iremos a la siguiente aldea. Cuando hayáis terminado aquí, reuníos con nosotros allí.

—Sí, mi señora —respondió un soldado.

En cuanto dejamos atrás el pueblo y tomamos el camino hacia el siguiente, Sage acercó su caballo al mío.

—¿Crees que es prudente separarnos así, mi señora?

—No, pero tenemos que acelerar las cosas —dije. En realidad, mi plan era dispersarnos. Llegaría al siguiente pueblo, hablaría con los fae, pero no me quedaría a ayudar. En su lugar, dejaría a otros cinco soldados para asistirlos mientras los cinco soldados restantes, Sage y yo continuábamos hacia el próximo pueblo. De esta manera, podríamos poner más cosas en marcha y tener a más fae a salvo más rápido. Sabía que este era un trabajo preventivo. Con suerte, la evacuación sería solo una precaución, pero no podía evitar sentir que debía hacerse—. Tenemos

que hacerlo.

Sage no discutió conmigo. Rara vez lo hacía.

El siguiente pueblo nos recibió un poco mejor que el anterior, y la mayoría de los fae ya estaban moviéndose y empacando antes de que hubiera terminado mi discurso. Dejé allí a los cinco soldados que me acompañaban y continué hacia el próximo pueblo.

Niwl era el más pequeño de los pueblos a lo largo de la costa, pero también el más cercano a la playa. Al igual que en los otros dos pueblos, la mayoría de los fae me reconocieron en el instante en que entré cabalgando, y me recibieron con los brazos abiertos. Como aquí no había fuentes que pudiera usar como tarima, me quedé sobre mi caballo.

—Queridos fae de Niwl, como saben, los elfos marinos han vuelto a nuestras costas —comencé, con la voz raspándome la garganta. Había estado hablando más y más fuerte de lo habitual desde la mañana—. Necesitamos prepararnos y...

Un chillido cortó el aire y me tragué mis palabras. Los fae se quedaron inmóviles y Sage desenvainó su espada. Los soldados se cerraron a mi alrededor.

En cuestión de segundos, los gritos comenzaron y el eco de pasos resonó por todo el pueblo.

Los elfos marinos surgieron de entre las casas y edificios, y nos rodearon.

Sus armas apuntaban hacia mí.

Uno de los elfos marinos se acercó, y lo reconocí. Ta'hun. El elfo marino que había matado a Lugh.

Mostró sus afilados dientes en una sonrisa—. Nos volvemos a encontrar, princesa.

RED



REGRESÉ AL CAMPAMENTO, LISTO PARA CONVOCAR A LOS GENERALES Y CAPITANES Y EXPONER UN plan complejo para hacer retroceder a los elfos marinos de donde vinieron, y matar a tantos como pudiéramos en el proceso. Pero tan pronto como entré en la tienda principal y abrí la boca, un soldado entró corriendo, sin aliento.

—Alteza —jadeó—. Los elfos marinos estaban esperando. Tendieron una emboscada a Lady Blair.

—¿Qué? —Me quedé paralizado, cada músculo de mi cuerpo se tensó—. ¿Qué has dicho?

—Lady Blair acababa de llegar a Niwl cuando los elfos marinos la rodearon —tomó un respiro profundo antes de continuar—. Me enviaron de vuelta para advertirle y pedir ayuda.

No tuvo que decirlo dos veces. Conociendo mis sentimientos, Lennox salió corriendo de la tienda más rápido que yo y comenzó a llamar a los soldados por su nombre, todos ellos cambiaformas.

No esperé a que se reunieran. Simplemente me transformé en mi forma de zorro y corrí fuera del campamento hacia Niwl lo más rápido que pude. Sabía que Lennox y los demás me seguían, igual de rápido, pero solo había una cosa en mi mente en ese momento.

Por favor, Blair, que estés a salvo.

No tardé mucho en llegar a Niwl, aunque al mismo tiempo, parecía que había pasado una eternidad y que cualquier cosa podría haber sucedido. Desde el camino, pude ver el humo oscuro elevándose hacia el cielo: la aldea estaba en llamas. Aceleré, mis patas dolían por el esfuerzo.

Para mi sorpresa, Blair y Sage estaban fuera de la aldea, en el camino, luchando contra los elfos marinos junto con los soldados y algunos aldeanos. Más hadas corrían desde la aldea hacia el bosque más allá, tratando de escapar del enemigo.

Un alivio instantáneo llenó mi pecho, junto con determinación. Ella estaba bien, pero ahora era el momento de mostrarles a estos malditos elfos marinos de qué estaban hechas las hadas de Otoño.

Mientras me acercaba, Blair levantó las manos y una ráfaga de viento frío azotó a los elfos marinos que avanzaban hacia ellos. Muchas hojas rojas y naranjas se arremolinaban en el viento, cortando las caras, brazos y manos de los elfos marinos como papel.

Volví a mi forma de hada en el momento en que llegué al lado de Blair. Ella no me reconoció ni dejó de luchar. Yo, sin embargo, me tomé un segundo al reconocer los cuerpos de dos de nuestros soldados, tres aldeanos y un puñado de elfos marinos a nuestros pies.

Maldición.

Entrando instantáneamente en modo de batalla, invoqué más viento. Una fuerte ráfaga se arremolinó alrededor de los elfos marinos, empujándolos hacia atrás.

Levanté mi espada y grité:

—¡Por la Corte de Otoño!

Los soldados y yo avanzamos, enfrentándonos a los elfos marinos antes de que se recuperaran del viento y las hojas. Algunos intentaron correr —¿estaban huyendo?— pero no los dejé. Levanté mis manos y raíces marrones brotaron del suelo, envolviéndose alrededor de los tobillos y piernas de los elfos marinos. A mi alrededor, mis soldados dotados de magia hicieron lo mismo.

Nuestras espadas cortaron al enemigo y los mataron.

Cuando solo quedaba una docena más o menos, un elfo marino gritó y corrió hacia Blair. Balanceé mi espada a través del pecho del elfo marino frente a mí, y luego corrí tras él.

Luchando contra otro elfo marino, Blair estaba de espaldas al elfo marino que se acercaba.

—¡Blair! —grité.

Pero le costó caro. Perdió la concentración en su primer oponente y ahora tenía un segundo del que preocuparse. Sage estaba ocupado con dos enemigos, que seguían intentando llegar a Blair.

Sabían quién era ella.

Probablemente también sabían quién era yo.

—¡Eh! —llamé una vez que estuve al alcance. El segundo oponente se volvió hacia mí. Era más alto que yo, con extremidades más largas, orejas más largas y dientes increíblemente afilados—. Pelea conmigo.

—Por supuesto, mi príncipe —dijo con un acento marcado y una sonrisa astuta.

—Ese es Ta'hun —dijo Blair, mientras esquivaba un golpe—. Es el que mató a Lugh.

Inhalé profundamente. Un rojo brillante nubló mi visión.

—Encantado de conocerte, pequeño príncipe —Ta'hun hizo una ligera reverencia. Oh, estaba acabado.

Cargué contra él.

Pero el maldito elfo marino estaba preparado para ello. Dio un paso lateral y puso a su propio soldado en mi camino. Me estrellé contra el otro elfo marino, perdiendo el equilibrio por un momento. El elfo marino me golpeó en el estómago, sacándome el aire de los pulmones. Doblándome, jadeé. Parpadeé, tratando de recuperarme. El elfo marino vino hacia mí, pero entonces Lennox estaba a mi lado en su forma de zorro. Con los colmillos al descubierto, Lennox saltó sobre el costado del elfo marino y le mordió la carne. El elfo marino aulló.

Me volví hacia Ta'hun, que ya estaba en movimiento. Tenía una lanza en la mano y apuntaba: a Blair.

—No —susurré.

Mis piernas se impulsaron y corrí la corta distancia lo más rápido que pude. Él lanzó la lanza hacia Blair, que estaba ocupada luchando contra otro elfo marino. Ella no vio la lanza que golpearía su pecho.

Que la mataría.

Sabiendo que no llegaría a tiempo, agité mi mano y envié una ráfaga de viento hacia la lanza. Se movió hacia un lado, rozó a Blair por un centímetro y terminó clavada en el hombro del elfo marino contra el que había estado luchando.

Con los ojos muy abiertos, Blair se volvió.

—¿Qué demonios...?

Ta'hun la alcanzó y bajó su hacha sobre ella. Blair levantó su espada, pero Ta'hun la pateó en el pecho y golpeó el mango de su hacha contra su cabeza.

Blair cayó.

Corrí hacia Ta'hun. Me sonrió, provocándome, y luego huyó. Todos los elfos marinos lo hicieron. Se dieron la vuelta y corrieron, dirigiéndose de nuevo hacia la playa.

¿De qué iba todo esto?

No perdí el tiempo pensando en por qué se habían marchado de repente, ¿tal vez por la disminución de sus números? En su lugar, me arrodillé junto a Blair.

—Blair —la llamé mientras tocaba su cuello y comprobaba su pulso. Era fuerte. Exhalé aliviado al darme cuenta de que se había desmayado. Con suavidad, la tomé en mis brazos y me puse de pie. Me volví hacia mis soldados, que estaban tan desconcertados como yo—. Limpien este desastre, comprueben si alguien está infectado, ayuden a los aldeanos a terminar de evacuar. Luego regresen al campamento.

—Sí, mi príncipe —dijo el General Barric.

Sage fue el único que nos siguió a Blair y a mí de vuelta al campamento.

BLAIR



ANTES DE DESPERTAR POR COMPLETO, SENTÍ EL DOLOR SORDO EN LA PARTE POSTERIOR DE MI cabeza. Por las hojas caídas, cómo dolía. Qué miserable-

Abrí los ojos, recordando todo lo que había sucedido. La aldea, los elfos marinos, el fuego, los gritos, la llegada de Red y su ayuda, el maldito elfo marino que me dejó inconsciente.

Luego oscuridad.

Lo segundo que noté fue que no estaba sola en el colchón de mi tienda. Red estaba sentado a pocos centímetros de mi cintura, al borde del colchón, con los ojos cerrados y su mano sobre la mía.

No sabía si estaba dormido o solo descansando los ojos, pero aproveché este momento para observarlo bien. Además del sudor y la mancha de sangre en su cuello y las mangas de su túnica, aún me dejaba sin aliento. Siempre había sido apuesto, pero de alguna manera ahora era mucho más guapo. Los ángulos afilados de su rostro eran más pronunciados, sus cejas más pobladas, sus labios más carnosos, sus pestañas aún más largas, y la barba incipiente sobre su mandíbula y barbilla le daba un aire de ser mayor, más sabio y más rudo.

Mis dedos ansiaban extenderse para recorrer su rostro, bajar por sus poderosos hombros, presionar contra su pecho-

Sus ojos se abrieron de golpe. Red me descubrió mirándolo fijamente.

—Estás despierta —se movió en el colchón, enderezando la espalda y apartando su mano de la mía—. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo está tu cabeza?

—Olvida mi cabeza, ¿qué pasó con la aldea? —me senté y un mareo repentino me asaltó. Apreté los dientes y lo ignoré—. ¿Podimos evacuar a todos los fae?

Una esquina de los labios de Red se curvó hacia arriba. —Te lastimaste, y tu primera pregunta es sobre los demás. No es de extrañar que todos estuvieran tan ansiosos por tenerte como reina.

Fruncí el ceño. —No me respondiste.

—Perdimos a tres fae, junto con un puñado de soldados —me dijo, su voz dura de nuevo—. Pero matamos a más de ellos. Había muchos cuerpos de elfos marinos para quemar.

Me llevé una mano al pecho. —Gracias a las hojas rojas. —Red se puso serio. Su mandíbula se tensó como solía hacerlo cuando se guardaba algo. Casi puse los ojos en blanco—. ¿Qué pasa?

Exhalando, se pasó una mano por el pelo desordenado. —No puedo creer que dejaras atrás a la mayoría de los soldados y te adelantaras con Sage.

—Sage y yo somos capaces y-

Red se puso de pie de un salto. —Sé que puedes luchar, y sé que Sage es uno de los mejores soldados de todo el reino, por eso fue asignado a ti, después de todo, pero aun así, Blair, no

puedes ponerte en esta posición.

—¿Por qué no? Ya no soy la futura reina. Y si tengo que elegir entre mi vida y los fae, siempre serán los fae.

Red apretó los puños y me dio la espalda, murmurando entre dientes. Pasaron unos segundos antes de que finalmente se volviera hacia mí. —Deberías descansar—

—Y un cuerno. —Puse los pies en el suelo y comencé a levantarme—. Hay mucho que hacer y- —Me callé cuando mi cabeza empezó a dar vueltas y manchas negras llenaron mi visión.

—Blair —siseó Red. En un instante, estaba frente a mí, sosteniendo mis manos entre las suyas—. Necesitas descansar. Por favor.

—Descansaré cuando esté muerta. —Mis ojos se abrieron de par en par y di un paso atrás, apartando mis manos de las suyas y casi cayendo de nuevo sobre el colchón—. ¿Hiciste que un sanador me revisara? No estoy enferma, ¿verdad? Mantente alejado hasta que lo sepamos.

Me miró fijamente por un momento antes de hablar finalmente. —Si estuvieras enferma, no me importaría.

¿Qué quería decir con que no le importaría? Si estaba enferma, tenía que aislarme antes de que lo infectara a él o a cualquier otra persona. O tenía que matarme. En realidad, matarme sería más misericordioso.

Extendió la mano y volvió a sostener las mías. Me sacudí contra él. —¡Red, suéltame!

—No lo haré —dijo, con sus ojos fijos en los míos. Perdí la batalla contra esa mirada intensa y me quedé quieta. Mi respiración se volvió superficial—. Pero sí, hice que un sanador te revisara, y envié un sanador a los fae que evacuaron de las aldeas para que los examinara antes de que continuaran hacia la capital.

Me relajé, pero solo un poco. A veces, la plaga marina comenzaba lentamente. Todavía no habíamos encontrado una cura para ella. Teníamos medicinas que ralentizaban su propagación y aliviaban un poco el dolor, pero no podíamos detenerla. Eventualmente, mataba a todos los que la contraían.

—Entonces, si estoy bien, tenemos que reanudar el trabajo —dije, aunque en el fondo, estaba disfrutando bastante de este momento y su cercanía—. Tenemos mucho que hacer.

De nuevo, una esquina de sus labios se curvó hacia arriba. —Eres imposible.

¿Eso le parecía divertido? De repente irritada, me sacudí contra él. Logré liberar una mano y la usé para empujarlo hacia atrás. —¡Mira quién habla! Tú eres el rebelde.

—No me llames así —siseó entre dientes apretados.

Me acerqué más, levantando la barbilla en señal de desafío. —¿Por qué no? ¿No es cierto?

Sus ojos escrutaron los míos por un momento, aunque no tenía idea de qué estaba buscando. —Lo es. Déjame mostrarte cuán rebelde puedo ser.

Antes de que pudiera parpadear, la mano de Red agarró mi nuca y me atrajo hacia él. Mi cuerpo chocó contra el suyo y su boca descendió sobre la mía.

Me tomó un segundo registrar lo que estaba sucediendo, pero una vez que lo hice, sentí que no tenía voluntad para luchar contra esto. No cuando su cuerpo duro estaba presionado contra el mío, cuando su otra mano se deslizó alrededor de mi cintura y se extendió en la parte baja de mi espalda, acercándose aún más, cuando sus suaves labios se movían contra los míos con tanta sed.

Estaba perdida.

Me aferré a sus anchos hombros y separé mis labios, dándole la bienvenida. Su lengua invadió mi boca y mis rodillas flaquearon. Por el viento helado, esto se sentía tan familiar y a la vez tan diferente, tan intenso...

Habíamos sido tan jóvenes cuando nos enamoramos por primera vez, tan estúpidos. En aquel entonces, sus besos habían sido buenos, pero no tan buenos como ahora. Ahora, podía hacerme gemir y llorar con la gloriosa forma en que sus labios y su lengua jugaban con los míos.

De repente, todo desapareció.

Red saltó varios pies hacia atrás. Me miró con los ojos muy abiertos.

—Eso... —Sacudió la cabeza y desvió la mirada—. Eso no debería haber pasado. Lo siento.

Sin mirarme, Red salió marchando de mi tienda.

Me quedé sola con mi deseo y mi vergüenza.

RED



SALÍ CORRIENDO DE LA TIENDA DE BLAIR COMO SI ESTUVIERA EN LLAMAS. PORQUE LO ESTABA. Tal vez no literalmente, pero lo estaba. El calor que encendió en mi interior era demasiado para soportar.

Lennox se puso a mi lado. —¿Cómo está ella?

—Imposible —espeté. De repente, me detuve y le dije—: Reúne a algunos de nuestros mejores exploradores. Quiero patrullar el bosque para asegurarnos de que no haya más elfos marinos escondidos y esperando para emboscarnos.

—Sí —Se dio la vuelta para irse, pero cuando continué hacia mi tienda, se detuvo—. ¿No vienes?

—En un momento —fue todo lo que dije.

Sin darle otro pensamiento a Lennox, entré en mi tienda y comencé a caminar de un lado a otro, con la mente dando vueltas y los sentimientos demasiado crudos para manejarlos.

¿Por qué, oh, por qué sentía que no tenía control cuando estaba cerca de Blair? ¿Por qué decía cosas que no debería? ¿Por qué la tocaba en cualquier oportunidad? ¿Por qué la había besado?

Me detuve en medio de mi tienda y me pasé una mano por la cara. Óxido, después de tanto tiempo, ella todavía se me metía bajo la piel como nada más, como nadie más. Ella había significado el mundo para mí. Había sido mi todo.

Aparentemente, todavía lo era.

Y ahora que éramos mayores, había más: una necesidad cruda, un deseo profundo, un anhelo que dolía.

Óxido, no podía unirme a los exploradores e ir a cazar elfos marinos así.

Sabiendo que nadie me molestaría en este momento, me senté en el sillón y me bajé un poco la cintura de los pantalones. Metí la mano dentro de mi ropa interior y envolví mis dedos alrededor de mi miembro. Solo pensar en Blair, en ese beso, en su boca sobre la mía, me puso duro y listo. Había perdido la cuenta de cuántas veces había hecho esto en los últimos años. Pensaba en Blair, me excitaba y tenía que aliviarme para sacarla de mi sistema. Ahora con ella aquí mismo, tan cerca, y después de ese beso... Gemí y comencé a mover mi mano. Arriba y abajo, duro y rápido, mientras imaginaba no solo besarla, sino también quitarle la ropa, acostarla en mi cama, cubrir su cuerpo con el mío. Óxido, eso me volvía loco. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás mientras el deseo en mi cuerpo aumentaba, mientras mi miembro se ponía más y más duro. ¿Gemiría en mi oído si la tomara? ¿Araañaría mi espalda y hombros con sus largas uñas? Oh, óxido.

Me estremecí cuando llegué al clímax, más fuerte y más intenso de lo que había

experimentado en mucho tiempo. Y fue por ese oxidado beso.

Los temblores en mi cuerpo disminuyeron y me quedé en el sillón un rato más, nadando en esa bruma, sintiéndome relajado y agotado, pero también aliviado.

Aunque sabía que mi mano nunca podría reemplazar lo real.

LENNOX, los exploradores y yo pasamos toda la noche corriendo por el bosque naranja y rojo, buscando a esos oxidados elfos marinos, pero no encontramos ninguno. Tampoco encontramos rastros que indicaran que más hubieran entrado al reino.

Cuando el sol comenzó a asomar en el horizonte, alejando el frío de la noche y tiñendo todo de luz dorada, Lennox y yo nos detuvimos en la barrera establecida a lo largo de la costa.

—¿Se han movido? —le pregunté a uno de los capitanes apostados allí.

—No, mi príncipe —respondió, con tono firme—. Siguen exhibiendo sus armas, fingiendo pelear entre ellos, sonriéndonos como si supieran algo que nosotros no, pero no han abandonado la playa.

Eso era extraño. ¿Por qué nuestros enemigos invadirían nuestras playas y se quedarían allí? Hasta ahora, nos habían engañado en Mor Caer y Niwl. Sabía que estaban preparando otro truco, solo que no sabía cuál.

—¿Qué hay de nuestro espía? —pregunté. Era difícil tener espías entre los elfos marinos ya que nos veíamos tan diferentes, pero habíamos encontrado un soldado que, con un poco de maquillaje y un cambio de ropa, podía pasar por uno de ellos. Lo habíamos enviado al enemigo hace casi un día.

—No hemos tenido noticias de él todavía, mi príncipe —dijo el capitán—. No creo que las tengamos por un tiempo.

Yo tampoco. Además, incluso si lograba entrar en sus filas, no podría acercarse a sus líderes para averiguar qué estaban tramando. No en poco tiempo, de todos modos.

Me quedé con los soldados de la barrera la mayor parte del día, observando a nuestros enemigos. Realmente no hacían nada más que alardear de sus armas y armaduras, y batirse en duelo como yo había estado haciendo en la Corte de Invierno.

A media tarde, regresé a nuestro campamento. Mi plan actual era reunir a los generales y capitanes y a los exploradores y trazar un plan. Esperar a que atacaran no estaba funcionando.

Lennox y yo acabábamos de entrar en la tienda principal cuando un soldado entró apresuradamente.

—Mi príncipe, lamento irrumpir así, pero pensé que le gustaría saber —dijo, con la cabeza baja.

Me senté en una de las sillas alrededor de la mesa. —¿Qué ocurre?

—Es Lady Blair, mi príncipe.

Me quedé inmóvil. —¿Qué pasa? ¿Sigue enferma?

—No, mi príncipe, todo lo contrario. —Hizo una pausa, levantó los ojos hacia los míos y rápidamente los bajó de nuevo—. Poco después de que saliera el sol esta mañana, se fue con su protector.

Me puse de pie de un salto. —¿Adónde fue?

—Fue a revisar a los aldeanos, asegurarse de que todos hubieran evacuado y que nadie estuviera enfermo.

Maldije por lo bajo. Por supuesto que no me creería. Por supuesto que tenía que comprobarlo

por sí misma. Por supuesto que tenía que hacer lo propio de una reina. Por supuesto que tenía que ignorar su propia salud por su gente.

—Infórmame en el momento en que ella regrese al campamento —le dije al soldado, luego hice un gesto con la mano, despidiéndolo.

Salió de la tienda, y Lennox se volvió hacia mí.

—Y yo que pensaba que te pondrías como loco e irías tras ella.

—Créeme, quiero hacerlo —me costó todo mi autocontrol no hacerlo—. Le daré una hora más.

El atardecer no estaba muy lejos y tenerla vagando por los caminos de noche mientras nuestro enemigo estaba tan cerca era peligroso. Puede que ya no estuviera destinada a ser reina, pero era un símbolo para nuestro reino. Los fae la amaban tanto como habían amado a Lugh.

Me pasé una mano por la cara. Maldición, ¿por qué tenía que ser Lugh? Lo estaba haciendo tan bien. Habría sido un gran rey, y junto a Blair, habrían hecho que la Corte de Otoño se sintiera orgullosa y fuerte.

¿Por qué no pude haber sido yo en su lugar?

Dejé escapar un largo suspiro. Lennox me conocía demasiado bien, porque trajo una jarra de vino especiado y copas para nosotros, luego se sentó frente a mí en la mesa. Llené mi copa hasta el borde y bebí la mitad del vino de un trago.

Lennox arqueó una ceja hacia mí.

—Algo te preocupa. ¿O debería decir alguien?

—Ni siquiera empieces —gemí—. Desearía que Blair fuera una de esas damas de la corte a las que les gustan los vestidos, los téis y las fiestas.

—Entonces no te gustaría como te gusta ahora.

—Ese es exactamente mi punto.

Lennox miró fijamente su copa.

—Recuerdo el día que dejamos la capital y prácticamente nos lanzamos de cabeza al ejército sin mirar atrás.

Yo también. ¿Cómo podría olvidarlo? Ese fue el día en que mis padres anunciaron que Blair estaba prometida a mi hermano.

Dejé escapar un largo suspiro, y los recuerdos inundaron mi mente antes de que pudiera detenerlos. El padre de Blair había sido un asesor cercano de mi padre, uno de sus amigos más íntimos. Era natural que desde su nacimiento, Blair frecuentara el palacio. Cuando era pequeño, pensaba que era molesta, pero era porque era una mujer que quería hacer todo lo que hacía un hombre. Lugh siempre pensó que era asombrosa, a pesar de la diferencia de edad entre ellos.

Pero a medida que crecimos, ella se transformó de un patito feo a un cisne deslumbrante, y todavía le gustaba la esgrima, disparar flechas y correr, lo que me cautivaba. Aunque, debido a su edad, se vio obligada a participar en más téis y otros deberes femeninos dentro de la corte. No es que los odiara exactamente. Desempeñaba bien su papel, pero en cuanto podía, escapaba para jugar con Lugh y conmigo. Maize era más joven que nosotros e intentaba seguirnos el ritmo, pero cuando podíamos, la dejábamos atrás. Antes de darme cuenta, me estaba enamorando de Blair. Afortunadamente, Lugh había expresado varias veces que la quería como a una hermana y, por lo que yo sabía, tenía los ojos puestos en una joven bibliotecaria. Me entristecía por él porque, como príncipe heredero, nunca se le permitiría casarse con ella.

Pero al menos no había mostrado ningún interés en Blair. Ni ella en él. Lugh ya estaba siendo entrenado como príncipe heredero y tenía más deberes, clases y entrenamiento cada mes, dejando a Blair para jugar conmigo a solas. No tardé mucho en darme cuenta de que a Blair parecía

gustarle eso.

Nos hicimos mayores, y yo comencé mi entrenamiento militar, y Blair asistía a más deberes y eventos con las damas de la corte. Pero siempre que podíamos, nos encontrábamos. Ya no éramos niños, pero pasábamos tiempo juntos. Nos sentábamos en la fuente en medio del jardín, o nos aventurábamos en el bosque, encontrábamos un árbol alto y competíamos hasta la cima, o salíamos a cazar animalitos con nuestros arcos.

Una tarde, después de pasar todo el día huyendo de nuestros deberes y cazando en el bosque, Blair y yo nos detuvimos junto al lago detrás del palacio. Vistiendo solo su camisón, Blair fue la primera en entrar al agua. Cuando se zambulló y emergió del agua en el centro del lago, con el cabello casi negro y el camisón transparente en sus hombros, y me sonrió, supe que mi corazón estaba perdido para siempre.

Me acerqué a ella, dándole todas las oportunidades para que retrocediera o me detuviera, pero no lo hizo. La besé y ella me devolvió el beso. En ese momento, supe que la amaba, que la había amado durante mucho tiempo, y que mi corazón sería suyo para siempre.

Un par de semanas después, nuestros padres anunciaron que Blair había sido elegida como la prometida de Lugh, y mi corazón fue arrancado de mi pecho. Lugh me aseguró que no tenía ni idea, y tan pronto como se enteró, trató de deshacerlo, pero los ancianos no estuvieron de acuerdo con él. Discutí con mi padre y mi madre, sin decirles la verdad, pero lo descartaron como si fuera un niño mimado.

Cuando me di cuenta de que nada cambiaría su opinión, que la fae que amaba se casaría con mi hermano, le daría hijos y pasaría el resto de su vida con él, me fui.

Me fui porque no podía soportar verlo.

Lennox, siendo mi mejor amigo además de Blair, se fue conmigo. Siempre supuse que había sido una excusa. Lennox venía de una familia sencilla, y había prometido a sus padres encontrar una vida mejor. Quería ser un soldado famoso, y seguir a un príncipe rebelde en su búsqueda de esconderse en los campos de entrenamiento era la forma más rápida de lograrlo. Bueno, lo consiguió. Porque era mi brazo derecho e izquierdo, el nombre de Lennox era conocido en todo Wyth.

Y mi apodo también.

—Eso fue hace mucho tiempo —susurré.

—Y sin embargo, tus sentimientos por ella siguen siendo los mismos.

—¿Todavía estás celoso de ella? —bromeé. En aquella época, siempre se quejaba de que prefería la compañía de Blair a la suya. Bueno, podía besarla a ella, ¿no? No quería hacer eso con él.

—Ahora no son celos, es preocupación.

Me burlé.

—No te preocupes. No pasará nada.

Se inclinó hacia adelante, cruzando los brazos sobre la mesa.

—No pasará. Porque ahora ella es prácticamente una viuda, y tú eres el que heredará el reino. Dependiendo de tu elección, su camino no tiene por qué cambiar.

Fruñí el ceño. Como si no hubiera pensado en eso ya. Pero no se sentía correcto. Ella había sido prometida a Lugh. ¿Y si en el tiempo que estuve ausente, se habían enamorado? ¿Y si incluso se habían apareado, y yo no lo sabía? Muchas cosas podrían haber sucedido en el tiempo que los evité a todos.

Además, Blair debería estar de luto ahora. Era una falta de respeto pensar en ella de esa manera cuando mi hermano acababa de morir.

—No quiero pensar en eso —murmuré antes de llevar mi copa a los labios y apurar el resto de mi bebida.

—Sé que no quieres, pero en algún momento tendrás que hacerlo. Después de que matemos a todos los elfos marinos y nuestro reino esté a salvo de nuevo, tendrás que enfrentar lo inevitable: Te convertirás en príncipe heredero y tendrás que decidir qué hacer con ella. Como tu mejor amigo y consejero, estoy aquí para recordártelo, para asegurarme de que lo pienses bien y no tomes una decisión precipitada.

—¿Como cuál?

Se encogió de hombros. —No sé. ¿Enviarla a un convento para que la tentación de acostarte con la prometida de tu hermano esté lejos?

Arrugué la nariz. Solo Lennox podía hacer que las cosas sonaran aún peor de lo que eran. —Solo... cállate.

Alcancé la jarra y serví más vino en mi copa. Pero antes de que pudiera levantarla, Afal entró en la tienda. —Lady Blair ha regresado, mi príncipe.

Mis músculos se tensaron y casi salté de mi silla. Resistí ese impulso. —Gracias.

Afal inclinó la cabeza y salió.

Lennox alcanzó mi copa. —Aquí. Te ayudaré. —Se la bebió toda de un trago—. Ahora ve a ver si tu amor está bien.

Le lancé una mirada fulminante. —Cualquier otro que me hablara así habría perdido la cabeza.

Con una sonrisa arrogante, Lennox se reclinó en su silla y subió los pies a la mesa. —Me alegro de no ser cualquier otro.

Negando con la cabeza, salí de la tienda. Ni siquiera sabía qué le diría a Blair, aparte de ordenarle que se quedara atrás, que descansara, que volviera a la capital. Tenerla aquí era demasiado distractor. No podía idear un buen plan porque estaba ocupado preocupándome por ella o sintiéndome atraído hacia ella.

Ella gritaría, discutiría, pero yo ya estaba harto. Incluso usaría mi excusa de orden-del-próximo-príncipe-heredero si fuera necesario. Y ella tendría que escuchar.

Me detuve en la entrada de su tienda y dejé escapar un largo suspiro.

Esperaba que me escuchara.

BLAIR



HABÍA SIDO UN DÍA LARGO.

Cuando me enteré de que Red había pasado la noche fuera y aún no había regresado al amanecer, me levanté y me puse en acción. Quedarme en la cama descansando no era mi estilo, incluso si aún estaba un poco lastimada y adolorida por la última pelea. No, tenía que hacer algo, sentirme útil.

Así que fui a las aldeas con Sage, asegurándonos de que todos los fae se hubieran marchado y que aquellos que habían tenido contacto con los elfos marinos hubieran sido examinados o estuvieran en observación por la plaga marina. Lo último que necesitábamos era un brote de la enfermedad justo ahora.

Sage me había interrogado sobre salir sin al menos el doble de soldados que el otro día, pero yo había escuchado lo que Red había estado haciendo toda la noche: revisar el bosque para asegurarse de que ningún otro elfo marino estuviera escondido y esperando para emboscarnos. Además, los elfos marinos nos habían atacado ese día. No usarían la misma táctica tan pronto.

No pasó mucho tiempo antes de que me sintiera aún más adolorida y cansada, pero no importaba. Seguí adelante porque los fae me necesitaban. Habían sido obligados a abandonar sus hogares y se dirigían a refugios en la capital por quién sabe cuánto tiempo. Sus vidas enteras se habían puesto patas arriba, y sus negocios probablemente sufrirían cuando regresaran. Verificar que estuvieran bien y saludables, y que tuvieran todo lo necesario para el viaje a la capital era lo mínimo que podía hacer.

Al mediodía, Sage y yo descansamos un poco junto a un arroyo. Después de tomar una siesta corta, Sage montó guardia mientras me lavaba en el agua fría. Finalmente, cuando el sol comenzó a descender, Sage insistió en que regresáramos al campamento.

—Será de noche cuando lleguemos. No quiero que te quedes fuera después de eso.

Sabía que no lo dejaría pasar, así que cedí.

En el momento en que llegamos al campamento, vi a los soldados mirándonos y un par incluso corrió a la tienda principal, probablemente para avisar a Red que yo había regresado. No les presté mucha atención ya que estaban siguiendo órdenes. Le entregué mi caballo a uno de ellos y me dirigí a mi tienda.

Aunque me había lavado en el arroyo, necesitaba desesperadamente ropa limpia. Me quité las botas, desaté mis pantalones, me los quité, deshice los broches de mi chaleco y túnica, y mi túnica se deslizó de mis hombros... entonces alguien entró en mi tienda.

Los ojos de Red se abrieron de par en par mientras me cubría con las manos, sujetando la túnica antes de que cayera y expusiera mi torso. Pero el chaleco cayó al suelo. Los ojos de Red se abrieron aún más mientras bajaban hacia mis piernas desnudas; el dobladillo de mi túnica

apenas llegaba a mis muslos.

—Y-yo lo siento —susurró, dándose la vuelta y alcanzando la abertura de la tienda.

—No, espera —solté. Se detuvo, pero no me miró. Alcancé una bata de seda, dejé caer la túnica por completo y me puse la bata. Me aseguré de atarla firmemente alrededor de mi cintura antes de decir—: Está bien ahora.

Red se volvió de nuevo, esta vez con los ojos fijos en mi rostro, como si estuviera tratando con todas sus fuerzas de no mirar mi cuerpo. Algo parecido a la decepción floreció en mi pecho.

—Eh, vine a ver cómo estabas —dijo. Luego frunció el ceño—. ¿No estás aún débil y herida? ¿Por qué demonios estuviste fuera todo el día? ¿Y qué hay de avisarme, o dejarme prestarte más soldados? ¿Y dónde está Sage? No estaba fuera de tu tienda.

—Le dije que fuera a descansar. No pensé que lo necesitara por unas horas en un campamento lleno de soldados altamente entrenados. —Levanté la barbilla—. No necesito niñeras todo el tiempo, Red.

—¿Estás segura? ¡Piensa en lo que pasó hace ni siquiera dos días!

—Los elfos marinos habían planeado tomar las aldeas mucho antes de que yo planeara evacuarlas. Que yo estuviera allí fue una coincidencia. Además, sé que pasaste la noche anterior buscándolos desde la costa hasta el bosque más allá de las aldeas. Si hubieras encontrado algo, me habría enterado. Sabía que era seguro.

Red apretó los labios, claramente queriendo discutir.

—¿Hay algo que pueda decir para convencerte de volver a la capital?

Negué con la cabeza.

—Puede que no te guste, pero no soy una dama de la corte acobardada. Prefiero estar aquí, ensuciándome las manos y ayudando de verdad.

—Lo sé —murmuró.

—¿Es eso tan horrible?

Dejando escapar un largo suspiro, Red se pasó una mano por el pelo.

—Todo lo contrario. Eres asombrosa. —Se me cortó la respiración. Dándose cuenta de lo que había dicho, Red cambió el peso de un pie a otro—. Quiero decir...

Yo sabía lo que quería decir. Al menos, esperaba saberlo.

Envalentonada por la forma en que me había mirado, por sus palabras, di dos pasos hacia él, dejando un corto espacio entre nosotros. Si extendiera mi brazo, podría apoyar mi mano en su pecho.

Fijé mis ojos en los suyos.

—Solo... quédate donde estás.

Desaté mi bata y la dejé caer a mis pies. Los ojos de Red se desorbitaron, pero no le di oportunidad de reaccionar. En su lugar, envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí. Presioné mi boca contra la suya.

Red movió sus labios con los míos antes de apartarse.

—No, no. Esto no está bien.

Me aferré a sus hombros.

—¿Por qué no?

—Tú... estás prometida a mi hermano.

Negué con la cabeza.

—Él ya no está aquí. Además, nunca lo amé. —Tiré de sus hombros de nuevo. Cuando no se resistió, pegué mi cuerpo al suyo y lo besé otra vez.

Esta vez, las manos de Red rodearon mi cintura en un instante, sus palmas ásperas rozando

mi piel, enviando escalofríos por mi columna.

Lo sabía. Sabía que me deseaba tanto como yo lo deseaba a él.

Sus labios se movían contra los míos, su lengua asaltaba mi boca, su aroma invadía mis fosas nasales y embriagaba mi mente. Besar a Red era lo correcto, lo perfecto. Se sentía como si hubiera sido hecho para mí.

Lentamente, deslicé mis manos por su pecho hasta su cintura. Encontré los botones de sus pantalones de cuero. Luego, rompí el beso y me arrodillé frente a él, mientras desabrochaba los botones y bajaba sus pantalones.

—Blair —siseó.

Pero no me detuvo. Bien.

Su polla estaba dura y grande, más grande de lo que esperaba, pero eso no me detuvo. La rodeé con mi mano y lamí la punta. Red se estremeció y siseó. Lamí su longitud una vez más antes de tomarlo todo dentro de mi boca.

—Óxido —Red enredó sus dedos en mi cabello.

Comencé a moverme, metiéndolo y sacándolo de mi boca, tan lejos como podía, con mi mano apretada alrededor del tronco, ejerciendo más presión sobre su polla.

—Oh, óxido —murmuró de nuevo. Lo espié. Red tenía los ojos cerrados, la cara inclinada hacia arriba, la boca entreabierta y las manos en mi cabello. Era una visión digna de contemplar. La forma en que parecía deshacerse me envalentonó. Me gustaba saber que podía hacerle esto.

Aceleré, moviendo mi boca a lo largo de su polla más rápido, más fuerte.

Entonces, agarró mis hombros con sus manos y me empujó hacia atrás. Levanté la mirada y lo encontré mirándome fijamente. —Eso fue increíble, pero no quiero terminar así —Deslizó sus manos por mis codos y me ayudó a levantarme.

Apenas me puse de pie cuando ya estaba sobre mí, su boca en la mía, su cuerpo presionado contra el mío. Mientras bebíamos el uno del otro, ayudé a Red a quitarse el chaleco y la túnica. Pasé mis manos por sus hombros, su pecho, su espalda, tratando de sentir cada centímetro de él, cada cincelada de cada músculo y grabarlo en mi memoria. Por el viento helado, este fae había sido esculpido en piedra.

Red rompió el beso, pero se mantuvo cerca, su frente apoyada en la mía. —Ahora es mi turno.

RED



INTENTÉ LUCHAR CONTRA ELLO. DÍA Y NOCHE, TRATÉ DE RESISTIRME.

Después de ese beso anoche, cada célula y poro de mi cuerpo se sentía vivo. Inquieto. Ardiente. En desorden.

No importaba cuánto luchara. Acabé perdiendo. En este momento, lo que realmente importaba era que deseaba a Blair como nunca había deseado nada ni a nadie en toda mi vida.

Cuando se trataba de ella, después de todo, era débil.

Blair dejó escapar un pequeño jadeo antes de que volviera a cerrar mi boca sobre la suya. Deslicé mis manos hacia abajo, abajo, abajo hasta sus muslos, y ella me dejó levantar sus piernas. Las enroscó alrededor de mi cintura, y cuando presioné mi cuerpo contra el suyo, colocando mi erección justo en el lugar perfecto, jadeó de nuevo.

Empujé mis caderas contra las suyas otra vez, provocándola. Blair arqueó la espalda en respuesta, echando la cabeza hacia atrás. No pude resistirme a ese cuello largo y suave, y deslicé mis labios de su boca a su cuello. Lamí y mordisqueé su piel suave, disfrutando cómo se retorció bajo mi tacto, cómo su respiración se volvía superficial y errática y cuán cálida estaba su piel.

Me incorporé y apoyé su espalda contra una de las gruesas columnas que sostenían la tienda, lo suficiente para quitarme el chaleco de cuero y sacarme la túnica por la cabeza. Todo el tiempo, los ojos de Blair estaban fijos en los míos, con un brillo que nunca antes había visto. Una mirada profunda y cálida que me excitó aún más por ella.

Luego me quedé allí, mientras sus piernas rodeaban mi cintura, nuestras caderas desnudas y tocándose, y su espalda apoyada contra la puerta, admirando a la hermosa hada frente a mí.

Maldición, esta hada.

Sus pechos eran perfectos y firmes, y su cintura estrecha y vientre plano completaban el conjunto.

—Eres tan hermosa —murmuré.

Me dio una sonrisa torcida. —Y tú demasiado caliente. —Extendió la mano y la enganchó en mi nuca—. Ahora, vuelve aquí. —Tiró y me dejó atraer hacia ella.

Estrellé mi boca contra la suya, besándola aún más fuerte y profundamente que antes. Blair movió sus caderas, y gemí cuando la fricción en mi miembro aumentó. Deslicé mis manos por su cintura y ahuequé sus pechos. Maldita sea, estaban hechos para mis manos. Pellizqué los pezones y ella dejó escapar un pequeño grito contra mi boca.

Maldición.

—Ven aquí. —Rodeé su espalda con mis brazos y la sostuve, con sus piernas alrededor de mi cintura, mientras me alejaba de la columna. Sosteniéndola con fuerza, caminé hacia el colchón y la deposité sobre las suaves sábanas. Luego, la acerqué al borde y me arrodillé entre sus piernas

separadas.

Blair contuvo la respiración bruscamente.

Me incliné hacia sus piernas —ella se mordió el labio inferior y casi me arrastré sobre ella para capturar ese labio yo mismo, pero quería darle placer primero— y besé el interior de sus muslos. Blair siseó y se tensó y siseó aún más, mientras la torturaba, acercándome a su centro con una lentitud agonizante. Finalmente, lamí su clítoris. Gimiendo, Blair arqueó la espalda. Extendió la mano y enredó sus dedos en mi cabello. Disfrutando cómo se deshacía con cada uno de mis toques, la trabajé. Deslicé un dedo dentro de ella, luego un segundo, y me reí cuando maldijo y gimió. Bombeé mis dedos rápidamente, mientras chupaba y lamía y besaba y mordisqueaba su punto sensible.

Sentí su cuerpo tensarse mientras su clímax se construía.

—Más fuerte —susurró.

Obedecí y empujé mis dedos con más fuerza, mientras chupaba su clítoris. Con un grito, Blair se quedó quieta por un segundo, luego se deshizo en pequeños temblores.

Todavía estaba temblando cuando me arrastré sobre ella, plantando pequeños besos por todo su cuerpo: su hueso de la cadera, su ombligo, sus costillas, sus pechos. Allí, me detuve. Lamí alrededor del borde inferior de su pecho izquierdo, mientras agarraba el otro con mi mano. Luego, cerré mi boca alrededor del pezón y chupé. Arqueando la espalda, Blair dejó escapar un grito. Chupé, besé, lamí, y todo el tiempo ella se retorció debajo de mí, sus largas uñas trazando caminos en mi espalda, dejando su marca.

Continué mi camino hacia arriba. Besé su clavícula, el punto suave entre su hombro y cuello, su mandíbula, su barbilla y finalmente su boca. Ella sonrió, y cuando me retiré, rodeó mi cuello con sus brazos y me atrajo hacia ella de nuevo. Esta vez sonreí antes de que me besara.

Mientras me besaba, separó sus piernas. Me ajusté y, con un gemido, me deslicé dentro de ella. Muy, muy lentamente. Blair contuvo la respiración hasta que hundí mi miembro dentro de ella. Maldición, esta hada. Tan apretada. Tan húmeda. Tan perfecta. Dejé caer mi cabeza sobre su hombro, tratando de acostumbrarme a la presión, a ella.

Entonces ocurrieron dos cosas casi al mismo tiempo. Una, Blair se tensó de una manera que solo podía asociar con una cosa.

—Eres virgen —susurré, un poco sorprendido. No habíamos llegado tan lejos cuando éramos más jóvenes, pero por alguna razón, había asumido que a estas alturas ya habría dormido con alguien más.

—Por supuesto que lo soy. Era.

Y dos, ella jadeó, cuando la fuerza, esa línea invisible, gruesa y eterna e inconfundible, se formó entre nosotros.

—El vínculo. —Miré en sus ojos, aún más sorprendido ahora—. El vínculo de pareja.

Blair me sonrió, una sonrisa pícara y hermosa. Comencé a retroceder, tratando de comprender este nuevo nivel de complejidad, pero Blair enganchó sus piernas alrededor de mi cintura y me atrajo de vuelta hacia ella.

—No, no te vayas —me rodeó el cuello con sus brazos—. Quédate conmigo —susurró en mi oído. Movié sus caderas, aumentando la presión oxidante sobre mi miembro.

¿Cómo podía resistirme a esto? ¿Resistirme a ella?

Un sentimiento posesivo me apretó el estómago. Yo era el primero de Blair. Odiaba admitir que eso me hacía sentir orgulloso y un poco más loco por ella.

Podría ser virgen, pero sabía exactamente lo que me estaba haciendo. Levantó sus caderas, empujando mi miembro aún más profundo.

—Oxido —siseé.

—Muévete —susurró, sin aliento—. Por favor, muévete.

¿Cómo podía negarme a eso?

Levanté mi torso sobre mis codos y la miré, a sus hermosos ojos ámbar, al deseo y la lujuria que brillaban en ellos y me volvían loco. Me retiré completamente y luego embestí de nuevo. Jadeando, Blair ahuecó mis nalgas y me atrajo hacia ella. Comencé a moverme, lento solo por dos largas embestidas, antes de que no pudiera seguir así. Tenía que tenerla, y tenía que tenerla toda ahora.

La embestí profunda, dura y rápidamente.

—Sí —dijo Blair, con voz baja.

—Oxido, lo sé —me incliné hacia ella y capturé su boca con la mía. Hundí mi lengua en su boca, al igual que yo, dura, profunda y rápida. Ella clavó sus uñas en mi espalda y el dolor se mezcló con el placer.

Estaba listo para sumergirme en esta hermosa fae, estaba listo para rendirme al placer que se acumulaba en mi centro, para dejarlo ir todo y nadar en pura dicha, cuando Blair agarró mis hombros y, usando un movimiento de lucha, nos dio la vuelta. Mi espalda golpeó el colchón y ella se montó a horcajadas sobre mí.

—Oxidando...

Me miró desde arriba, con una sonrisa traviesa en sus labios. Su largo cabello caía sobre sus hombros y por su espalda, y su torso esbelto estaba recto como una tabla. Empujó hacia abajo sobre mí, y gemí por lo profundo que podía tomarlo así.

Comenzó a moverse. Lento al principio, con embestidas largas y deliberadas. Pero luego siseó y, mirándome a los ojos, aceleró. ¿Virgen? ¿Era virgen? Era difícil de creer, pero oh, me hacía sentir tan orgulloso y posesivo en este momento.

Sus pechos rebotaban con cada subida y bajada, subida y bajada. Alargué las manos y agarré sus pechos. Pellizqué sus pezones y, gimiendo, echó la cabeza hacia atrás.

Deslicé mis manos hasta su cintura y la ayudé a moverse, tirando de ella hacia abajo con fuerza. Más fuerte, más profundo. La tensión se acumuló, más fuerte y rápido esta vez.

Blair se inclinó hacia adelante y apoyó sus manos en mis hombros, su cabello cayendo a nuestro lado como una cortina. Presionó con sus manos y usó eso como palanca para moverse aún más rápido y profundo.

Oxido, esta fae.

Lo sentí... Sentí la tensión acumulándose en ella también. Sentí sus paredes apretándose. Escuché su respiración volviéndose errática y sus gemidos más fuertes. Entonces, con un último empujón, gritó. Cayó sobre mí, su pecho contra el mío. Agarré su cintura y embestí una, dos, tres veces más. Ella mordió mi cuello y eso fue todo.

El placer en mí explotó y mi cuerpo tembló incontrolablemente.

Cuando los espasmos se ralentizaron, acuné el cuello de Blair y atraje su rostro al mío. Capturé su boca con la mía, besándola lenta y profundamente, saboreando su dulce sabor y el calor de su cuerpo.

Oxido, apenas habíamos terminado y ya quería más. Quería mucho más de ella, de ella.

Luego se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre mi pecho, apoyando su barbilla en su antebrazo. Una pequeña sonrisa adornaba sus labios.

—Así que eres mi pareja.

Mi estómago se tensó.

—Lo soy.

Lo soy, me repetí a mí mismo.

—¿Estás sorprendido? —preguntó, pasando sus uñas por mi estómago y enviando escalofríos por mi columna.

—Honestamente, no —era la verdad. Siempre pensé que si alguien era mi pareja, tenía que ser Blair. Pero luego, cuando fue prometida a Lugh, aparté esa idea.

—Yo tampoco —susurró.

Fruncí el ceño.

—Blair, sobre nosotros...

Se quedó quieta.

—Ni se te ocurra decir que esto fue un error.

—No, no fue un error —dije. Sus ojos se abrieron. Yo también estaba un poco sorprendido por mis propias palabras—. Nada contigo es nunca un error. Pero aún hay demasiadas cosas que necesitan resolverse y...

—Entiendo —comenzó a alejarse. La alcancé y la mantuve cerca de mí.

—No creo que lo entiendas. Pase lo que pase, no creo que pueda dejarte ir, ya no. Te pido paciencia mientras navego por este nuevo mundo. ¿Trato?

Una esquina de sus labios se curvó hacia arriba.

—Trato.

La miré fijamente, una vez más impresionado por su belleza. —Por el viento frío, no puedo resistirme a ti.

Puse mi mano detrás de su cuello, acerqué mis labios a los suyos y nos giré sobre el colchón, de modo que mi cuerpo quedó pegado al suyo, con mi miembro en el lugar correcto.

Le hice el amor de nuevo, sabiendo que cuando se trataba de ella, siempre querría más.

UN MOVIMIENTO y una tenue luz me despertaron. Alcancé mi espada al lado del colchón y apunté a quien fuera que hubiera entrado en la tienda de Blair.

—Eh, soy yo —dijo Lennox en voz baja, con la cara girada para no mirarnos directamente.

Bajé la espada y subí las mantas que cubrían las piernas de Blair hasta sus hombros. Ella se movió, pero no se despertó.

—¿Qué pasa? —pregunté, desenredándome de Blair y sentándome. Sabía que si Lennox estaba aquí, era porque había ocurrido algo que requería mi atención inmediata.

—¿Puedes vestirme y venir a la tienda principal? —preguntó, aún mirando la pared de la tienda—. Es mejor que enfrentar esta encantadora tela naranja.

Casi me reí. —Estaré allí enseguida.

Lennox se agachó bajo la solapa de la entrada de la tienda y se fue.

Y miré a la hermosa hada que dormía a mi lado. Un torbellino de emociones se arremolinó en mi pecho.

Blair era mi compañera.

Debería haberlo sabido desde el momento en que la vi cuando éramos niños. Desde entonces, había estado cautivado por ella. ¿Cómo podría alguien más ser mi compañera?

No solo era mi alma gemela. Era mi alma, mi corazón, toda mi vida.

Había sido un tonto al engañarme pensando cualquier otra cosa.

Pero este hecho solo complicaba más las cosas. Yo no quería ser el príncipe heredero, Blair ya no tenía un lugar oficial en la vida real, y prácticamente estábamos luchando en una guerra en

este momento.

Lo que fuera que estuviera pasando entre Blair y yo tendría que esperar e ir despacio —si eso era posible— porque otros asuntos eran más urgentes y necesitaban mi atención ahora mismo.

Me acerqué a ella y aparté un mechón de su cabello para poder ver su hermoso rostro antes de irme. Blair se movió de nuevo y me miró desde debajo de sus pestañas.

—Lo siento —susurré—. No quería despertarte.

Ella se acercó y enganchó su brazo en mi pierna. —¿Estás huyendo?

Una leve sonrisa se extendió por mis labios. —He dejado de huir de ti.

—Bien.

—Pero Lennox vino. Hay una reunión.

Sus ojos se abrieron un poco más. —¿Qué ha pasado?

—No lo sé. —Me incliné sobre ella, le di un beso en la sien y me levanté del colchón—. Pero deberías descansar. Te prometo que si necesito tu ayuda, te lo haré saber.

—Mentiroso —dijo, rodando en el colchón y observándome mientras agarraba mi ropa y empezaba a vestirme—. Si fuera por ti, me encerrarías en una torre en medio de una isla desierta para que nadie pudiera hacerme daño.

Asentí. Me conocía demasiado bien. —Maldita sea, tienes razón.

—Puedo cuidarme sola.

—Lo sé. —Abroché la última hebilla de mi chaleco y me incliné sobre ella de nuevo—. Y debo decir que verte con una espada es bastante excitante.

Besé sus labios y luego salí de la tienda antes de terminar de nuevo en el colchón con ella.

Los pocos soldados alrededor estaban lejos de la tienda de Blair, y Lennox estaba a mitad de camino hacia la tienda principal, esperándome.

—¿Dónde están los otros soldados?

—Esperando —dijo, con la voz tensa—. Ya entraremos en eso. —Se puso a caminar conmigo y sonrió—. Así que, déjame adivinar, sois compañeros.

Lo miré, atónito. —¿Cómo lo sabes?

Resopló. —Has estado enamorado de ella desde que eras un niño. Eso es el destino.

Noté que algunos soldados miraban de mí a la tienda de Blair. —Así que, supongo que todos aquí también lo saben, ¿no?

—Bueno, no sobre el vínculo de compañeros, pero sí saben que pasaste la noche con Blair. Pero no te preocupes, cuando te vi ir hacia ella, ordené a todos que se alejaran. Así que nadie oyó nada.

Resoplé. Eso había sido bastante considerado por parte de mi amigo. No quería que nadie más escuchara los gemidos de Blair excepto yo.

—En fin, ¿cuál es el problema?

Lennox apretó los labios. Entonces llegamos a la tienda principal, levantó la solapa para mí. —Ya lo verás.

Frunciendo el ceño, entré en la tienda principal.

El general Barric y un puñado de soldados estaban de pie alrededor de la mesa de madera, aparentemente esperándome.

—Buenos días —murmuré, sintiéndome cohibido, algo nuevo para mí.

Lennox chasqueó los dedos frente a la cara de un explorador. —Dile lo que me has contado.

—Los elfos marinos han roto la barrera y avanzan hacia Coch Caer —dijo el explorador apresuradamente.

Me quedé inmóvil. —¿Qué? ¿Por qué no me despertasteis antes?

—Ha llegado hace quince minutos —dijo Lennox—. En cuanto me lo contó, ordené a los soldados que se reunieran y te llamé.

Miré alrededor y vi que todos estaban prácticamente listos para la batalla. Lo único que nos faltaba era montar a caballo y partir.

—General Barric —dije—. Asegúrese de que queden suficientes soldados para defender el campamento en caso de que los elfos marinos decidan sorprendernos aquí. Partimos en quince minutos.

El fae asintió una vez y salió de la tienda. Lennox se volvió hacia mí. —No has comido nada desde anoche, ¿verdad? Te traeré algo. Comerás por el camino.

Le di las gracias mientras se marchaba, y me volví hacia la mesa donde estaba extendido el mapa. Lo miré, observando Mor caer al norte —donde los elfos marinos mataron a Lugh— y Coch caer al sur. Para cuando llegáramos allí, la fortaleza habría caído, pero eso no significaba que no lucharíamos por ella. Haría todo lo posible por recuperarla.

Con un suspiro, salí de la tienda principal hacia la mía, donde recuperé mi espada, comprobé que mi daga estuviera bien sujeta al cinturón y ajusté las hebillas de mi armadura. Cuando salí de mi tienda, el sol había subido más, iluminando el campamento y brillando sobre los árboles rojos y naranjas que lo rodeaban, dándoles un resplandor dorado. Era el día perfecto de otoño: ni demasiado frío, ni demasiado caluroso, con una suave brisa y la cantidad justa de sol.

Lo único que nos faltaba era algo de paz.

Mientras caminaba hacia el borde del campamento, donde probablemente me esperaban los soldados, Blair salió de su tienda, con la armadura completa.

Me detuve en seco y luego marché hacia ella. Me vio acercarme y me sonrió. Mi repentina ira y las palabras que llenaban mi boca se desvanecieron al enfrentarme a ella.

Podía desarmarme con una simple sonrisa.

Nos detuvimos a una distancia respetable el uno del otro, aunque lo único que quería era rodearle la cintura con el brazo y atraerla hacia mí.

Su sonrisa se invirtió. —Sage entró después de que te fueras y me contó lo que estaba pasando.

La miré de arriba abajo. —Y parece que tú también quieres ir.

Frunció el ceño. —No me digas que tenemos que volver a discutir esto.

Quería hacerlo. Realmente quería, pero sabía por qué ella tenía que hacer esto, por qué tenía que ser activa y ayudar a todos tanto como pudiera. Admiraba eso de ella, y me hacía sentir aún más orgulloso de ella.

Esta era mi maldita compañera y era perfecta.

Solté un largo suspiro. —No, no hace falta. Solo... quédate cerca de mí.

Asintió. —Eso es aún mejor.

BLAIR



CABALGAMOS HACIA COCH CAER EN SILENCIO. INTENTÉ NO PENSAR EN QUE PROBABLEMENTE todos a nuestro alrededor ya sabían que Red y yo habíamos pasado la noche juntos. Quería esconderme cada vez que lo pensaba. No porque me avergonzara de mis sentimientos por Red, de ser su compañera —aunque dudaba que supieran eso—, sino porque hasta hace unos días, había estado prometida a su hermano.

Eso no sonaba nada bien.

Pero me gustaba cómo sonaba que Red fuera mi compañero.

Lo miré de reojo, cabalgando a mi lado, con su atención fija en el camino frente a nosotros. En el fondo, siempre supe que él era el indicado para mí. Estaba segura de ello cuando éramos más jóvenes. Habíamos sido mejores amigos, y luego algo más.

Cuando nuestros padres decidieron el compromiso, estaba lista para unir fuerzas con Red y luchar por nosotros, pero él desapareció. Un día estaba allí, molesto por lo sucedido, y al siguiente se había ido. Sin despedidas, sin notas, sin explicaciones.

Después, me llegó la noticia de que Red, junto con Lennox, se había unido al ejército y se había ido a uno de los centros de entrenamiento militar, el más alejado de la capital.

Le envié una carta, una breve carta preguntándole si estaba tomando el camino del cobarde o si iba a volver y luchar por mí.

Nunca recibí respuesta.

Me sentí enojada, traicionada, decepcionada y triste. Me aferré a esos sentimientos durante mucho tiempo.

Al principio, me había resultado difícil aceptar que Lugh, un amigo cercano, sería mi esposo. Sabía que nunca sería mi compañero, pero sabía que, con el tiempo, podría llegar a amarlo como pareja. Juntos, formaríamos un buen equipo para liderar el reino.

Todo se derrumbó cuando Lugh murió y Red regresó.

No podía negar que me alegraba de que Red estuviera aquí. Todavía hacía que mi corazón se acelerara. Podía encenderme con un solo toque.

No sabía qué nos deparaba el futuro, pero esta vez, esperaba que luchara por mí. Yo planeaba luchar por él.

Red levantó la mano en alto y redujimos la velocidad al girar la última curva del camino y acercarnos a la fortaleza. Las puertas estaban abiertas, y una pared de veinte elfos marinos se alzaba frente a ellas. Más elfos marinos se escondían dentro de los confines de la fortaleza, probablemente con arcos y flechas listos para disparar.

A una buena distancia de la fortaleza, Red cerró el puño y nos detuvimos.

—¿Cuál es el plan? —pregunté mientras entregaba mi caballo a un soldado de menor rango.

—Fuerza bruta —dijo Red—. Nos abriremos paso a la fuerza, los mataremos a todos y recuperaremos la fortaleza.

Los ojos de Red escudriñaron las murallas. Sabía que estaba buscando a Ta'hun. Yo también lo hacía. Daría casi cualquier cosa por vengarme de él. Pero si Ta'hun estaba aquí, se estaba escondiendo dentro de Coch Caer.

Nuestros soldados se organizaron en grupos: los cambiantes, los que tenían magia, los espadachines y los arqueros. Red fue con los cambiantes, y yo me quedé con el grupo de magia, y aunque Sage era un espadachín, se quedó conmigo. Cuando Red nos dio la señal, él y los demás se transformaron y corrieron hacia las puertas abiertas, mientras los arqueros atacaban a los elfos marinos de enfrente y encima de las puertas, tratando de despejar un camino para los cambiantes. Los elfos marinos usaban escudos y muros para protegerse de la andanada, pero algunos no tuvieron tanta suerte y cayeron por flechas o mordiscos de zorro.

Los espadachines siguieron a los zorros, luego fue el turno de mi grupo. Avanzamos, y cuando entramos en la fortaleza, me sorprendió cómo se estaba desarrollando esta batalla. Miré a mi alrededor: la mayoría de los zorros habían vuelto a su forma fae y luchaban junto con los grupos de espada y magia. Los cuerpos de los elfos marinos cubrían el suelo. Pensé que tomar la fortaleza sería más difícil.

No tuve tiempo de reflexionar sobre ello cuando un elfo marino saltó sobre mí. Lo envolví con viento y lo envié de vuelta, estrellándolo contra un muro de piedra. Se quedó en el suelo. Luché contra un par de elfos marinos más, luego uno de ellos gritó algo en su idioma y los elfos marinos huyeron. Como cobardes, corrieron de la fortaleza, retirándose.

—Capitán Runt, lleve a los zorros, persígales —ordenó Red. Estaba a unos metros de mí, su armadura salpicada de sangre, la hoja de su espada roja.

El capitán Runt inclinó la barbilla, se transformó y persiguió a los elfos marinos con los otros cambiantes.

—Deberíamos buscar faes supervivientes —dije.

—Cierto —Red asintió—. Solo... tengamos cuidado. Puede que haya elfos marinos escondidos dentro de los edificios, y los faes podrían estar enfermos a estas alturas.

El general Barric, el capitán Omri y un puñado de soldados se dirigieron a revisar los edificios a nuestra izquierda, mientras que Red, Lennox, Sage y yo entramos en el edificio administrativo a la derecha. Despejamos pasillos, oficinas y salas de reuniones. Encontramos una puerta reforzada al final de un corredor; una estrecha escalera descendía hacia la oscuridad.

—Una prisión —dijo Lennox con el ceño fruncido—. ¿Mor Caer también tiene una prisión?

Red asintió. —Solo un par de celdas, pero se requiere que cada fortaleza y pueblo tenga un lugar para retener a los criminales.

Sage tomó una antorcha de la pared, Lennox agarró otra, y bajamos por las oscuras escaleras. Las escaleras conducían a un corto corredor con ocho puertas cerradas. Con cuidado, abrimos una por una.

Había abierto dos y no encontré nada cuando escuché una maldición de Red en la siguiente celda.

Corrí hacia él.

Y me detuve en seco tan pronto como llegué a la puerta abierta.

Más allá, Red estaba paralizado en el centro de la pequeña y húmeda celda.

Y Lugh estaba sentado en la esquina.

RED



MIRÉ FIJAMENTE A LUGH. NO PODÍA SER.

Pero lo era.

Mi corazón se encogió mientras corría hacia él.

—¿Lugh? —llamé mientras me arrodillaba a su lado; estaba sentado en el frío suelo de piedra, con la espalda y la cabeza apoyadas contra la áspera pared, los ojos cerrados y la boca entreabierta. Estaba sucio y herido, con el pelo hecho un desastre en la cabeza y una barba corta en la cara. Unas cadenas envolvían sus muñecas y lo conectaban a la pared—. ¿Lugh, me oyes?

Su cabeza se inclinó hacia adelante.

Coloqué dos dedos en su cuello, comprobando su pulso. Era débil, pero estaba ahí.

Lennox irrumpió en la celda y se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos.

—¡Red, aléjate de él! ¡Podría estar infectado!

Le lancé una mirada fulminante a Lennox.

—Este es mi hermano. No me importa si está infectado. Encuentra las malditas llaves de la cadena antes de que las rompa con mis propias manos. Y envía a alguien al campamento para que el sanador esté listo para atenderlo.

Lennox apretó los labios, y supe que quería discutir conmigo. Entrecerré los ojos, desafiándolo a hacerlo. Me conocía lo suficiente como para saber que no era el momento de desafiarme.

Sin decir una palabra más, Lennox giró sobre sus talones y se fue.

Mis ojos se desviaron de la puerta a Blair, que estaba inmóvil como una estatua dentro de la celda, con las manos sobre la boca y los ojos desorbitados.

Sabía lo que estaba sintiendo. Alivio de que estuviera vivo, pero preocupación. ¿Qué sería de nosotros ahora que Lugh había vuelto? Sacudí la cabeza y me concentré en mi hermano. Ya me preocuparía por eso después. Ahora, tenía que asegurarme de que estuviera bien.

Blair se dejó caer de rodillas.

—Pensé... pensé que había muerto —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo dejé atrás porque creí que había muerto. Si lo hubiera sabido... habría luchado más por él.

Fruncí el ceño. Culpa... conocía bien ese sentimiento.

—No te preocupes, Blair —dije, volviendo mi atención a Lugh—. Lo sacaremos de aquí y estará bien.

Al menos, eso era lo que estaba pidiendo.

LENNOX NO TARDÓ MUCHO en volver con las llaves. Desencadenamos a Lugh y lo levanté en mis brazos, mucho más liviano de lo que pensaba. Los elfos marinos lo habían hecho pasar hambre, y ahora era piel y huesos.

La noticia de que Lugh estaba vivo se extendió entre los soldados y los residentes de la fortaleza mientras lo sacaba y lo colocaba en mi caballo. Cabalgamos de vuelta lentamente, porque no quería sacudirlo y hacerlo sufrir más de lo que ya había sufrido.

El sanador nos esperaba en el borde del campamento. Llevé a Lugh a mi tienda, con el sanador justo a mi lado, ya comprobando sus signos vitales.

Blair, Lennox, el General Barric y Sage entraron a la tienda con nosotros, pero se mantuvieron al fondo, lejos del colchón donde dejé el frágil cuerpo de Lugh, por si el sanador necesitaba espacio para trabajar.

Las manos del sanador temblaban mientras examinaba a Lugh.

Me senté a su lado y esperé pacientemente, pero después de unos minutos de tenso silencio, finalmente dije:

—Háblame.

—Apenas estoy empezando, mi príncipe —dijo el sanador, con voz baja—. Pero por lo poco que estoy viendo, puedo decir que el príncipe heredero está definitivamente deshidratado, desnutrido, y algunas de sus heridas están infectadas.

—¿Qué hay de la plaga marina? —preguntó Lennox desde atrás. Giré la cabeza rápidamente y le lancé una mirada fulminante. Me ignoró.

—Necesito un poco más de tiempo para determinar eso —respondió el sanador.

La solapa de la tienda se abrió de par en par, y una mujer de largo cabello negro entró.

—Aléjense de él —dijo Mahaeru, con voz firme. El sanador retrocedió varios pasos y se inclinó profundamente ante la diosa. Yo no me moví. Ella fijó sus ojos oscuros en mí—. Príncipe Redlen —dijo, sus palabras una advertencia.

Lennox me agarró del hombro y tiró con fuerza. Quería desafiar a una diosa, pero sabía por qué estaba aquí. Sabía por qué nos pedía que nos mantuviéramos alejados de Lugh.

Sin apartar los ojos de Mahaeru, dejé que Lennox me alejara.

—Tiene la plaga marina —dije.

Mahaeru asintió.

—Me temo que sí.

—Aun así tenemos que tratarlo —dijo Blair, sus primeras palabras desde que encontramos a Lugh en la fortaleza—. Está débil, necesita nutrición y cuidados.

—Cierto —la diosa miró a Blair—. Por eso lo llevarán a la capital y lo tratarán allí. Maehara llegará pronto y avisará a la Princesa Maize. Ella preparará las habitaciones del Príncipe Lugh para recibirlo, junto con un sanador que tiene más conocimientos sobre la plaga.

—Es cierto, mi diosa —dijo el sanador—. No sé mucho sobre la plaga marina —el sanador alzó los ojos hacia mí, disculpándose—. Soy un sanador de batalla, mi príncipe. Detengo hemorragias y cierro heridas. Nada más.

Lo miré con furia, listo para arrancarle la cabeza a alguien. Pero el pobre sanador no tenía la culpa. Nadie la tenía. Dejé escapar un largo suspiro. Tenía una batalla que librar, enemigos que derrotar. No podía estar yendo y viniendo de Masarn todo el tiempo.

Pero este era Lugh... mi hermano, el verdadero príncipe heredero. Merecía mi atención, más que nadie.

—Está bien, partimos hacia la capital en treinta minutos.

BLAIR



ESTAR DE VUELTA EN EL PALACIO OREN DEBERÍA HABER SIDO UN MOMENTO DE CELEBRACIÓN. Debería haber significado que derrotamos a los elfos marinos y que nuestro hermoso reino estaba a salvo. No se suponía que fuera así: encerrada en mi habitual habitación de invitados como una prisionera.

Caminaba de un lado a otro, mis botas repiqueteando en los suelos de piedra, mis manos retorciéndose, la preocupación y la tensión creando nudos dentro de mí.

Pero no era la única en aislamiento. Desde que Mahaeru nos contó por primera vez que Lugh tenía la plaga marina, todos mantuvimos nuestra distancia, incluso cuando cabalgamos hacia Masarn. Al llegar, los soldados fueron enviados a los cuarteles, donde fueron puestos en cuarentena en sus habitaciones, y Red fue encerrado en sus aposentos. Todos estábamos bajo observación ya que habíamos estado en contacto cercano no solo con Lugh, sino también con los elfos marinos y los residentes de la fortaleza.

Desde que encontramos a Lugh en la fortaleza, Red no me había hablado directamente, y apenas me miraba.

No estaba segura de cómo se sentía, pero tenía la sensación de que no podía ser diferente a la tormenta que arremolinaba en mi pecho. Había demasiadas cosas sucediendo, y era difícil darle sentido a todo.

Nuestra primera prioridad debería ser controlar la plaga y derrotar a nuestros enemigos. Pero también estaba Lugh, el príncipe heredero perdido, que había regresado de entre los muertos.

Y el hecho de que mi compromiso con él probablemente seguía en pie, aunque yo estaba emparejada con su hermano.

Enterré mi rostro entre mis manos.

Me quedé inmóvil.

Lentamente, presioné mi palma contra mi frente.

Efectivamente, tenía fiebre.

RED



LA IDEA DE ESCAPAR DE MIS APOSENTOS CRUZÓ POR MI MENTE MÁS VECES DE LAS QUE ME gustaría admitir, pero sabía que no debía hacerlo. Si yo también estaba enfermo, solo pondría en riesgo a los demás.

Recibía informes cada hora.

La salud de Lugh: seguía débil e inconsciente. El sanador le había estado administrando el único medicamento que teníamos contra la plaga marina, pero nunca era efectivo. Ayudaba con el dolor y ralentizaba el virus, pero no lo detenía realmente. La plaga era mortal.

La situación de la cuarentena: al menos la mitad de los fae de la fortaleza y los soldados que habían luchado en la batalla ahora mostraban síntomas de la plaga marina, como fiebre y dolor de cabeza. Seguía rezando para que fuera una falsa alarma y ninguno de ellos estuviera realmente enfermo.

El campamento y la barrera: aunque habían pasado días desde que recuperamos Coch Maer, los elfos marinos no habían intentado nada más. Estaban en la playa, disfrutando de la arena y el mar, mientras nosotros nos afanábamos por salvar a los fae de una enfermedad mortal.

Lo cual me llevó a una fea conclusión: Este había sido su plan desde el principio. Por eso no nos habían combatido, por eso no habían contraatacado y venido contra nosotros con todo lo que tenían. Al principio de nuestra historia, hace muchos eones, cuando los elfos marinos empezaron a venir por nuestras tierras, no sabían nada sobre la plaga marina. Nosotros tampoco. A nuestros antepasados les llevó muchos años e invasiones relacionar la plaga marina con los elfos marinos. En aquel entonces, la plaga tenía otro nombre. Pero con el tiempo, ellos aprendieron sobre ella al igual que nosotros, y cada vez que venían y los derrotábamos, nos quedábamos con una implacable ola de enfermedad que teníamos que contener.

Parecía que los elfos marinos se habían vuelto demasiado inteligentes para su propio bien. Esta vez, nos atacaron el tiempo suficiente para propagar la enfermedad. Ahora, todo lo que necesitaban hacer era sentarse y relajarse mientras la enfermedad se propagaba y nos mataba. Incluso si no nos mataba a todos, se cobraría muchas vidas, debilitando el reino. Haciéndoles más fácil apoderarse de él.

Ese conocimiento, ese hecho me mataba.

La otra cosa que me mataba era toda esta situación con Blair y Lugh, este inevitable triángulo en el que estábamos envueltos. Aunque rezaba por un milagro, Lugh no sobreviviría al virus, pero tenerlo vivo, aunque fuera por poco tiempo, me hacía sentir culpable. Me había apareado con su prometida. ¿Qué tan loco era eso? ¿Cómo resolvíamos ese problema? No lo hacíamos. Lo que hice fue encerrar todos mis sentimientos y pensamientos sobre esa situación en lo más profundo de mi alma. Este no era el momento de preocuparse por eso.

Finalmente, después de dos días de agonía dentro de mi enmohecida habitación, el sanador vino a revisarme como lo hacía varias veces al día, pero sus noticias fueron diferentes.

—Me alegra decir que está sano, príncipe Redlen —sonó aliviado—. No tiene la plaga marina. Puede salir de sus aposentos ahora.

Solté un largo suspiro. —Gracias al viento frío. —Era difícil dirigir un reino y organizar una guerra desde dentro de cuatro paredes. Cogí mi chaleco y me dirigí a los aposentos de Lugh.

Las puertas dobles estaban abiertas y una pesada cortina caía sobre la abertura. Aparté la cortina a un lado y eché un vistazo: Lugh estaba en su cama al otro lado de la habitación, y las ventanas a su lado estaban completamente abiertas, aireando la habitación para que el virus no se propagara fácilmente.

Incluso desde aquí, podía ver el lento subir y bajar de su pecho. Seguía vivo. Cerré los ojos y recé, *concédenos un milagro. Deja que viva.*

Las cosas entre Blair, Lugh y yo serían difíciles, pero nos enfrentaríamos a ellas. Sería mejor eso que perder a mi hermano otra vez.

El sanador se detuvo a un paso detrás de mí. —Es un luchador. La enfermedad está tratando de llevárselo, pero el príncipe Lugh está luchando.

Fruncí el ceño. Eso era bueno, pero odiaba que estuviera sufriendo. De nuevo, deseé un milagro. —Si alguien puede vencer esto, es Lugh.

Aunque todos sabíamos que nadie podía vencer esto.

—Príncipe Redlen —dijo el sanador, con voz baja. Lo miré—. Hay algo más que debería saber.

BLAIR



UNA VEZ QUE COMENZÓ LA FIEBRE, LAS COSAS EMPEORARON RÁPIDAMENTE. NO PODÍA DISTINGUIR entre el día y la noche, y pasaba la mayor parte del tiempo en mi cama, durmiendo y teniendo pesadillas de monstruos atacando el Palacio Oren y matando a todas las hadas de la Corte de Otoño.

El sanador me revisaba cada pocas horas, y uno de sus asistentes venía incluso con más frecuencia. Mis padres también venían todos los días, junto con Jora, aunque les había pedido que no lo hicieran. Mi madre prácticamente se había desmayado y sus sollozos me alteraban más de lo que me ayudaban. Tampoco me gustaba que entraran y salieran cuando tanta gente en el palacio estaba en cuarentena. Aunque sabía que todos estaban siendo extremadamente cuidadosos, esta plaga era engañosa. Prefería que se mantuvieran seguros en nuestra casa, lejos del palacio.

Maize y Willow también venían de visita un par de veces al día. Se quedaban junto a la puerta, como el sanador había indicado, y cuando era posible, solo corrían la cortina colocada allí por unos minutos cada vez. Aunque mi cama había sido movida más cerca de las ventanas, y estas permanecían abiertas todo el tiempo, incluso por la noche cuando hacía frío. No quería arriesgarme a que alguien se infectara por mi culpa.

Esta tarde en particular, estaba cansada, la fiebre y los escalofríos no cedían, pero me sentía un poco mejor, lo suficiente para acomodar mis almohadas y sentarme en la cama en lugar de acurrucarme bajo las mantas esperando dormir.

Mientras cerraba los ojos, vi movimiento detrás de la cortina. Un momento después, las cortinas se corrieron y el rostro sonriente de Willow me saludó.

—Te ves mejor —dijo la joven hada—. ¿Estás tomando la medicina?

Hice un gesto hacia la mesita lateral, donde había una bandeja llena de comida y bebidas sin tocar junto con la medicina. —Sí —le dije. Aunque no estaba segura de por qué la estaba tomando. ¿Para ayudar con el dolor, para hacer mi muerte más lenta? ¿No sería mejor terminar con esta miseria de una vez?

—Sabes, creo que tuve una idea...

—Blair —una voz retumbó desde el pasillo. Un Red de ojos abiertos apareció junto a Willow. Sus ojos se encontraron con los míos y mi corazón dio un vuelco—. No, no, no —susurró.

Una débil sonrisa se extendió por mis labios. —Estás bien —presioné una mano contra mi pecho—. Gracias a las hojas rojas.

—Pero tú no lo estás —dijo un paso adelante, entrando en mi dormitorio, y me senté más erguida.

—¡Detente! ¡Quédate atrás! —grité. Dio otro paso—. ¡Red! Llamaré a los guardias. ¡Quédate atrás!

Se detuvo, con las manos en alto. —Solo... No puedo... —Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

Mi corazón se apretó de nuevo. Sabía lo que estaba sintiendo, porque si estuviera en su lugar, sentiría lo mismo. Él era mi compañero y yo era la suya. Le dolía verme así. Oh, por el viento helado, cómo deseaba poder aliviar su dolor.

—Estoy bien —le aseguré—. Es... lento y no duele mucho, gracias a la medicina.

—Primero Lugh, ahora tú —negó con la cabeza—. No puedo soportar esto. Voy a llamar a Mahaeru. Haré un trato con ella. Si los cura a ambos, yo... no sé...

—No digas tonterías —espeté. Eso era tan típico de Red, querer salvar a otros sacrificándose a sí mismo—. No harás nada tan tonto.

—Tengo una idea —dijo Willow, su voz más alta de lo habitual. Red se volvió hacia ella y se encogió bajo su mirada inquisitiva—. Eh, ¿recuerdan a Bloodwrath? ¿La bruja Layla?

—La compañera del Rey Varian —susurré, recordándola—. Sí, la recuerdo. ¿Qué pasa con ella?

—Es poderosa y muy buena con las pociones —continuó Willow—. Estaba pensando que tal vez si le piden que eche un vistazo a la medicina que tienen disponible y le piden que la mejore, incluso usar su magia para convertirla en una poción que cure a los infectados con la plaga del mar...

Los ojos de Red volvieron a los míos. —No es una mala idea —susurró.

—No, no lo es —estuve de acuerdo.

Red apretó los labios. —Me ocuparé de esto. Mientras tanto, descansa y haz todo lo que el sanador te pida.

Asentí. —Sí, mi príncipe.

Me miró fijamente por un momento, antes de darse la vuelta y tomar a Willow de la mano. —Muy bien, vas a ayudarme. Vamos.

RED



CON UNA SINCRONIZACIÓN PERFECTA, MAHAERU APARECIÓ JUSTO CUANDO ESTABA A PUNTO DE ordenar a un paje que preparara mi caballo. Aparte de cabalgar tan rápido como el viento, no había otra forma de llegar a la Corte de Verano.

Hasta que Mahaeru abrió un portal directamente al corazón de la Ciudad del Sol. Puede que las hadas de aquí no me conocieran lo suficiente, pero sí conocían a la diosa. En cuanto los soldados de las puertas del palacio la vieron, la hicieron pasar.

El rey Varian y la reina Layla nos recibieron en el gran salón. La última vez que los había visto a ambos fue hace casi un año, cuando vine a ayudarlos a derrotar a la bruja Sanna y sus ogros. Lo único que había cambiado desde entonces eran las coronas doradas sobre sus cabezas.

—Ese trono te sienta bien —bromeé mientras Varian se levantaba para saludarme.

Estrechó mi brazo con el suyo, agarrándolo con fuerza. —He oído lo que está pasando. Lo siento mucho.

Asentí. —Gracias. —Me volví hacia Layla y ella me ofreció una pequeña sonrisa. Su cabello rubio hacía juego con el brillo de la corona—. Creo que puedes ayudarnos.

—¿Con qué?

Saqué un pequeño frasco de mi bolsillo. —Esta es la medicina que usamos para ralentizar la propagación de la plaga marina y aliviar el sufrimiento de los afectados. Creo que con tu experiencia y magia, podrías hacerla más eficaz.

Tomó el frasco y lo levantó a la altura de sus ojos. —Quieres que la mejore, como... quieres que la transforme en una cura.

No era una pregunta. —Quiero que al menos lo intentes.

Layla cerró la mano alrededor del frasco y miró a Mahaeru. Abrió la boca, pero la cerró cuando la diosa giró la mano, revelando un anillo dorado con una piedra roja. —Lo necesitarás.

—Lo sé —susurró Layla. Con dedos temblorosos, tomó el anillo—. Pero volverás a buscarlo una vez que haya terminado, ¿verdad?

—Estaré contigo todo el tiempo —dijo Mahaeru, con un tono firme—. Cuando hayas terminado, tomaré el anillo y la cura de ti.

Las palabras de la diosa no pasaron desapercibidas para mí. —¿Has dicho una cura? ¿Entonces sabes que Layla tendrá éxito?

Mahaeru me lanzó una mirada molesta. —Paciencia, príncipe Redlen.

¿Paciencia? ¿Mientras mi hermano, mi pareja y muchas otras hadas estaban muriendo? Eso no solo era difícil, sino imposible.

—Debería poder hacerlo, pero llevará un tiempo —dijo Layla—. Un par de días, al menos.

Varian me agarró del hombro. —Eres bienvenido a quedarte mientras esperas.

Negué con la cabeza. —Agradezco la oferta, pero necesito volver. Hay mucho que hacer.

—Entiendo. —Varian retiró su mano.

Les agradecí profusamente, una sensación de alivio rondándome, pero no dejé que se acercara demasiado. Era demasiado pronto para eso.

Mahaeru abrió el portal para mí de nuevo, pero esta vez no vino conmigo. Solo, crucé y me puse a trabajar.

DURANTE LOS SIGUIENTES DÍAS, me mantuve ocupado como nunca antes lo había hecho. Envié exploradores para revisar el campamento y la barrera con frecuencia, y también recibí informes a lo largo del día. Los elfos marinos no se habían movido, lo que solo reforzaba mi idea de que estaban esperando el momento adecuado para atacar.

También visité los numerosos refugios improvisados y tiendas de campaña fuera de Masarn, donde se mantenían a las hadas evacuadas y enfermas. Les llevé ropa, comida, juguetes para los más pequeños y manos capaces para ayudar. Los sanadores que había enviado días atrás trataban a las hadas enfermas y se aseguraban de que estuvieran aisladas.

Las hadas me agradecían profusamente, y las sanas se aferraban a mis manos, como si pudiera ayudarlas más con un simple toque.

Me rompía el corazón ver lo que le había sucedido a mi reino, cuán profundo había caído, pero había esperanza en el horizonte. Layla sería capaz de crear una cura, y pronto todos, incluidos Blair y Lugh, estarían mejor.

Lo cual traía más problemas, pero acallé esos pensamientos antes de que comenzaran. No valía la pena detenerse en ellos todavía.

También visitaba a Lugh y Blair ya sea tarde en la noche cuando estaba a punto de acostarme, o temprano en la mañana, cuando me despertaba antes de que saliera el sol. Lugh apenas estaba consciente. Solo una vez estuvo despierto y me reconoció. —El príncipe rebelde ha vuelto —dijo, antes de volver a quedarse dormido.

Blair tampoco parecía estar bien. Su salud se deterioraba rápidamente, a pesar de la medicina, y no la había visto despierta, aunque Willow me aseguraba que tenía momentos lúcidos durante el día.

Pasaron dos días, luego tres, luego cuatro... y Layla aún no había enviado a Mahaeru con la cura. Empezaba a pensar que realmente no había funcionado, cuando finalmente, al sexto día después de haberle pedido un favor a la nueva reina de la Corte de Verano, se abrió un portal en uno de los patios del Palacio Oren, justo cuando yo estaba caminando por allí, tratando de despejar mi mente.

Mahaeru y Layla cruzaron el portal. Sonriendo, Layla se acercó a mí. Me entregó un frasco con un líquido verde oscuro. —Aquí está. Esto debería funcionar. —Tomé el frasco de sus manos—. Deberías probarlo. En caso de que no funcione, puedo hacer ajustes.

Cerré mi mano alrededor del frasco y lo sostuve con cariño. —Gracias.

—No me agradezcas todavía —dijo—. Ahora, ¿quién será nuestro primer voluntario?

BLAIR



A MEDIDA QUE PASABAN LOS DÍAS, MI ESTADO EMPEORABA CADA VEZ MÁS. NO SABÍA CUÁNTOS días habían transcurrido, pero Willow y Maize me lo decían cada vez que venían a visitarme. Yo lo olvidaba de inmediato, junto con todo lo demás que me decían. Cada vez me resultaba más difícil mantener la cordura y la consciencia. Lo único que quería era dormir.

Pero temía que uno de estos días no volviera a despertar.

Aunque intentaban ocultarme las malas noticias, exigí saber qué estaba sucediendo: muchos fae ya habían muerto a causa de la plaga del mar, Lugh seguía vivo pero en peor estado que yo, y Red se estaba volviendo loco esperando a Layla y la nueva medicina.

Cuando Willow me dijo que Layla y Mahaeru habían llegado y necesitaban un voluntario, me ofrecí.

—No —dijo Red desde la entrada de mi habitación. Cruzó los brazos y escondió el vial que llevaba—. De ninguna manera.

A su lado, Layla parecía un poco incómoda con toda la situación.

Ignorando a Red, Mahaeru entró en la habitación y se acercó a mi cama. Me aparté lo más que pude. —No te preocupes. No puedo infectarme —extendió su mano, mostrando otro vial—. Sabía que él no estaría de acuerdo, así que traje uno extra.

Miré a Red; su rostro bronceado palideció. Con cuidado, tomé el vial, lo destapé y bebí el líquido amargo antes de que pudiera protestar.

De inmediato, mi estómago se revolvió y me llevé una mano a él, segura de que vomitaría.

—Eso es parte del proceso —dijo Layla en voz baja—. Lamento no haber podido hacerlo más agradable.

—Está bien —murmuré con voz ronca. Respiré profundamente por la boca. Aunque fuera una poción mágica, no funcionaría en unos segundos, ¿verdad?

Sin apartar la mirada de mí, Mahaeru dijo: —Willow, llama al sanador.

La joven fae salió corriendo por el pasillo.

Red se puso tenso. —¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Tranquilízate, príncipe Redlen —dijo Mahaeru—. Lo necesitamos para confirmar si la nueva medicina está funcionando o no.

El sanador probablemente estaba ocupado al otro lado del palacio, atendiendo a los fae enfermos que realmente necesitaban su atención inmediata, y sin embargo, lo habían llamado para una de las damas nobles. Si no fuera por una buena causa, por algo que posiblemente pudiera curarnos a todos, me habría negado. Su tiempo estaría mejor empleado ayudando a otros, no a mí.

Los minutos pasaban. Red caminaba de un lado a otro por el amplio corredor exterior, Layla

permanecía en silencio bajo el marco de la puerta, y Mahaeru parecía una estatua sentada al borde de mi cama.

Cerré los ojos, tratando de sentir todo. ¿Estaba funcionando? ¿La fiebre estaba bajando? ¿El dolor disminuía? No podía saberlo, no todavía.

Algo tiraba en mi estómago. Se revolvió de nuevo y me llevé una mano a la boca. El dolor floreció junto con ello, extendiéndose rápidamente y apoderándose de mí como una tormenta.

Mis manos temblaban y manchas oscuras bailaban en mi visión.

Red se detuvo en la puerta. —Blair, ¿qué sucede?

El dolor estalló y ya no pude contenerlo más. Un grito desgarrador escapó de mi garganta y caí de espaldas sobre el colchón.

RED



DI UN PASO ADELANTE. MAHAERU ME SEÑALÓ CON EL DEDO. —QUÉDATE JUSTO AHÍ, PRÍNCIPE Redlen.

Apreté los labios, apretando los dientes y los puños. ¿Cómo quería la diosa que me quedara atrás cuando Blair se retorció en su cama, sufriendo?

—Esto... esto no debería estar pasando —dijo Layla, con los ojos muy abiertos.

¡Era su culpa!

Detuve ese pensamiento antes de que echara raíces. No era su culpa. Era mía. Yo había aceptado la idea de Willow, yo había ido tras Layla, y yo había creído en la diosa cuando parecía tan segura de que esto funcionaría.

Y ahora Blair estaba pagando por ello.

Blair jadeó y se quedó quieta.

Me abalancé hacia adelante. En un instante, Mahaeru apareció frente a mí. —Está bien.

Parpadeé. —¿Qué? —Miré por encima del hombro de la diosa. En su cama, Blair se incorporó—. ¿Qué está pasando?

Se llevó una mano a la frente. —Parece que la fiebre ha bajado. —Miró sus manos—. Ya no estoy temblando. —Me miró con una leve sonrisa en los labios—. Mi visión tampoco está borrosa. —Inhaló profundamente—. Y mi mente se siente despejada.

Layla aplaudió. —Está funcionando.

El ruido de pasos apresurados por el pasillo me hizo girar hacia la puerta. El sanador entró corriendo en la habitación, con Willow pisándole los talones. La joven fae se detuvo junto a la puerta con Layla, pero el sanador siguió avanzando hasta llegar junto a Blair.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, examinándola.

—Un poco cansada, hambrienta y sedienta, pero aparte de eso, me siento bien —dijo Blair, con voz ligera—. Mejor de lo que me he sentido en varios días.

Después de unos tensos minutos durante los cuales el sanador examinó la piel de Blair, sus ojos, e incluso tomó un poco de su sangre y la mezcló con algún reactivo mágico, finalmente se puso de pie y nos sonrió. —Está curada.

Mis rodillas temblaron de alivio. —¿Estás seguro?

El sanador asintió. —No hay rastros del virus en su sangre.

Esquivé a la diosa y en tres largos pasos llegué a la cama de Blair. Prácticamente me lancé sobre ella, la cama crujió con el repentino peso extra. Escuché voces apagadas mientras la diosa sacaba a los demás de la habitación, pero eso fue todo lo que noté, porque el resto de mi atención estaba en la fae entre mis brazos.

La abracé fuertemente contra mí. —Pensé que te perdería.

—Por un momento, yo también lo pensé. —Enterró su rostro en mi cuello e inhaló profundamente—. Es bueno abrazarte así. —Luego se apartó—. Pero tenemos trabajo que hacer.

—Espera, ¿qué?

Como si no hubiera estado al borde de la muerte hace un segundo, Blair se levantó de la cama. —Necesitamos llevar la cura a los otros fae, a Lugh. —Dio un paso y perdió el equilibrio.

—Woah. —De pie junto a ella, la agarré del codo y evité que cayera al suelo—. No quiero discutir, pero creo que debes tomarlo con calma.

—Estoy bien. —Apoyó una mano en mi pecho—. Solo un poco débil por estar en cama durante días. Me vestiré, comeré y beberé algo, y luego me pondré a trabajar. Y no puedes detenerme.

Blair se dirigió a la puerta que conducía a su armario. Aunque esta era solo su habitación de invitados, que rara vez usaba, estaba llena de muchas de sus cosas.

Dejé escapar un suspiro. —Lo sé, pero no puedes esperar que no me preocupe.

Me miró desde la puerta. —Mientras no me detengas, no me importa que te preocupes.

Negué con la cabeza. Sí, estaba preocupado, pero esa era una de las razones por las que la amaba tanto. Incluso cuando estaba enferma, Blair no se detendría si podía ayudar a nuestra gente.

Si tan solo todos fueran tan desinteresados y cariñosos como ella...

EL DÍA FUE ajetreado y rápido. Después de confirmar que la cura funcionaba, Layla regresó a la Corte de Verano para terminar de hacer más. Nos aseguró que solo tomaría un par de horas preparar cientos de dosis. Mientras tanto, Lennox, Maize, Willow y yo organizamos a los fae enfermos para poder administrarles la cura más rápidamente. A pesar de las recomendaciones del sanador de tomarlo con calma, Blair lo ignoró y se unió a nosotros. Los fae estaban encantados de verla bien de nuevo. Les dio esperanza, lo cual significaba todo en este momento.

Más tarde ese día, Layla, Varian y un puñado de sus soldados trajeron docenas de cajas llenas de viales: la cura.

Agarré el brazo de Varian. —No sé si alguna vez podré pagarte por esto.

Varian negó con la cabeza. —Primero, ya nos ayudaste cuando estábamos luchando contra Sanna. Segundo, estamos haciendo esto porque queremos.

Abracé a Layla y le agradecí también. Dijo que se quedaría en espera, en caso de que algo saliera mal o aparecieran efectos secundarios inesperados. —Solo envía a Mahaeru a buscarme.

—Lo haré —le aseguré—. Gracias de nuevo.

Se fueron, y trabajamos sin parar hasta que cada fae enfermo recibió la cura, la tomó y comenzó a mostrar signos de estar sanando. Algunos experimentaron el mismo dolor y malestar que Blair había tenido, pero la mayoría no.

Luego, Blair y yo llevamos la cura a Lugh.

El sanador tuvo que abrir la boca de mi hermano y verter la cura dentro, ya que estaba inconsciente, con fiebre alta. Según el sanador, sin la cura, Lugh podría haber durado uno o dos días más, como máximo.

Sostuve la mano de Blair mientras esperábamos al otro lado de la habitación, con los ojos fijos en Lugh.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Lugh tomó una profunda bocanada de aire, abrió los ojos y se sentó en la cama.

—¿Qué está pasando? —preguntó, mirando alrededor. Me vio y frunció el ceño—. ¿El príncipe rebelde ha vuelto?

Me reí entre dientes. Ya me había dicho eso antes, pero estaba tan fuera de sí que no lo recordaba. Cohibido, solté la mano de Blair y me acerqué a su cama.

—¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera tenido que cruzar las montañas desnudo y desarmado, con una manada de lobos salvajes pisándome los talones —El color volvía a sus mejillas, junto con su humor seco—. No recuerdo mucho, aunque sé que los elfos marinos me capturaron y estaba enfermo con la plaga —Frunció el ceño—. ¿Cómo es que me siento mejor ahora?

Me senté en la cama junto a él y comencé a contarle todo lo que sabía. Mientras tanto, Blair llamó al sanador para que revisara al príncipe heredero, e hizo que trajeran alimento a sus aposentos. Maize y Willow también vinieron a verlo, y más tarde Maize trajo a nuestra madre. La reina Aurelia parecía de mejor humor con sus tres hijos bajo sus alas.

En ese momento, Blair llamó a Willow y las dos salieron de la habitación, dejándonos solos.

Como Lugh había estado al borde de la muerte, estaba demasiado débil para levantarse o incluso hablar por mucho tiempo, así que permaneció en la cama mientras cenábamos con él en sus aposentos. Se sentía incómodo y forzado, pero al mismo tiempo, era agradable. Era como si fuéramos niños otra vez. Lo único que faltaba era nuestro padre.

ESA NOCHE, no pude dormir.

Había demasiado en mi mente y ningún camino claro por delante.

Lugh estaba demasiado débil y lo estaría por unos días más, lo que significaba que no podía simplemente levantarse y liderarnos en la batalla contra los elfos marinos.

Estaba vivo, lo que significaba que seguía siendo el príncipe heredero, y Blair seguía siendo su prometida.

Y ella seguía siendo mi pareja.

Me paré frente a una ventana abierta en mis aposentos, mirando la ciudad abajo, las luces parpadeantes de las pocas ventanas iluminadas y las farolas, dando un cálido resplandor a la noche. Arriba, los cielos oscuros estaban salpicados de millones de estrellas, la luna una línea creciente en el horizonte.

Detrás de mí, la puerta se abrió, y supe quién era sin mirar. Podía sentirla, dónde estaba y hacia dónde iba, como si hubiera una línea que nos conectara, dejándome saber qué tan lejos o cerca estaba de mí, desde que el vínculo de pareja se formó.

Quería alcanzarla, abrazarla, sostenerla, besarla, llevarla a mi cama... pero se sentía mal. Aunque ella era mía, ahora estaba mal.

Me mantuve firme mientras Blair se acercaba y se detenía a mi lado, su rostro también mirando hacia adelante.

—¿Cómo estás? —preguntó, sus palabras casi un susurro perdido en la noche.

Suspiré.

—No lo sé —confesé. Si me hubiera hecho esta pregunta hace dos semanas, le habría dicho que no era asunto suyo. Pero las cosas habían cambiado desde entonces—. Me siento perdido.

Ella asintió.

—Lo entiendo. Siento como si estuviera en un remolino, hundiéndome cada vez más rápido. Solo puedo imaginar que es peor para ti.

Era malo para ambos. Aunque yo era el que empujaba el reino hacia adelante ahora, tratando de liderarlo y ayudarlo, las responsabilidades de Blair no estaban muy por detrás de las mías. Ella era una vez más la futura reina, después de todo.

Y esa era una de las razones por las que quería tratar nuestra situación al final.

—Mi prioridad son nuestros enemigos —le dije, aunque, en el fondo, sabía que eso era yo tratando de convencerme del curso de acción correcto.

Ella asintió de nuevo.

Nos quedamos en silencio por un rato, de pie uno al lado del otro, observando las estrellas brillar en el cielo nocturno, encontrando consuelo en la compañía del otro.

—Red —susurró Blair, rompiendo el silencio. La miré de reojo—. Sobre los elfos marinos...

Me giré, dándole toda mi atención.

—¿Sí?

Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—Tengo un plan.

BLAIR



RED PUSO MI PLAN EN MARCHA DE INMEDIATO. NI SIQUIERA DURMIÓ ESA NOCHE. YO TAMPOCO, A decir verdad. Empezamos a trabajar de inmediato, convirtiendo mi plan en realidad para poder ganar esto.

Los refugios fuera de Masarn fueron trasladados más adentro del reino, pero las tiendas y pertenencias permanecieron. La totalidad de Masarn también fue evacuada, haciendo que la capital pareciera una ciudad fantasma. Maize, la reina y Lugh no querían abandonar el palacio, pero además de parecer convincente, teníamos que mantenerlos a salvo. Lugh argumentó que quería luchar, pero cuando Red le puso una espada en la mano para que demostrara que no sería una carga, Lugh apenas pudo sostenerla. Entre casi morir por sus heridas durante esa primera batalla y la enfermedad, Lugh aún estaba demasiado débil. Pero se estaba recuperando más y más cada día. Con el tiempo, estaría bien.

Cuando todos se habían ido y estaban listos, Red convocó a los soldados estacionados cerca de la costa. Abandonaron el campamento, e incluso los soldados que formaban la barrera se retiraron.

Todo esto llevó unos días, pero Red y yo sabíamos que teníamos algo de tiempo. Después de todo, los elfos marinos estaban esperando que la enfermedad acabara con todos nosotros, ¿no es así?

Finalmente, después de tres días de llamar de vuelta a los soldados, nuestros exploradores enviaron noticias: los elfos marinos estaban en movimiento. Hicimos un último recorrido por Masarn y el Palacio Oren, nos aseguramos de que las casas estuvieran vacías y que todos los faes estuvieran a salvo, luego esperamos.

En un día inusualmente gris, más frío que la mayoría, los vimos avanzar hacia las puertas de Masarn, como si fueran los dueños del lugar. Pensaban que a estas alturas, todos habíamos sido infectados y habíamos muerto. O que la gran mayoría de nuestra población lo había hecho. Creían que no tendrían que luchar contra nosotros. Todo lo que tenían que hacer era tomar.

Irrumpieron en la capital. Algunos elfos marinos corrieron adelante, entrando en casas u otros edificios, buscando vida. No había ninguna: estábamos escondidos en áticos y en tejados, donde no podían vernos.

A mi lado, Red observaba desde una ventana borrosa en el último piso de uno de los edificios más altos, cerca de la puerta interior que conducía al palacio. Teníamos un puñado de soldados con nosotros, ya que había otros en posiciones similares alrededor de la ciudad, pero la mayoría de los soldados estaban más allá de las murallas interiores, esperando nuestra señal.

Vimos a los elfos marinos avanzar, sus líderes al frente de la línea. Cuando cruzaron las puertas interiores, estas se cerraron tras ellos, dejando a la mayoría de sus soldados atrás.

El caos se desató.

Los elfos marinos de este lado de las puertas rugieron. Arremetieron con sus armas contra las puertas, tratando de romperlas. Algunos intentaron escalarlas, otros corrieron a lo largo de los muros, intentando encontrar un punto débil.

—Es hora —dijo Red. Se volvió hacia mí, con la pequeña moneda que Mahaeru le había dado en la mano. Presionó la moneda entre dos dedos y se abrió un portal. Era algo de un solo uso, según la diosa.

Los soldados pasaron primero, luego yo, y por último Red.

Salimos en los escalones frontales del palacio, con el patio abierto ante nosotros y los soldados de Otoño rodeando a dos docenas de elfos marinos confundidos.

Desde el otro lado de la muralla interior, oímos la confusión de los elfos marinos y el golpe insistente de un improvisado ariete.

Con el pecho hinchado, Red se acercó a ellos.

Yo lo seguí de cerca.

—Nos engañaron —dijo uno de los elfos marinos entre dientes, con un acento marcado. Por el aspecto de su armadura y su postura, no era uno de los jefes. Era el líder: Su'jin. Dio unos pasos adelante, pero las puntas de las lanzas que sostenían nuestros soldados lo detuvieron—. Bien jugado.

—Ríndete —dijo Red.

Su'jin se rio entre dientes.

—¿O qué? ¿Crees que puedes derrotarnos?

—Sé que puedo —respondió Red, serio.

Los ojos de Su'jin ardieron.

—Quiero verte intentarlo.

Una sonrisa maliciosa adornó los labios de Red.

—Será un placer.

RED



ME ACERQUÉ AL CÍRCULO DE HADAS QUE RODEABAN A LOS ELFOS MARINOS EN EL PATIO delantero del palacio.

Los soldados se hicieron a un lado, creando un espacio lo suficientemente amplio para que yo pasara. Su'jin entrecerró los ojos y levantó su hacha. Si me atacaba ahora, estaría muerto en segundos; era lo suficientemente inteligente para saberlo. Podía verlo en sus ojos, cómo calculaba las probabilidades de matarme antes de que los demás pudieran matarlo. Pero, ¿de qué serviría eso? Los otros elfos marinos también serían asesinados en segundos y, después de derrotar a los líderes, estaba seguro de que podríamos someter a los del otro lado del muro interior también.

Su'jin se mantuvo firme.

—¿Qué estás haciendo?

—Mostrándote esto —saqué un pequeño vial del bolsillo de mi chaleco y se lo enseñé—. Es un suero diseñado para matar a los de tu especie en cuestión de segundos.

Su'jin retrocedió.

—Estás mintiendo.

—¿Te gustaría una demostración? —chasqué los dedos.

Lennox y el General Barric se adelantaron y agarraron a uno de ellos: el elfo marino que casi había matado a Lugh y Blair. Ta'hun. No tenía idea de los rangos exactos de los elfos marinos, pero sabía que este en particular estaba justo por debajo de Su'jin.

Ta'hun forcejeó contra el agarre de Lennox y el General Barric, gritando en su idioma, probablemente pidiendo ayuda a Su'jin. Pero Su'jin lo ignoró. Sage se acercó al grupo y ayudó a Lennox y al General Barric. Los tres sometieron a Ta'hun, obligándolo a arrodillarse. Sage le sujetó el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. El elfo marino gritó. Antes de que supiera lo que estaba pasando, destapé el vial y vertí el líquido en su boca.

Ta'hun lo escupió, pero estaba seguro de que la mayor parte había bajado por su garganta. Estaba acabado.

Lennox, el General Barric y Sage soltaron a Ta'hun y retrocedieron. El cuerpo del elfo marino empezó a temblar.

—¿Qué está pasando? —preguntó, con los ojos muy abiertos. Cayó hacia adelante en el suelo, su cuerpo convulsionando.

—¡Miren! —otro elfo marino señaló al que se retorcía en el suelo. Su piel se oscureció y empezó a humear, como si se estuviera quemando desde el interior. Todos retrocedieron, como si fuera contagioso. No lo era, pero no necesitaban saberlo.

Ta'hun se quedó quieto, con los ojos muy abiertos, la boca abierta, su cuerpo inerte.

Todo esto había sido idea de Blair. Fingir que la mayoría de nosotros habíamos sido infectados y habíamos muerto o enfermado tanto que no podíamos luchar. Hacer que la capital pareciera una ciudad fantasma, como si ya estuviéramos muertos. Esconder a los soldados y esperar. Pedirle a Layla que creara un suero fatal para los elfos marinos, pero inofensivo para nosotros.

A pesar del lado oscuro de su plan, nunca había estado más orgulloso de Blair. Ella sola podría liderar este reino y este ejército. No necesitaba a un hada macho a su lado.

Levanté el vial vacío.

—Tengo miles de dosis más. Puedo mojar las flechas y nuestras espadas con ellas y matarlos a todos.

Su'jin miró del cuerpo muerto a mí. Del cuerpo muerto a mí, varias veces.

—¿Qué quieres?

Di otro paso más cerca.

—Quiero que abandonen mi tierra y nunca regresen —le mostré el vial de nuevo—. Si lo hacen, estaremos esperando. La próxima vez, no darán ni dos pasos en nuestras playas antes de que los matemos a todos.

Su'jin me miró fijamente, probablemente tratando de encontrar el engaño en mis palabras. No había ninguno. Por mucho que me repugnara haber elegido a Ta'hun y haberlo matado —habría preferido que fuera durante una pelea justa— era un mal necesario. Si quería evitar cientos de muertes más, tenía que hacer esto. Tenía que demostrarles que éramos tan despiadados como ellos.

Otro elfo marino se acercó a Su'jin y le susurró al oído.

Un momento después, Su'jin me hizo un gesto de asentimiento.

—Bien —ladró, claramente descontento—. Nos iremos.

—Y nunca volverán —añadí.

Su'jin dudó.

—Nos iremos y nunca volveremos.

—Bien —reprimí un suspiro de alivio. No quería mostrarles ningún signo de debilidad o compasión, pero estaba realmente contento de que hubiera aceptado el trato, ya que estaba cansado de las batallas sangrientas. Recé para que cumpliera su palabra y nunca tuviera que usar el suero—. Los escoltaremos de vuelta a sus barcos.

BLAIR



RED Y NUESTROS SOLDADOS DESARMARON A LOS ELFOS MARINOS Y LOS ATARON CON CUERDAS Y cadenas reforzadas, luego los escoltaron hasta la costa. Yo me quedé en la capital para ayudar a los fae a regresar a sus casas y tiendas. A los fae que habían acampado fuera de la capital se les instruyó que permanecieran allí unos días más, para darle tiempo a Red de enviar lejos a los elfos marinos.

También ayudé en el palacio ya que la Reina Aurelia todavía estaba un poco desorientada, Lugh demasiado débil, Maize no tenía ni un hueso diplomático en su cuerpo, y Willow era demasiado joven.

Pasó una semana entera. Los fae en los campamentos se fueron, los soldados estacionados en la capital regresaron a la guarnición, Lugh se sentía más fuerte cada día, pero Red no había regresado.

Le estaba dando el beneficio de la duda. No había enviado ni una carta, ni una respuesta. Me imaginaba que estaba cabalgando arriba y abajo de la costa, escudriñando cada centímetro de tierra y océano, asegurándose de que todos los elfos marinos realmente se hubieran ido.

De lo contrario, ¿por qué no había vuelto aún? No me permití ir por ese camino. Me aferré a la creencia de que todavía estaba allí afuera, cuidando de nuestro reino y nuestra seguridad. Pronto, regresaría al Palacio Oren.

¿Verdad?

Cuando la segunda semana llegó y pasó, mi fe en él comenzó a flaquear. Pregunté al General Barric y a otros soldados sobre su paradero, y todos me dieron la misma respuesta: Red se había quedado para asegurarse de que todo estuviera bien, pero envió a los soldados de vuelta a sus puestos.

Así que había tenido razón.

Me aferré a eso hasta que pasó una tercera semana. Entonces, a pesar de estar ocupada con la vida real, comencé a desmoronarme.

El peor momento fue cuando la Reina Aurelia nos invitó a tomar el té. Se sentía como si nos hubiéramos saltado las últimas semanas y estuviéramos de vuelta a antes de la invasión de los elfos marinos, la casi muerte de Lugh, el regreso de Red y el vínculo de pareja. Incluso mi madre había sido invitada, para su deleite.

La cabeza de la Reina Aurelia estaba peor que nunca.

—Lugh, querido, te ves tan demacrado —dijo con una suave sonrisa—. ¿Has estado comiendo bien?

Mi pecho se apretó. La Reina Aurelia no recordaba que los elfos marinos habían estado a su puerta hace apenas unas semanas. No recordaba que habíamos tenido una ceremonia para llorar

la muerte de Lugh, y que Red había estado aquí, manejando las cosas lo mejor que podía dadas las circunstancias. No recordaba que habíamos encontrado a Lugh vivo, pero enfermo con la plaga marina, que el palacio había sido puesto en cuarentena, que yo también había estado enferma, y todo lo demás después de eso. Me alegraba que no recordara nuestro sufrimiento y nuestra preocupación, pero no me gustaba verla desmoronarse así.

Lugh me miró de reojo, sentado a mi lado, luego a Maize, quien a menudo tenía lágrimas contenidas en los ojos. El príncipe heredero se aclaró la garganta antes de sonreír a su madre. —Sí, Madre. Estoy comiendo bien.

—Entonces, ¿cuándo tendremos la boda? —preguntó ella.

Fue como un puñetazo en el estómago. Desde la recuperación de Lugh, no habíamos hablado de nuestro compromiso. Evitábamos el tema mientras trabajábamos para poner el reino de nuevo en pie.

A mi lado, Lugh cambió de peso, visiblemente molesto por la pregunta.

—Oh, Reina Aurelia —comenzó mi madre, sorprendiéndome—. Todavía hay mucho que hacer después de toda esa lucha y la enfermedad.

La reina entrecerró los ojos mirando a mi madre. —¿Lucha? ¿Enfermedad?

—¡Madre! —siseé.

Mi madre se llevó una mano a la boca y me miró fijamente, con los ojos enormes. —Lo siento —articuló sin voz.

—Nada, Madre. —Maize tomó la mano de su madre y la palmeó—. No es nada. ¿Quieres más té? —Alcanzó la tetera, pero su doncella se adelantó y lo hizo por ella.

Pero eso había hecho el truco. La frágil mente de la reina se desvió hacia el té y las galletas, y olvidó una vez más la lucha y la enfermedad.

El resto de la tarde fue tensa y larga. Finalmente, cuando llegó el momento de irnos, Lugh me llamó para hablar con él. Mi madre y Jora se adelantaron al carruaje y me esperaron —había vuelto a la casa de mis padres ahora que todo había vuelto a la normalidad— y yo seguí a Lugh a la galería, donde varios retratos al óleo de sus antepasados en marcos dorados adornaban las paredes.

En el centro de la habitación, Lugh se volvió hacia mí. Se veía mucho mejor desde que se había curado de la plaga marina. Sus ojos eran cálidos y su sonrisa era amable, pero había un hueco en sus mejillas que no estaba antes, y su piel parecía pálida. El sanador nos había dicho que podría no ser tan fuerte como antes, pero estaba sano. Eso era todo lo que importaba.

—Parece que el príncipe rebelde se ha ido de nuevo —dijo Lugh.

Fruncí el ceño, preguntándome a dónde quería llegar con este tema. —No creo que le guste que lo llamen así.

—Lo sé, pero no puedes negar que le queda bien. Una vez más, se fue sin decir una palabra, como un fantasma.

—Estoy segura de que tiene sus razones —dije, con un tono más cortante de lo que me hubiera gustado. ¿Por qué estaba defendiendo a Red? No merecía mi protección.

—Blair —comenzó Lugh, con voz baja. Aunque parecía que no había nadie alrededor, ambos sabíamos que nunca estábamos realmente solos—. He estado evitando esta conversación, pero solo nos está causando más dolor.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Dejó escapar un largo suspiro.

—Redlen es tu pareja destinada, ¿verdad?

Me quedé inmóvil. Mi primer instinto fue negarlo, pero ¿a dónde me llevaría eso? Este era Lugh, uno de mis amigos más antiguos y alguien a quien quería demasiado.

—Sí, lo es.

—Lo sabía —juntó las manos detrás de la espalda—. Para ser honesto, pensé que Redlen y tú serían pareja desde que éramos jóvenes. Cualquiera podía ver cómo te miraba, cómo parecíais gravitar el uno hacia el otro. Era difícil no verlo —apretó los labios—. Pero cuando nuestros padres arreglaron nuestro compromiso, me quedé desconcertado. No me lo esperaba y me llevó mucho tiempo reaccionar. Para entonces, Redlen ya se había ido.

Eso fue una sorpresa.

—¿Intentaste romper el compromiso?

Lugh asintió.

—Lo hice, pero nuestros padres estaban encantados con la idea. Y... confieso que después de que Red se fuera y empezáramos a pasar tiempo juntos, entendí su decisión. No me malinterpretes. Por mucho que esperara enamorarme de ti y tú de mí, eso no sucedió, pero pude ver lo bien que trabajábamos juntos, cuánto te preocupabas por el reino, por nuestros fae. Serías una reina fabulosa.

A pesar de todo, sentí que el calor se extendía por mis mejillas. No esperaba un cumplido de Lugh, ni de nadie, en realidad.

Pero sus palabras no pasaron desapercibidas.

—Dijiste que sería... ¿qué quieres decir?

—No puedo obligarte a casarte conmigo, Blair. Porque seamos sinceros, fue un acuerdo entre nuestros padres, no entre nosotros. Ahora somos mayores, más sabios espero, y no necesitamos hacernos esto a nosotros mismos —dio un paso más cerca y tomó una de mis manos entre las suyas—. Te tengo un inmenso respeto. Me siento honrado de tenerte como mi prometida, y te quiero, pero como amiga, compañera, como una igual. Solo que no como amante. No quiero que te cases conmigo si preferirías estar con Red.

Mi pecho se apretó, luego se expandió y tomé una profunda bocanada de aire. Sentía lo mismo.

—Gracias por tener en cuenta mi opinión y mis sentimientos —porque a nuestros padres y al consejo no les importaban mis opiniones ni mis sentimientos. Apreté sus manos con fuerza—. Quiero trabajar por el bien de nuestro reino. Sé que puedo hacer más por nuestros fae, pero...

—Te entiendo —asintió—. Déjame asegurarte una cosa: puede que no te conviertas en reina, Blair, pero siempre tendrás un lugar aquí. De hecho, te nombraré consejera real. Un título oficial que acompañe todo lo que sé que aún puedes hacer por la Corte de Otoño.

Sonreí.

—Me gusta eso.

—Sabía que te gustaría.

Retiré mis manos de las suyas.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

Lugh cuadró los hombros.

—Dirigiré este país. Incluso podría hablar con mi madre y convencerla de que ceda la corona. Es hora de que descanse. Mientras tanto, mantendré los ojos y el corazón abiertos, y con suerte algún día también encontraré a mi pareja destinada y la convertiré en mi reina.

Me gustó esa idea.

—Celebraré cuando eso suceda.

—Gracias —me miró a los ojos—. ¿Qué harás ahora?

Me encogí de hombros.

—No estoy segura, pero cuando encuentre a tu hermano, le voy a patear el trasero.

Una sonora carcajada brotó de los labios de Lugh.

—Me gustaría ver eso.

RED



HABÍA PERDIDO LA CABEZA POR UN MOMENTO.

Como un cobarde, había abandonado el Palacio Oren una vez más. Con la excusa de escoltar a los elfos marinos de vuelta a sus barcos, me quedé atrás y no regresé. Al principio, me dije a mí mismo que me estaba asegurando de que todos los elfos marinos se fueran, que nadie más estuviera escondido en la fortaleza, en la costa y en los bosques. Recorrí el reino, ansioso por asegurarme de que cada hada estuviera a salvo.

Pero me estaba engañando. Escondiéndome.

Casi tres semanas después de que dejamos Masarn, Lennox y yo acampábamos en medio del bosque después de haberlo registrado durante casi diez horas; habíamos dividido el bosque en secciones y hacíamos una por día.

Lennox giró la ardilla ensartada sobre el fuego. Desde hacía días, podía sentir que se estaba guardando algo. Cada vez que le preguntaba qué le pasaba, me respondía bruscamente, diciendo que no pasaba nada.

Finalmente, esa noche, explotó.

Arrojó una pequeña rama al fuego y se puso de pie.

—Estoy harto de esto.

Lo miré fijamente desde el otro lado del fuego. Ojalá pudiera decir que estaba sorprendido, pero no lo estaba.

—¿A qué te refieres?

—Ser tu mejor amigo apesta ahora mismo —dijo—. Entiendo que las cosas están difíciles en la capital, pero ¿en serio vas a hacer esto de nuevo? ¿Cuántos años planeas esconderte esta vez?

—Bajé la mirada hacia el fuego—. Me quedé contigo. Porque soy tu amigo, pero también porque quería hacerme un nombre. Soy conocido en todo el reino, óxido, en todo Wyth gracias a ti, y siempre estaré agradecido por eso, pero no quiero pasar la próxima década acampando en bosques húmedos y comiendo bichos. —Pateó el fuego, lanzando tierra hacia nuestra cena. No podía decir que me importara—. Quiero volver, tomar mi lugar en el ejército en la capital y quedarme allí. —Hizo una pausa. Sus hombros se hundieron un poco—. Desearía que vinieras conmigo.

—No puedo —murmuré.

Lennox asintió. Dejó escapar un suspiro.

—Si alguna vez me necesitas, estaré ahí para ti. Adiós por ahora, Red.

Se transformó en su zorro y desapareció en la noche.

Cuando me quedé solo en la casi oscuridad con una cena arruinada y un bosque silencioso, me permití pensar y sentir. Durante semanas, había estado reprimiendo todo, *todo*, ignorándolo

por completo. Quería moverme, correr, hacer algo, sentirme útil y ocupado para que estos pensamientos y sentimientos no me encontraran.

Era hora de dejar de huir.

Y una vez que permití que los pensamientos y sentimientos llegaran, no se detuvieron. Un dolor comenzó en mi pecho, un dolor profundo que había estado alimentando. Lennox tenía razón. Era un maldito cobarde. Escondiéndome en este maldito bosque mientras mi pareja estaba junto al futuro rey, siendo arrastrada a un futuro al que yo no podía llegar.

No, no podía permitir que eso sucediera. No había luchado lo suficiente por ella la primera vez. No podía cometer el mismo error.

Apagué el fuego, deseché mi cena para que algún animal la encontrara y me convertí en mi zorro. El primer paso fue el más difícil.

Corrí de vuelta al Palacio Oren.

LLEGUÉ al patio delantero del palacio después de dos días y noches corriendo casi sin parar. Estaba sucio, cansado y sudoroso, pero no me importaba. No en este momento.

Todavía en mi forma de zorro, crucé las puertas interiores —los guardias me reconocieron de inmediato— y vi cómo Lugh llevaba a Blair desde la entrada del palacio hasta el carruaje de su familia, estacionado a unos metros de las escaleras frontales. Él le estaba tomando la mano.

Una punzada de celos apretó mi pecho.

Me vieron venir y se detuvieron.

Blair soltó la mano de Lugh.

—¿Red? —preguntó, con una mirada incrédula.

Me transformé en mi forma de hada y me acerqué a ellos.

—Llego tarde, pero estoy aquí. —Alcancé a Blair y rodeé su muñeca con mi mano. La atraje hacia mí—. Lo siento, Lugh. No puedo dejar que te cases con ella. Es mi pareja.

A nuestro alrededor, los guardias, pajes y doncellas se habían quedado en completo silencio. Incluso la madre de Blair, que esperaba dentro del carruaje, estaba conmocionada.

—Red...

—No, déjame terminar —interrumpí a mi hermano antes de que pudiera protestar—. He sido estúpido, tratando de ignorar mis sentimientos, pero ya no puedo más. Amo a Blair. Soy su pareja y preferiría morir antes que verla con alguien más. Incluso si eres tú.

Blair rodeó mi brazo con los suyos y apoyó su barbilla en mi brazo superior.

—Por fin has entrado en razón.

La miré fijamente. Luego a Lugh. ¿Por qué no estaba protestando? ¿Por qué ella se aferraba a mí sin al menos explicarle las cosas a Lugh?

—¿Qué está pasando? —pregunté en voz baja.

Lugh se rio.

—Rompiamos el compromiso, idiota. Aún no lo hemos anunciado.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Qué?

Lugh me explicó sobre su conversación, y mientras sus palabras se hundían, mi pecho se sentía cada vez más ligero. No pude evitar la sonrisa que se extendió por mis labios. Me volví hacia Blair.

—¿Es esto cierto?

Ella asintió, sus ojos ámbar brillando bajo la luz del sol. —Es cierto—. Entonces, apareció un ceño entre sus cejas. Me dio un puñetazo en el hombro—. Pero te mereces una paliza. Me dejaste otra vez.

—Lo sé, lo sé—. Sostuve sus manos entre las mías—. Fui estúpido y me sentía culpable. Pero estaba equivocado—. La atraje hacia mí y ella se acercó, sin resistencia alguna—. Pero estoy aquí ahora, y no me iré a menos que me lo digas. Y aun así, podría discutirlo.

Con una nueva sonrisa, Blair se acercó a mí y acunó mi rostro. —Por fin.

Me incliné hacia ella y apoyé mi frente en la suya. —Te amo, Blair. Te he amado desde que éramos jóvenes, y ni siquiera sabía lo que era el amor.

—Yo también te amo, gran tonto.

Me reí.

—¿Qué? ¡No! —protestó su madre desde dentro del carruaje. Se inclinó hacia la puerta y nos señaló con el dedo—. Eso es inaceptable. Blair, estás prometida al príncipe Lugh. ¡Serás reina!

Blair se enderezó y enfrentó a su madre. —Ya no.

—Pero... —El rostro de su madre decayó—. Quieres ser reina.

—Quiero servir a los fae de la Corte de Otoño —dijo Blair—. No necesito ser reina para eso.

—La he nombrado consejera de la corona —explicó Lugh. Por su sonrisa, estaba orgulloso. Yo también lo estaba—. En cuanto a ti—. Me miró y la diversión abandonó su rostro—. Podría hablar y hablar sobre lo estúpido que eres, pero sé que no eras tú mismo las últimas semanas—. Dio un paso hacia mí—. Olvidemos eso y sigamos adelante desde aquí. Cuando éramos más jóvenes, hablamos de que fueras mi comandante. Luego te fuiste. Intenté liderar el ejército, pero ya no puedo. Aunque estoy en buen estado de salud, todavía estoy débil y el sanador ha empezado a pensar que es permanente—. Dejó escapar un suspiro—. Te necesito. Necesito que te quedes aquí, que seas mi comandante—. Nos miró a Blair y a mí—. Con ustedes dos a mi lado, estoy seguro de que haremos grandes cosas por nuestro reino.

Miré a Blair y ella asintió. ¿Cómo podía decir que no a eso?

Asentí. —Me quedaré.

SEIS MESES DESPUÉS

BLAIR



LA CEREMONIA NO PODRÍA HABER SIDO MÁS HERMOSA. SI ALGUIEN ME PREGUNTARA, DIRÍA QUE mi boda con Red había sido más elegante y feliz que la coronación de Lugh hace un par de meses, pero quizás estaba siendo parcial.

En el centro del salón de baile, Red me hizo girar bajo su brazo, alejándome por medio segundo, para luego atraerme de vuelta, sosteniéndome fuertemente entre sus brazos. Me sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa. Se veía tan apuesto con su traje marrón oscuro con bordados rojos. Su rostro estaba recién afeitado y su cabello había crecido. Lo llevaba recogido en una cola suelta en la nuca.

En cuanto a mí, había intentado optar por un enfoque más sencillo para todo, pero con la Reina Aurelia mostrando un entusiasmo que no esperábamos de ella, y los mimos de mi madre, decidí dejar que me consintieran. Después de todo, esto era algo único en la vida. Podía vivir con ello. Pero al final, me enamoré de mi elegante vestido blanco con sus finos detalles en color burdeos y cristales. Mi cabello rojo había sido recogido en un elaborado moño detrás de mi espalda, con la mitad cayendo en rizos.

El salón de baile seguía un tema similar con blanco, marrón y rojo oscuro dominando el lugar. Siempre pensé que el lugar era grandioso y hermoso con sus arcadas de madera rústica y candelabros, las enredaderas rojas y naranjas trepando por las paredes, y los suelos oscuros y lisos. Pero con las mesas adicionales y sus centros de mesa naranja y rojo, las sillas de madera rústica, los cubiertos dorados, el salón de baile se sentía encantado.

Mahaera había organizado la ceremonia y oficiado nuestra boda en una sala llena de rostros amigables, rostros que ahora estaban alrededor de la pista de baile, observando mientras Red y yo bailábamos nuestro primer baile como pareja casada.

Mientras girábamos, los vi a todos. El Rey Cadewyn, la Reina Amber y la Princesa Chiara, hermana de Cade, de la Corte de Invierno. La Reina Hayley y el General Ashton de la Corte de Primavera. El Rey Varian, la Reina Layla y la ex Reina Natsia de la Corte de Verano. El Príncipe Nox y la Princesa Amaya de la Corte de la Noche. El Rey Tenen y la Reina Hemera de la Corte del Día.

Habíamos invitado a fae de todo Wyth, pero algunos no habían respondido. Ese era el caso del Rey Altan y la Reina Zora de la Corte del Amanecer quienes, después de retroceder cuando Vasant amenazó con destruir la Corte de Primavera, decidieron desaparecer dentro de su propio reino. No habíamos tenido noticias de ellos desde entonces.

Desde aquí, también podía ver a Willow junto a la Princesa Maize, y la Reina Aurelia con ellas. A su otro lado estaban el Rey Lugh y Gaia, la joven bibliotecaria de quien una vez se había enamorado. La había encontrado trabajando en un pequeño pueblo en la frontera del reino y le

había ofrecido un trabajo en la biblioteca del palacio. Ella lo había aceptado de inmediato, y desde entonces, los había visto caminando juntos por los patios del palacio a menudo. Debido a que era rey, Lugh la estaba cortejando lentamente y según las reglas. Deseaba que ella fuera la indicada para él y que pronto se emparejaran. Podríamos usar otra boda como esta en seis meses, o un año.

Junto con la familia real estaban mis padres, Jora y Sage. Mi padre parecía interesado en el evento, mientras que mi madre y Jora tenían pañuelos en sus manos y frecuentemente se secaban los ojos. Sage se veía estoico como siempre, aunque lo había visto sollozar una vez durante la ceremonia.

—¿Te dije que te ves ridículamente hermosa en ese vestido? —preguntó Red, con voz baja.

Mi atención volvió a él. —No. —Sí, lo había hecho. Varias veces. Simplemente me gustaba escucharlo decirlo.

—Si esta no fuera nuestra fiesta y no estuviéramos entreteniendo a todos estos fae, te llevaría a nuestras habitaciones ahora mismo. —El brillo en sus ojos se oscureció con deseo.

Un delicioso escalofrío recorrió mi espalda.

Por mucho que quisiera irme con él ahora mismo, nos quedamos hasta el final de la recepción. La pista de baile se abrió, nuestros amigos y familiares se unieron a nosotros. Red y yo bailamos con innumerables fae, comimos deliciosa comida, bebimos un poco, charlamos con todos, reímos a menudo y bailamos más.

Había sido un día hermoso y conmovedor.

Como anfitriones responsables, Red y yo nos quedamos en el salón de baile hasta que el último invitado se fue. Luego, tomados de la mano, caminamos por los pasillos del palacio hacia nuestras habitaciones. Normalmente, Sage y Lennox nos acompañaban a donde fuéramos, pero esta noche no lo habían hecho. Pero sabían que con los muchos guardias apostados a lo largo del corredor del palacio, no había necesidad de preocuparse por nosotros.

Red y yo entramos a nuestras nuevas habitaciones. Red cerró la puerta y se volvió hacia mí. Tomó mis manos entre las suyas y me miró a los ojos. —Blair... —Aclaró su garganta—. No hay palabras para describir cómo me siento ahora mismo. Siempre te he amado, pero nunca pensé que esto sucedería. —Apretó mis manos—. Soy el fae más feliz del mundo; puedo garantizártelo.

Sonreí, con el corazón lleno. Red no era muy dado a las palabras o los sentimientos. El hecho de que quisiera expresar esto me hizo sentir orgullosa de él. De nosotros.

—Yo también te amo, mi príncipe rebelde —susurré. Guíé sus manos alrededor de mi cintura—. Ahora cállate, quítame este vestido y bésame.

Me ofreció una sonrisa torcida. —Con gusto.

Sin perder un segundo, Red se inclinó hacia mí y me besó mientras sus manos viajaban a los broches que sujetaban mi vestido. No rompió el beso ni dejó de trabajar en mi vestido mientras nos guiaba más adentro de nuestras habitaciones.

Pronto, mi vestido se convirtió en un montón de tela a nuestros pies junto con su chaqueta. Aún sin romper el beso, ambos trabajamos para deshacernos de su túnica y pantalones. Y una vez que todo desapareció, Red solo se apartó para empujarme contra la pared y arrodillarse frente a mí.

—Oh, por el viento helado —murmuré cuando enganchó una de mis piernas sobre su hombro y presionó sus labios contra mi centro. Mi rodilla se sacudió y me aferré a la cortina de la ventana que colgaba a mi lado para mantener el equilibrio. La agarré con fuerza cuando Red succionó mi clítoris y deslizó no uno, sino dos dedos dentro de mí—. Oh —susurré de nuevo,

sabiendo que esto sería rápido. Porque no podía resistirme a él. Cada vez que Red me tocaba, era como si me encendiera en llamas. Estar en sus brazos, en su cama, era lo mejor que había experimentado jamás.

Red sabía exactamente cómo encenderme. Chupaba y lamía mi clítoris, fuerte y prolongadamente, y empujaba sus dedos dentro de mí rápido y profundo. Sentí mis músculos tensarse, mi cuerpo contraerse. Sabía que esto sería rápido. Jadeé y me rompí en un millón de pedazos cuando el clímax se apoderó de mí. Mi cuerpo se quedó sin fuerzas, pero antes de que pudiera caer, Red se levantó y me sostuvo contra la pared. Y luego enganchó mis piernas alrededor de su cintura y se hundió dentro de mí.

Jadeé de nuevo cuando su miembro me llenó. Volví a la vida y me aferré a sus hombros mientras él embestía dentro de mí, empujándome contra la pared, un aluvión de placer que no estaba segura de poder soportar.

—Se siente tan bien —murmuró en mi oído—. Y eres toda mía. —Dejó escapar un gruñido antes de reclamar mi boca con la suya.

Sí, sí, era toda suya, para siempre. Me aferré a sus hombros mientras me tomaba, mientras se movía dentro y fuera, dentro y fuera, en un ritmo que me dejaba sin aliento. Por el viento helado, era él quien se sentía tan bien, tan caliente. Pasé mis uñas por sus hombros, bajando por su espalda, rozando los músculos que se contraían con sus movimientos. Red era la pura perfección.

De repente, Red soltó mis piernas y dio un paso atrás. Levanté las cejas hacia él, pero me mostró esa sonrisa traviesa suya mientras hacía un círculo con su dedo índice. Le sonreí mientras me daba la vuelta, apoyando mis manos en la pared. Red agarró mi cintura y entró en mí desde atrás. Al instante, mis piernas temblaron. Había algo en la posición, en la forma en que su miembro se frotaba profundamente dentro de mí que me debilitaba.

Red comenzó a moverse lentamente, prolongando esto tanto como pudo. No me quejaba. Pero cuando se inclinó sobre mí y pasó sus labios por mis hombros y entre mis omóplatos, un delicioso escalofrío sacudió mi cuerpo, y quise más. Ahora.

—Por favor, muévete —le insté. Estiré la mano hacia atrás y rocé con mis dedos sus caderas.

—¿Qué quieres? —preguntó en mi oído.

—A ti. Dentro de mí. Más rápido. Más fuerte. Ahora —graznó.

Red obedeció. Sus manos se aferraron a mi cintura y se hundió dentro de mí, tan rápido y duro y profundo como me gustaba. Cerré los ojos, dejando que el placer me llevara. Esto era demasiado. No duraría mucho de nuevo.

Red deslizó sus manos sobre mi estómago hasta que ambas cubrieron mis pechos. Los apretó, pellizcando los pezones. Grité. Red gimió. Sentí su cuerpo tensarse junto con el mío. Él también estaba cerca.

—Tan bueno —susurró.

—Lo sé. —Empecé a moverme con él, encontrándolo a mitad de camino, llevándolo incluso más profundo y más fuerte—. Oh, óxido. Sigue así.

Y lo hizo... hasta que grité cuando llegué al clímax. Un momento después, Red se quedó quieto mientras el orgasmo sacudía su cuerpo. Envolvió un brazo alrededor de mi cintura, apoyó su cabeza sobre mi hombro y nos presionó a ambos contra la pared, sosteniéndose para que no nos cayéramos.

Cuando los temblores desaparecieron, Red me levantó en sus brazos y me llevó a nuestra cama. —Nunca llegamos aquí —dijo con una risita. Me depositó en el suave colchón antes de extender su hermoso cuerpo desnudo junto al mío.

—Bueno, tendremos tiempo para rectificar eso.

Levantó una ceja hacia mí. —¿Quieres una segunda ronda? Dame cinco minutos y estoy listo.

Golpeé suavemente mi muñeca. —Estoy esperando.

—Eres imposible. —Red me atrajo hacia él, sus brazos protectoramente a mi alrededor—. Y esa es una de las muchas razones por las que te amo.

Coloqué mi mano sobre su corazón y mi barbilla sobre su mano, para poder mirarlo. —Yo también te amo.

Me acercó más para poder darme un rápido beso en los labios. —Bienvenida a tu nueva vida, Princesa Blair.

—Mientras estés a mi lado, soy feliz, Príncipe Redlen.

Sus ojos se fijaron en los míos. —Por siempre.

—Por siempre.

¿DISFRUTASTE LEYENDO sobre mis sensuales fae? Entonces apuesto a que te encantará leer sobre mis ardientes vampiros. Prueba [*El Vampiro Heredero*](#) -el primero de una nueva serie.

GRACIAS

MUCHAS GRACIAS POR LEER *REBELDE DE OTOÑO*.

Las reseñas son muy importantes para los autores. Si le gustó mi libro, considere dejar una reseña en su minorista en línea favorito y/o en goodreads, ¡por favor!

PARA MÁS LIBROS de Juliana en español, visite: <https://www.julianahaygert.com/hola/>

¡No OLVIDES SUSCRIBIRTE a mi boletín para enterarte de nuevos lanzamientos, revelaciones de portadas, obsequios y más: <https://www.subscribepage.com/juhnls spanish>

SI QUIERES VER TEASERS EXCLUSIVOS, ayudarme a decidir portadas, leer extractos, hablar de libros, etc, únete a mi grupo de lectores en Facebook: <https://www.facebook.com/groups/JulianasClub/>

SOBRE LA AUTORA

Mientras Juliana Haygert sueña con ser una bruja oscura, una cazadora de demonios o un sacerdote elfo de sangre en la sombra, se conforma con la vida menos emocionante, pero igual de gratificante, de esposa, madre y escritora. Reside en Carolina del Norte y pasa sus días escribiendo sobre heroínas de primera y los héroes que las vuelven locas.



Para más información:

www.julianahaygert.com

